





El planeta dorado

Edmundo Lozano Calzado

FONDO 
EDITORIAL
TAMAULIPAS

El planeta dorado
© Edmundo Lozano Calzado
Primera edición 2025

ISBN: 978-607-8452-58-3

Gobierno del Estado de Tamaulipas

Dr. Américo Villarreal Anaya
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Dra. Silvia Lucero Casas González
Secretaria de Bienestar Social

Mtro. Héctor Romero Lecanda
*Director general del
Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes*

Mtro. Julio Andrés García Pesina
Director de Publicaciones y Fomento Literario

Encargada de la colección: Patricia Guzmán Rosiles
Cuidado de diseño editorial: José Ángel Lumbreras Tristán
Edición y corrección: Patricia Guzmán Rosiles y
Carla Patricia Saucedo Huidobro
Diseño de forros e ilustración: Manuel Tovar Campos

La colección *Altas Llamas* debe su nombre a la novela *Casa de altas llamas*, de Juan José Amador. Esta colección reúne obras narrativas y ensayísticas de escritores tamaulipecos, seleccionadas mediante convocatoria abierta del Programa Editorial Tamaulipas 2025.

Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes (ITCA)
Calle Guerrero entre Emiliano P. Nafarrete y
Gaspar de la Garza 421, zona Centro
Ciudad Victoria, Tamaulipas, México, C. P. 87000
Tel. 834 315 2977

Con enorme orgullo celebro la publicación de esta obra que forma parte de **Altas llamas**, una colección que nace al amparo del **Programa Editorial Tamaulipas 2025**, impulsado por el Gobierno del Estado a través de la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, con el propósito de fortalecer y difundir la creación literaria de autoras y autores tamaulipecos.

Cada uno de estos libros es testimonio del talento y la mirada crítica de nuestras comunidades. La literatura es un medio poderoso para contar quiénes somos, qué soñamos y qué defendemos, y en Tamaulipas creemos firmemente que el acceso a la cultura es un derecho que enriquece la vida colectiva y fortalece los lazos sociales.

La creación literaria es también un ejercicio profundo de libertad. Escribir es habitar la palabra propia y compartirla con los demás; es abrir espacios de diálogo y resistencia. Por eso, defendemos la libertad de expresión no solo como un principio democrático, sino como una condición para que las voces de nuestras escritoras y escritores florezcan con dignidad.

A quienes hoy publican sus obras gracias a esta convocatoria, les extiendo mi más sincera felicitación. Que estos libros circulen, se lean, se quieran y, sobre todo, se discutan. Sigamos construyendo con su palabra un Tamaulipas más unido y contribuyan a preservar la esperanza como fuente de grandeza del espíritu humano a través de su expresión cultural.

Dr. Américo Villarreal Anaya
Gobernador Constitucional del Estado de Tamaulipas

Desde el Gobierno del Estado de Tamaulipas, la Secretaría de Bienestar Social y el Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes, se convocó a las escritoras y escritores de nuestro estado a participar en el Programa Editorial Tamaulipas 2025. Celebramos este espacio como una oportunidad para visibilizar el talento literario y fortalecer la presencia de nuestras voces en el ámbito editorial.

Una de nuestras prioridades ha sido construir una política cultural cercana, incluyente y sensible al contexto de nuestras comunidades. Sabemos que la literatura, más allá de su dimensión estética, es también una herramienta poderosa para la reflexión, la conservación de la memoria y construcción de identidad. Apostar por ella es, en muchos sentidos, apostar por el bienestar colectivo.

Por eso este programa no se limita a publicar libros, sino que busca ofrecer una plataforma constante para el ejercicio libre y digno de la escritura, reconociendo el valor de la literatura como una forma activa de participación cultural.

Quienes publican gracias a esta convocatoria demuestran un compromiso tanto con su obra como con la generosidad de compartirla con otros. En estas obras, las lectoras y los lectores podrán reconocer elementos que conforman un estilo y una identidad literaria propia de Tamaulipas; ahí reside buena parte de su valor.

Mtro. Héctor Romero Lecanda

Director General del Instituto Tamaulipeco
para la Cultura y las Artes

CAPÍTULO 1

Elías Ulpiano estaba desnudo a mitad de la calle, al borde de la asfixia, cubierto de pies a cabeza por el denso polvo movedizo que flotaba en el aire.

Parecía un hombre de ceniza, con los brazos cruzados, las piernas temblequeantes y un costal de problemas doblegándole la espalda, mientras pensaba en la inminencia de que sus errores y remordimientos lo habían conducido al centro mismo del universo devastado.

En sus peores pesadillas, cuando cenaba demasiado, lo inquietaban esos instantes caóticos de los que solía huir mediante el recurso de despertarse por voluntad propia. Solo que ahora no podía abrir los ojos dentro de sus ojos terregosos, ni definir con exactitud los sonidos que escuchaba: gritos aislados, la sirena de una ambulancia allá a lo lejos, y una quietud intimidante.

Levantó los párpados, frunció el entrecejo y pudo vislumbrar las humeantes ruinas. Parecían crujir como si un horno gigantesco las estuviera tostando en frío. Estaba sobreviviendo al temblor de magnitud 7,9 del 19 de septiembre de 1985, el más trágico bailoteo en la historia sísmica de la Ciudad de México.

Los relojes marcaban las siete de la mañana con treinta y dos minutos, cuando del paisaje polvoriento se desprendió la figura de una señora. Venía hacia él con una frazada roja adornada con rombos negros, presentándose al frente con los dos brazos extendidos, como si fuera un capote de torero. Elías Ulpiano quiso decirle algo, pero no pudo, porque su lengua era de estropajo. Las palabras se le habían encementado, fraguadas por la mezcla de la saliva y el concreto remolido que flotaba en el aire. La mujer hizo una chicuelina, le cubrió los hombros y el pecho velludo y le dijo:

—Es mejor que se siente, señor. Está sangrando.

El hombre desnudo era esbelto, constituido de modo que se veía más alto que su estatura real. Tenía la nariz aguileña, y en su rostro bronceado destacaban unas pronunciadas ojeras que le daban una fuerte apariencia palestina, de algún modo útil en su trabajo actual de comerciante venido a menos. Exhibía una actitud viril, hombros amplios y un cuerpo bien proporcionado, con abundante cabello entrecano que enmarcaba una frente rectangular y un bigote de esmerado trazo que se veía blanco, en parte por las canas entreveradas y en parte por el polvo. Era difícil que su personalidad pasara inadvertida.

—¿Cómo se llama? —preguntó la señora, recorriendo con la mirada el desnudo cuerpo.

No hubo respuesta. Elías Ulpiano estaba aturdido por el esfuerzo de recordar noches anteriores de imaginación desbocada, por lo que, antes de cerrar la cobija, solo acertó a cubrirse la perinola con las dos manos.

“Como si la tuviera tan grande”, pensó, picaruela, la mujer taurina.

“¡Otra vez estuve a punto de perderla!”, pensó Elías Ulpiano, recordando, a su vez, su lejana adolescencia. Muchas

veces había soñado con el abrumador ridículo de estar desnudo en público, de manera que bendijo el cobertor que lo salvaba de la vergüenza, del frío y de todo mal.

Ignoró el desagradable contacto de la tierra espolvoreada sobre su piel y se preguntó por qué diablos le dolía tanto la cabeza. Atribuyó el desfallecimiento a sus cuarenta y cinco años cumplidos y pensó: “Ya no tengo edad para estos trotes”. Se inclinó, barrió pedruscos con la mano para tenderse sobre el asfalto, adoptó la posición fetal y dobló un brazo bajo su cabeza, a manera de almohada. Luego se cubrió todo con la cobija, se hizo un ovillo y se abandonó al destino con la mansedumbre de un pordiosero.

No supo cuánto tiempo después llegaron los camilleros, pero sintió que le jalaban la frazada, despojándolo de ella.

—Aquí está un encuerado —gritó una voz de sonido marciano.

—Pérate... no lo buigas, tá lleno de sangre... tiene rota la cabeza. Con cuidado.

Las voces eran lejanas. Parecían resonar dentro de un bote de lámina, mientras él sufría los manoseos rudos que lo treparon a la camilla como si fuera un fardo y lo cubrieron con una sábana verde, raída por el uso.

Entreabrió los ojos. Entre brumas pardas, divisó a la torera samaritana. Vagaba un poco más allá, con su capote a rombos, doblado sobre un brazo, buscando a alguien más a quien auxiliar.

Elías Ulpiano se angustió con el hiriente silbato y la conducción violenta de la ambulancia, hasta que llegó al Hospital 20 de Noviembre, donde la emergencia colosal concentraba a médicos, enfermeras y voluntarios afanados en atender al herido más grave, al más gritón, al más próximo, al más necesitado,

sin orden ni concierto, como Dios les daba a entender, porque el número de víctimas era abrumador y las ambulancias continuaban acarreado más, más y más.

—A ese, mejor déjalo; parece que tiene el cráneo fracturado.

—A este hay que amputarle la pierna; no queda otra. Ven, ayúdame a moverlo.

“Estos infelices me van a dejar morir”, pensó Elías Ulpiano, pero decidió no decir nada, temeroso de la evidente improvisación de los paramédicos.

Durante las siguientes horas se la pasaría escuchando pitidos estridentes, el chirrido de frenos, pasos apresurados y alaridos de dolor. Ahora predominaba el olor punzante de los antisépticos, el sonido de frascos chocando con charolas de peltre y el tintineo de pinzas y tijeras sobre las bandejas.

Elías Ulpiano quedó abandonado a su suerte en un rincón, sobre una colchoneta que flotaba en el pandemónium de la tragedia nacional. “Si me estoy quieto no me duele”, pensó, y permaneció más inmóvil que un cadáver, mientras un tiempo sin tiempo iba y venía montado sobre ruidos tensos.

—Este ya se murió; que se lo lleven al estadio —dijo de pronto una voz de mando.

Elías Ulpiano abrió los ojos.

—¡Está vivo! —dijo la misma voz— ¿No lo han revisado?

—No tiene caso, doctor —dijo una voz obediente—; este ya no se salva.

—Examínenlo.

—Hay casos más urgentes, señor.

Elías Ulpiano buscó la mirada del hombre principal. Vestía una bata blanca, salpicada de sangre. En su bolsa izquierda, los tubos anaranjados del estetoscopio guardaban precario

equilibrio. Ya puesto en el predicamento, Elías Ulpiano mostró que, en realidad, no quería morir y, con voz ahogada, dijo:

—¡Sálveme, doctor!

—Si aguantó tantas horas es que puede salvarse —dijo el jefe médico mientras le tomaba el pulso—. Atiéndanlo.

Elías Ulpiano descansó del enorme esfuerzo de abrir los ojos. Volvió a cerrarlos. Alguien le manipuló la cabeza y el dolor agudo retornó con la velocidad de un latigazo. Unos dedos enemigos le hurgaron la herida.

—No hay fractura —reportó, sorprendido, el curador anónimo.

—Órale, límpienle.

—Hay que coserlo, tráete la anestesia.

—Ya queda muy poca.

—Bueno, así nos vamos, al fin que está inconsciente.

Aterrado por la idea de que iban a zurcirle el cuero cabelludo sin anestesia de por medio, Elías Ulpiano se sobrepuso a su infinita pereza y levantó de nuevo los pesados párpados.

—¡Chin, nos está oyendo! —dijo la voz obediente—, y se salvó de sentir en carne viva la pavorosa aguja semicircular con la que los cirujanos enfardelan la indefensa piel de los humanos.

No pudo quejarse de las manos que le retorcieron el cuello al colocarlo bocabajo ni del escozor del pestilente líquido desinfectante ni de las brascas cepilladas en la sangrante herida.

Su última tortura fue la punción de la jeringa anestésica, que le hizo la merced de instalarlo en el todo de la nada. Ahí permaneció un tiempo indefinido, conectado a la vida por la sonda que le inyectaba suero y antibióticos en el dorso de la mano derecha.

Lo despertaron voces alusivas:

—Este es el que hallaron como Dios lo echó al mundo.

—No ha dicho cómo se llama.

—Sigue en coma.

—Parece que no sabe ni quién es.

—Ni dónde está; tiene los ojos vidriosos.

Elías Ulpiano pensó en la casualidad de que sus ojos parecieran, a veces, los de un ciego. Eran de color verde gris, hipnóticos, penetrantes, en determinadas ocasiones intimidantes y, a menudo, más diáfanos que la bondad. Fingió que continuaba inconsciente, pero empezó a reordenar sus pensamientos. Reconstruyó lo que le había pasado y el corazón le dio un vuelco. Marvelia Jácome lo había dejado en la entrada del Hotel Regis, como siempre que le tocaba baño de vapor, poco después de las siete de la mañana. “Cuídate, mi cielo, vuelvo por ti a las nueve”, le había dicho, obsequiándole la tierna sonrisa de los amores complacidos.

Gracias a ella, Elías Ulpiano recién había desentrañado el misterio cumbre, que siglo tras siglo acosa a la pareja humana, y conocía, en solo seis palabras, la sencillísima fórmula del amor perfecto.

Flotó en el limbo de la debilidad por pérdida de sangre. Se recordó agachado, con el alma prendida de una hebra y las manos en la cabeza, dando tumbos por un pasillo que se contorsionaba y atravesando justo a tiempo el trepidante *lobby*. Luego, un golpe indoloro en la nuca.

Imaginó el pequeño Volkswagen azul de Marvelia Jácome aplastado por el Ángel de la Independencia y, con profundo dolor, le rogó a Dios —al Dios que lo tenía castigado— que, por favor, por piedad, por misericordia, ella hubiera salido bien del cataclismo.

Un sentimiento lastimero aumentó su congoja al pensar en la incertidumbre que tendrían, allá en Querétaro, su esposa y sus seis hijas, y en la posibilidad trágica de no volver a verlas nunca. Largo rato hilvanó pesimismo, amalgamó preocupaciones y revisó la larga lista de problemas que le apretujaban la vida.

Hacia pocos días, fiel a su peculiar costumbre de lector errante, había tirado a la basura las últimas quince páginas de un libro escrito por Ayn Rand y se había hecho profundas reflexiones sobre la teoría de reconocer el egoísmo propio, dándole carta de identidad y acogéndolo en el corazón como una cosa buena. “Si el egoísmo es el justificante de la vida —pensó—, yo también podría liberarme”.

Esta nueva confrontación con la muerte le hizo preguntarse por enésima vez qué era lo que él desearía hacer si pudiera borrar todo su pasado para recomenzar la vida. “La viviría con Marvelia Jácome”, exclamó con una voz interna que resonó en todo su cuerpo, insinuándole que la tragedia nacional parecía tan grande como para desaparecer en ella para siempre.

—Tan pronto como despierte, pídale sus datos —ordenó el médico a la enfermera—; la herida no es tan seria.

Elías Ulpiano imaginó con toda claridad que la semilla de una reencarnación circunstancial germinaba en su corazón.

—Soy comerciante —dijo, sin abrir los ojos, enajenado ya por algo mucho más grande que una simple ocurrencia.

La enfermera y el doctor pusieron atención.

—¿Nos está escuchando? —preguntó el doctor.

—Creo que sí —respondió con la voz apagada que tenía.

—¿Cómo se llama usted?

Avanzó hacia el desfiladero. En el epicentro de su estómago hirvieron las emociones como un magma de atrevimientos y

temores a punto de hacer erupción. Un terremoto corporal lo sacudió de pies a cabeza, y el doctor alargó la mano hacia el oxígeno.

—¡Emergencia! —dijo.

Elías Ulpiano tenía por dentro un temblor de nueve grados en la escala de Richter. El aperlado rostro de beduino guapo se le llenó de un sudor oleaginoso y comenzó a asfixiarse de nuevo. Sintió en carne viva la monstruosidad de su propósito al iniciar un despiadado duelo consigo mismo, a machetazo limpio, ante el drama brutal de amputarse a la familia y el sobresaltado dolor de renunciar a su esposa legítima ante Dios y ante los hombres.

Culpó a la crisis nacional, la culpó a ella, se culpó a sí mismo y culpó a la vida ingrata por tanta inconsecuencia; culpó también al temblor, que acababa con todo. Recordó el enorme amor de su indómita esposa. Recordó sus largas conversaciones con Marvelia Jácome, el anhelo de cambiar de vida, de simular la muerte y volver a nacer sin ataduras, rebautizado con otro nombre, dedicado a otras cosas, sin responsabilidades ni presiones, totalmente disponible para el egoísmo de agenciarse la felicidad que tenía y no tenía.

Eran los síntomas de un paro cardíaco. Con rapidez profesional, la enfermera le levantó el antebrazo para colocarle los aditamentos para medir la presión arterial. El doctor se inclinó y le preguntó:

—¿Me escucha usted?

Al no obtener respuesta, le impuso la mascarilla de oxígeno, conectada a toda su capacidad.

—Respire profundo —ordenó.

Un aire vital inundó los pulmones de Elías Ulpiano, serenando un poco el desvarío de la gran tentación. Sintió que

un ardoroso líquido se le desparramaba por todo el cuerpo, en los precisos momentos en que sopesaba la idea concreta de convertirse en otra persona. Siempre creyó que esa posibilidad solo era imaginación de los escritores, pero ahora estaba ahí, al alcance de su albedrío, estancada en un destiempo del tiempo. Resolvió que las circunstancias habían puesto en sus manos el ultimátum del destino. Era ahora o nunca.

—Me siento muy mareado —dijo.

—La presión se le disparó, pero ya la controlamos —dijo el doctor.

—Gracias —dijo Elías Ulpiano, ganando un poco más de tiempo para apartar de su mente las últimas objeciones.

Sus seis hijas ya eran mayorcitas, eran bastante inteligentes y, por fortuna, les había dado buena educación: “Saldrán adelante”, pensó. Cristina Godoy, su esposa, cobraría el seguro de vida y jamás volvería a padecer las estrecheces económicas de los últimos años. Sin duda, ella sería más feliz sin él y, de ser necesario, podría ejercer de nuevo su profesión de maestra de primaria o alguna otra actividad que la distrajera. Pero esa, claro, sería otra historia, distanciada y ajena.

—¿Puede usted abrir los ojos? —le preguntó el doctor—. Necesito examinarlo.

Elías Ulpiano los abrió y el médico se inclinó sobre él con un lente de aumento en la mano. La proximidad de los rostros propició un intercambio de vahos tibios, mientras una molesta luz entraba por las pupilas.

—¿Nos puede decir su nombre? —insistió el doctor.

Hizo a un lado su titubeo final. Pensó que, para evitar cualquier revelación ulterior, necesitaba el nombre de un muerto. Y se lanzó al vacío.

—Domingo —dijo con la voz estrangulada por los nervios—. Domingo Montaña.

Se sintió abochornado, pues el respeto había presidido su relación con Domingo Montaña, y se preguntó por qué había elegido ese nombre, habiendo tantos. Pero le dio la bienvenida al enorme suspiro que le disipó las últimas resistencias: el paso estaba dado. Ahuyentó también el cargo de conciencia que sentía hacia su noble amigo, justificándose con la idea de que el usufructo de tal nombre era algo así como un homenaje para su propietario.

Después de todo Domingo Montaña, el caballero pintiparado de Querétaro, ocupaba bastante lugar en su corazón, antes que nada, porque había substituido los apoyos del alma de don Secundino Gracia, que ya descansaba en paz satisfecho de aquel sainete de la biblioteca encarcelada, que dejó de herencia a los queretanos y que durante mucho tiempo fue la comidilla del día.

Tres semanas antes del Cataclismo, se habían reunido en el desayuno premonitorio del Café La Flor de Querétaro.

Al despedirse, el anciano le había dado un abrazo tan fuerte que Elías Ulpiano se había ruborizado con un tímido sonrojo de nieto improbable. “Es que hoy me toca morirme”, le dijo Domingo Montaña. Y así había sido, por cierto.

En un acto reflejo, sin contar los latidos, el doctor le tomó el pulso a Elías Ulpiano mientras le preguntaba:

—¿Dónde podemos avisarle a su familia?

—Vivo solo, pero tengo un hermano en Querétaro.

—¿Nos da su teléfono?

—No lo recuerdo, está en mi agenda —dijo, con premeditación.

—A usted lo encontraron desnudo —dijo el médico.

Elías Ulpiano hizo una pausa efectista y se pasó la mano por la frente, acariciando el vendaje.

—Sí, es cierto —dijo—, mi ropa se quedó adentro.

—¿Adentro de dónde?

—Del Hotel Regis. Iba a entrar al baño de vapor cuando empezó a temblar. No me di cuenta ni cómo salí.

—Con razón dio usted lugar a tantas picardías —dijo el doctor—. ¡Aquí se rumoró que el Temblor lo había sorprendido en otros menesteres!

Más reconcentrado en la confabulación de su nueva vida que en la plática, Elías Ulpiano sonrió.

—¿Puedo levantarme? —preguntó.

—Sí —dijo el doctor—, ya tiene usted tres días encamado; no sea que se nos atrofie. Permítame ayudarle.

El vahído no valía la pena. Elías Ulpiano lo disimuló. Un nervio sensible le punzó en la nuca. También lo pasó por alto. Una vez sentado en la cama, sintió que sus energías renacían. Le desconectaron el suero y le trajeron un desabrido jugo de uva, mucho mejor que cualquier comida de hospital.

—Quisiera hablarle a mi hermano, por cobrar —dijo con maña.

El doctor levantó las cejas, apretó los labios y movió la cabeza:

—Los teléfonos no funcionan —dijo—. El terremoto destruyó la central de Victoria, pero, por lo pronto, proporcionaremos su nombre a la televisión.

—Sí, por favor —mintió—. Mi hermano ha de estar con mucho pendiente. ¿Cuándo puedo irme?

—Pues parece que muy pronto; está usted muy bien —dijo el doctor, y le mandó traer dos espejos de mano para que se pudiera observar la descalabrada.

En su cráneo rasurado vio un pequeño ciempiés, de la coronilla hacia la nuca. Las burdas puntadas de color marrón le revolvieron los negocios del estómago, pero se repuso y, con sus inteligentes ojos verde gris, interrogó al doctor, que sonrió y le dijo:

—No se preocupe, señor, le hicimos un buen tru-trú.

En un gesto incrédulo, Elías Ulpiano torció la cabeza y el doctor dijo:

—Cuando le quitemos las puntadas, empezará a verse mejor. La cicatriz quedará oculta por el pelo.

Elías Ulpiano volvió la vista a los espejos y los manipuló en el aire para enfocar la encarnadura que hendía su rapado cráneo. Era una línea bastante recta, con gruesas costuras del color de la sangre molida. Decidió hacer una de sus bromas de vendedor nómada, para corresponder a las atenciones del médico y las enfermeras, así que se fabricó un suspiro aparatoso y profundo y exclamó:

—¡Me violaron el occipucio!

Y todos se rieron junto con él.

A la mañana siguiente, como resultado de aquella fantasía real de Elías Ulpiano, el Hospital 20 de Noviembre dio de alta a un damnificado más del sismo, herido de golpe en la nuca, sin efectos personales que reclamar y anotado en los congestionados registros burocráticos con el falso nombre de Domingo Montaña.

Incómodo por tener que vestir la ropa de un difunto incógnito, abandonó el edificio, moderando la energía de sus pasos para no lastimar su cortadura, pero más para que no se le desprendiera de su lugar el corazón delirante.

Caminó a paso lento, sumido en sus cavilaciones. “Las compañías de seguros son pirañas —pensó—, voy a necesitar

un cómplice”, y decidió que ese papel tendría que desempeñarlo Telémaco Sifuentes.

Luego, sin prestar atención a los destrozos del temblor, se detuvo en una esquina a esperar un taxi de los más baratos, pues el doctor solo le había prestado diez mil pesos, devaluadísimos con tres ceros de más.

No era la primera vez que Elías Ulpiano coqueteaba con la muerte. También de joven la había visto muy de cerca, por motivos ni tan diferentes ni tan parecidos, cuando aterrorizado creyó que había perdido su pene en una agresión conyugal a mano armada.

Le calaban los zapatos, que no eran exactamente de su talla. Se apoyó en un poste y pensó: “Al cuerno con los pies, estoy en una nueva vida”. Un minuto después, la abrumadora realidad circundante irrumpió en sus pensamientos.

Vio pasar veloces patrullas que llevaban las torretas encendidas. Ante sus ojos desfilaron grúas amarillas, algunas de ellas muy grandes, con rótulos de Pemex.

Observó un sinfín de camiones de volteo sobrecargados de pedacería de concreto y varilla corrugada, inmensos montacargas y gigantescos trascabos con las iniciales de algunas constructoras: las más, capitalizando el desastre con indulgencia oficial; las menos, con auténtica intención humanitaria.

Algunos automóviles circulaban llenos de jóvenes y señoritas que llevaban medio cuerpo salido de las ventanas, ondeando las banderas blancas del auxilio voluntario. Parecía que se divertían mucho.

Con un ajetreo menos intenso, las ambulancias continuaban escribiendo los pormenores de la desgracia sobre las páginas de asfalto, entrando y saliendo sin cesar del hospital.

Por fin lo recogió un minitaxi, que de un brusco arrancón se puso en movimiento, al igual que la verborrea de su conductor. A través del parabrisas y de las ventanillas laterales, las retinas de Elías Ulpiano empezaron a registrar lóbregas imágenes de la devastación.

—¡Qué destrucción tan bárbara! —dijo.

El chofer locuaz ripostó con una tarabilla anecdótica de quienes se habían salvado por un pelito, como nosotros dos, o caminaron con los pies por delante, como otros, porque al que le toca, le toca; el que tiene pintada su raya no pasa de ella y Dios Nuestro Señor, en su infinita sabiduría, siempre sabe lo que hace. Bendita sea la Virgen de Guadalupe y su Santidad el papa Juan Pablo Segundo.

Elías Ulpiano no escuchaba nada. Estaba buceando en las profundidades de una suplantación que le desordenaba todos sus esquemas. Repitió muchas veces su nuevo nombre, de bien ganada fama en Querétaro, donde muchos pensaban que la historia de Domingo Montaña era tan interesante como para ser incorporada a alguna novela del queretano adoptivo Efraín Huerta, por ejemplo, y concluyó que su agazapada usurpación de identidad no era suficiente homenaje. Lo atrapó una loca necesidad de justificarse y se puso a recordar datos biográficos de Domingo Montaña, con el propósito nunca cumplido de publicarle al viejo una semblanza póstuma.

Sintió que convertir el recuerdo de un anciano en la nueva personalidad de un hombre cuarenta y seis años menor era muy difícil y, con febril urgencia, empezó a hacer un recuento del pasado ajeno que tendría que asimilar a la mayor brevedad posible.

Un congestionamiento de tráfico detuvo el minitaxi. Elías Ulpiano volvió la mirada hacia el camellón central de la avenida

y vio muchas tiendas de campaña, algunas de ellas armadas con barrotes de madera nueva y sábanas floreadas. Había señoras sirviendo comida en platos de cartón y limonada color de rosa en vasos de plástico transparente, sin hielo.

El taxi serpenteaba entre estragos y derrumbes, atravesando oleadas de malos olores, cuando Elías Ulpiano vio a un señor con un gabán color gris rata, cuadriculado con rayas de color violeta. Vestía pantalones rojos y alpargatas azules, y traía sobre el hombro un enorme radio portátil sintonizado a todo volumen en la radiodifusora Tropi Q. Caminaba sobre la banqueta moviendo con sabrosura las caderas al ritmo de la salsa "Ven, devórame otra vez", ajeno por completo a los estropicios del temblor.

La discordante vestimenta le hizo recordar las ropas excéntricas que Domingo Montaña lucía sin ningún recato, mostrando cada semana una personalidad diferente. En su vasto guardarropa, apestoso a alcanfor excesivo, había trajes de lagartijo de los años veinte, pantalones entubados de modas extinguidas, anárquicos trajes verdes, morados y mostaza, sacos de solapa ancha con hombreras descomunales, así como camisas carcelarias y de colores densos. Había también nostálgicos chambergos, puntiagudos botines de polainas, zapatones chatos de dos colores y una colección demencial de corbatas de moño, anchas y delgadas, de todos colorines y trazos. En el cuello solía colocarse resbalosas mascadas de seda y gaznés desmayados, para que el frío aire de nuestras latitudes jugara con ellos cuando conducía sus antiguallas automotrices. Al manejar, siempre se colocaba sus goggles de aviador de principios de siglo y enfundaba sus blancas manos en anacrónicos guantes de pretenso *gentleman* inglés.

En una céntrica esquina estaba uno de los más grandes lotes de autos usados de la Ciudad de México. Varios empleados arrojaban tinas de agua sobre ellos y, con chorreantes jergas, les quitaban de encima el polvo acumulado. A cuatro días del terremoto, bastantes capitalinos empezaban a reponerse del susto mayor y reanudaban su vida normal de buen talante.

Inmerso en la fabricación de asumir nuevas memorias, Elías Ulpiano recordó no haber visto nunca preocupado a Domingo Montaña ni siquiera en sus peores abatimientos financieros, que eran como un tiovivo recurrente. Sus dientes postizos superiores parecían salirse de los labios cuando reía, pues sus carcajadas desafiaban los horizontes y se multiplicaban en los ecos de quienes tenían el privilegio de escucharlas.

El taxista continuaba hablando, sin puntos ni comas, acerca de los niños rescatados por unos perros franceses; de la excavación que, para sorpresa de todos, culminó en el salvamento de un loro traído de Colombia que se la había pasado tres días gritando “A mí me vale”; del carpintero que salió corriendo de su casa, a la que no le pasó nada, y se detuvo en mitad de la calle para ser aplastado por la casa de enfrente; de la sirvienta que estaba en el décimo piso de unos condominios que se pulverizaron y que salió por entre la tolvanera, sacudiéndose el delantal. El expediente choferil de los acontecimientos parecía no tener fin.

—Mire usted —dijo de pronto—, qué bonitos muchachos.

Se refería a los jóvenes que dirigían el tránsito vehicular en los complicados embotellamientos. Era el cuarto día después del temblor. El gobierno había dado una clara muestra de torpeza administrativa. Su única presencia durante el desastre era estática. Había soldados en las banquetas, en posición de firmes, congelados ante la escena imponente, simplemente ahí.

Las veinticuatro horas del día, las mujeres acarreaban agua y alimentos. Pasantes de medicina y animosos voluntarios vacunaban a todo mundo para evitar una epidemia generalizada y daban los primeros auxilios a los heridos. Muchos hombres de buena fe movían montañas de concreto con el corazón y hasta con pequeños martillos, y apartaban los afilados pedruscos a mano limpia, desgarrándose la piel en las urgencias del rescate. Trabajaban de manera incesante, en un gran concierto de buenas voluntades, sin reparar en las ampollas ardorosas ni en las raspaduras ni en el peligro.

Pero los militares no participaban. Parecían ajenos a las incidencias, cumpliendo la orden —si la hubo— de ser testigos de cargo e inspirar respeto para frenar los saqueos, pero nada más. La valiente escritora Manú Dornbierer diría después que el favoritismo del primer mandatario había llegado al colmo de impedir que el ejército asumiera el mando, para no relegar a un plano secundario a su querido compadre, el señor regente, cuya principal función era guitarrearle canciones de José Alfredo Jiménez y Álvaro Carrillo, para cantárselas con una voz engolada, idéntica a la de Pedro Picapiedra.

Lo cierto es que ni el presidente ni el país estaban preparados para un problema tan grande, aunque pocos países del mundo pudieran enfrentar un macrosismo como el de la Ciudad de México.

Lo más admirable fue que el pueblo, en un recodo histórico de excepción, asumió el control y demostró una madurez que, hasta entonces, los políticos sistemáticos no habían sabido reconocer. Los adolescentes apostados en los cruceros, los automovilistas respetándolos, todos ayudando a todos durante una semana indispensable, escribimos una página honrosa en el libro patrio. Y fue entonces cuando supimos que, tarde o

temprano, el país tendría que salvarse, a pesar de los gobiernos ineptos o corruptos, a pesar de los financieros bolseadores, a pesar de los fenómenos de la naturaleza, a pesar de los traumas ancestrales y a pesar de todos los pesares habidos y por haber.

De manera intempestiva, el chofer frenó el taxi ante la señal de alto hecha por uno de los patrulleros civiles. En un rápido movimiento protector, Elías Ulpiano se llevó las dos manos a la cabeza y logró conservar el equilibrio, balanceándose por la cintura.

Dos señoras gorditas y sonrientes cruzaban la calle, abrazadas a grandes bolsas de pan dulce, y una de ellas, al ver la cabeza vendada de Elías Ulpiano, se aproximó al auto.

—Qué bueno que se salvó, señor —le dijo—. Este pan es para los rescatistas y para sobrevivientes como usted.

La mano regordeta de la mujer le extendió una concha de chocolate al chofer y otra a Elías Ulpiano. Los dos sintieron, al mismo tiempo, la tibieza, el aroma y la gula, e hincaron el diente sin la más mínima educación. Con el bocado a medio masticar, Elías Ulpiano quiso enmendar la desatención y murmuró un “muchas gracias” que salió por la ventanilla del taxi acompañado de voladoras boronitas de chocolate.

La sonrisa beatífica de la señora se instaló en las memorias de Elías Ulpiano, recordándole la razón por la cual Domingo Montaña nunca fue visto acompañado. No era porque sostuviera relaciones a escondidas o porque fuera marica, como decían algunas lenguas pérfidas.

Al contrario, había tenido un gran amor, un solo amor, un amor de esos que hay muy pocos. Olivia Bullo era mujer de un solo hombre, morena a más no poder y bastante simpática. Su abolengo, tan bueno como el mejor, se extendía hasta remotos antepasados que hacía muchos años habían llegado a Querétaro

procedentes del Ecuador. El hermoso matrimonio, sin embargo, solo había durado diez años.

Con gesto aprensivo, Elías Ulpiano sacudió con fuerza la cabeza para destrabar las añoranzas de Domingo Montaña, provocándose un dolorón de miedo en su ciempiés. “Así que estos son mis nuevos antecedentes”, pensó, reproduciendo la imagen de aquella tarde soleada de Querétaro, tres semanas antes del temblor, en la que había mantenido a raya otro pesar profundo que todavía no terminaba: el de haber sido padrino principal en el sepelio de quien hoy era él.

Cientos de edificios de la colonia Roma, por el rumbo donde vivía Marvelia Jácome, se habían colapsado. Había escolleras de escombros, desplomes enormes, automóviles apachurrados y millares de personas en cuya actitud sumisa se advertía la superior jerarquía de la catástrofe.

En ese momento, nada era más importante para Elías Ulpiano que abrazar a Marvelia Jácome, para protegerla y decirle que todo estaba bien y que iban a salir adelante, pero, a medida que fracasaban las travesías y los desvíos, lo asfixiaba la más desconsoladora de las aflicciones.

—¡Esto está bien feo, señor! —dijo el taxista, porque, a pesar de la pequeñez del automóvil, no encontraba ningún acceso.

La colonia Roma parecía haber sufrido un bombardeo huracanado. Llegar a la casa de Marvelia Jácome lucía como algo imposible. Entonces supo que su amor de amores era mucho más grande que el inconmensurable amor de Domingo Montaña y Olivia Bullo, y se dio cuenta de que el privilegio de amar en grado de perfección es otorgado por la vida una sola vez a cada quien.

“Si la pierdo —pensó Elías Ulpiano—, habrá más ruinas en mi corazón que en toda la Ciudad de México”.

CAPÍTULO 2

El taxista se dio por vencido y dejó a Elías Ulpiano sobre la avenida Cuauhtémoc, cerca del edificio de la Secretaría de Comercio, que había quedado en demolición terminal. Semidesnudas, las estructuras de la obra pusieron en evidencia la gran corrupción existente entre contratistas y funcionarios, entre pueblo y gobierno.

Elías Ulpiano remolió el pensamiento de que, si toda la ciudad estaba como la colonia Roma, el desastre debía ser de terribles proporciones. No estaba equivocado. El minuto y medio del terremoto había derrumbado más de doscientos edificios en la delegación Cuauhtémoc, con más de dos mil quinientas personas muertas, muchos desaparecidos y numerosos hospitalizados.

El Centro Histórico consignaba más de trescientas veinte construcciones inservibles, además de cuarteaduras en muchas otras. El primer edificio que cayó fue el de la Secretaría de Marina, en Luis Moya y Revillagigedo, seguido del establecimiento Super Leche, por décadas famoso merced a su insuperable café, espumosos licuados de chocolate y rubicundas tortas de jamón: delicias que no eran ajenas al consumismo restringido de Elías Ulpiano y Telémaco Sifuentes.

Había cadáveres por toda la avenida Juárez, sobre todo frente al desplomado Hotel Regis, del que, por milagro de Dios, había salido desnudo Elías Ulpiano para ser cubierto con ternura con un capote a rombos por la Verónica, mujer bendita que lo encontró en la calle.

El Regis cumplía setenta y un años. Todo el mundo lo conocía. Entre sus muchos muertos había personajes de toda la república y no pocos extranjeros, y su venerable anuncio luminoso lucía grotesco, caído y roto sobre la amplia banqueteta.

La destrucción de la Torre del Conjunto Pino Suárez, que albergaba los juzgados civiles, rindió más de trescientos muertos y no se sabe cuántos desaparecidos, como tampoco se sabe cuántos expedientes de casos resueltos se perdieron, lo cual sirvió, en fechas posteriores, para transas chicaneras y, en aquellos momentos, para obstaculizar el paso a desnivel de la avenida Fray Servando Teresa de Mier.

El conocido inmueble de los Almacenes Salinas y Rocha, con cincuenta años de venerable presencia en Juárez y Balderas, también se vino abajo, mientras en las calles de Regina y San Jerónimo, desde Chabacano casi hasta el Zócalo, había escombros de maquiladoras donde quedaron sepultadas incontables costureras que trabajaban en pésimas condiciones laborales. Para su desgracia, iniciaban turno a las siete de la mañana. Ellas representaron una de las más conmovedoras tragedias, junto con la pérdida de niños y niñas, angelitos que Dios llevó a su vera, recogiénolos por todos los sombríos escenarios del cataclismo.

En los desmoronamientos de Tlatelolco, Plácido Domingo arriesgó su voz tenorina mientras buscaba a la tía que, en México, fue como su madre misma. La amorosa gesta del famoso cantante duró varios días, hasta que culminó en el triste rescate de los restos amados y, en su memoria, Plácido Domingo

ofreció conciertos que reunieron una cuantiosa donación para los damnificados.

Después de caminar entre losetas quebradas de mármol, vidrios rotos y papeles volanderos, Elías Ulpiano sintió que el corazón se le quería salir por la nuca lacerada, cuando dio vuelta en una esquina que no identificó y vio el edificio de apartamentos donde vivía Marvelia Jácome. La taquicardia le volvió de inmediato al ver que estaba intacto. Oprimió el timbre del intercomunicador y le contestó Alejandrina, hermosa chiquilla de once años, informándole que estaba sola.

—Mis abuelitos andan repartiendo alimentos —dijo la niña—. Mi mamá y mi tía están en la glorieta de la Cibeles.

Elías Ulpiano aceleró sus pasos rumbo a la glorieta de la Cibeles, réplica de la del mismo nombre que, en Madrid, es aprovechada por los turistas para chapotear las manos en el agua o tomarse fotografías, a diferencia de la de México, bastante apartada del flujo de forasteros y solo visitada por aquellos deseosos de ir.

Una larga lista de personas se enroscaba alrededor de la glorieta. Revisó el conglomerado y vio a las hermanas Jácome con medias y zapatos blancos de tacón bajo, luciendo uniformes de la Cruz Roja. Con sus dos mascarillas protectoras era difícil distinguir a la una de la otra, pero, para Elías Ulpiano, todo el continente de Marvelia Jácome resultaba inconfundible.

Las dos estaban reconcentradísimas en el trabajo de vacunar a la gente y proveerles los bozales quirúrgicos que, en ese trance, solicitaba casi todo mundo, los necesitaran o no, según soportaran las fetideces cadavéricas y de gas butano que permeaban la atmósfera. Desde hacía muchos años, la gran ciudad ya no era la región más transparente del aire. Y ahora, menos.

Elías Ulpiano optó por incorporarse a la fila para darles una sorpresa a las muchachas. Permaneció más de quince minutos girando alrededor de la rotonda, observando con admiración el quehacer de voluntarios y la dulzura con la que la doctora anestesista y la licenciada en diseño gráfico brindaban sus servicios.

Cuando le tocó el turno y lo vieron, las hermanas Jácome pegaron de brincos, lanzaron chillidos de alegría con las manos en alto, luego estrecharon, a cuatro brazos, a Elías Ulpiano y lo llenaron de besos con un cariño que él solo había experimentado alguna vez con sus hijas, cuando eran pequeñas.

Al ver su gesto de dolor, las hermanas casi gemelas tomaron en cuenta el vendaje, al igual que la concurrencia, y todos participaron en el contagioso gusto de dedicarle frases amables y cálidas sonrisas. Todavía el amor al prójimo se mantenía en los nobles estratos del compañerismo. La solidaridad era espontánea y auténtica.

Después de pedir unos Tylenol para amainar las punzadas producto del zangoloteo, Elías Ulpiano se inscribió en el movimiento social de la Cibeles, organizado por Marvelia Jácome y su hermana Clemencia, y participó en la brigada de auxilio hasta que el terremoto cumplió catorce días de edad, cuando el proceso escapista del cerebro empezó a refundir en la memoria los recuerdos demoledores, y la realidad reinstituuyó la ley de reanudar la vida, en tanto la capital recobraba sus rigurosas normas. “Cada quien para su santo”, hubiera dicho don Secundino Gracia.

Con toda seriedad, Elías Ulpiano le comunicó a Marvelia Jácome el plan de desaparecer en las turbulencias del terremoto y compartió con ella un contentamiento nervioso mezclado con excitación, altas dosis de azoro y extrañas oleadas remordentes.

Decidieron dejar abandonada, por lo pronto, la mini-habitación donde vivía Elías Ulpiano, previa una visita en la que Marvelia Jácome recogió un poco de ropa, fotos, casetes y todo papel que despertara suspicacias. Con minuciosidad de mujer inteligente, lo acomodó todo para no dejar ningún rastro femenino. Dominó la tentación de llevarse el espejo de un metro cuadrado, que tanto tuvo que ver con la liberación de su sensualidad, pero optó por dejarlo, pues era el único que había y, además, no quiso arriesgarse a despertar sospechas si bajaba las escaleras y salía cargándolo a la calle.

Observó el cuartucho de tres por siete metros, dejó en el suelo ropa interior, calcetines y camisas sucias y, pensando en el desorden de los aposentos masculinos, dejó sin tender la cama matrimonial, que apenas cabía en el espacio. Luego, ya con el pomo de la puerta semicerrada en la mano, echó un último vistazo, suspiró profundo, jaló el cordón, apagó el único foco pegado al techo y, con lentitud, cerró el lugarcito con la extraña premonición de que estaba perdiendo algo muy grande. Sin embargo, positiva como siempre, bajó las discretas escaleras que conducían al primer piso y taconeó sus pasos hacia una nueva vida.

Esa noche, Elías Ulpiano durmió en la casa de los Jácome, siempre amables con él, y luego rentó, por tarifa mensual, un cuarto sobre la avenida Tlalpan, en un hotel de españoles dedicados a la hotelería por ser un ramo que les permitía trabajar en México sin papeles migratorios. Años después, la madre patria habría de iniciar la reconquista de México por el camino de la economía global, que no es otra cosa que la dominación global.

En esa habitación pasajera desaparecían todos los temores, angustias, desconciertos y experiencias de la catástrofe, y

los amantes encontraban que el mundo era perfecto bajo el signo de los viajes al cielo de Marvelia Jácome, fascinada con el brioso priapismo que tanto amaba en Elías Ulpiano.

De la quintilla de amigos que habían idealizado su adolescencia allá en Querétaro, el más torpe de ellos, Telémaco Sifuentes, era el único que ya no trabajaba. Se había autojubilado de sus trabajos rutinarios clasemedieros gracias a Misael Olalde, su chaparrito de oro, quien, a pesar del exceso de dientes y su caudal de traumas, había llegado a ser un gran financiero y le manejaba sus escasos ahorros en la Bolsa, propiciándole rendimientos benévolos.

Telémaco Sifuentes se la pasaba en un conocido café de la calle Bucareli, donde era uno de los opinadores más despistados e intransigentes, y sobraban los contertulios que ya no sabían qué hacer con sus agresivos comentarios, su voz estridente y sus embestidas de toro descompuesto en el ruedo de ocios de café y tabaco.

Había sufrido al no tener noticias de Elías Ulpiano, pues sabía que la hora del terremoto coincidía con la costumbre del baño mañanero a vapor. Lo había buscado en el minidepartamento sin resultados. Y, al buscarlo en Querétaro, alarmó a Cristina Godoy y a sus seis hijas, pues Elías Ulpiano no había cumplido con su invariable costumbre de llamar por teléfono una noche sí y otra no, reportando los lugares a donde lo conducía su comercio viajero y casi siempre dejando saber los teléfonos de los hoteles donde se hospedaba.

Desde el primer día del temblor, Cristina Godoy estableció contacto con Telémaco Sifuentes. Acompañada de su batallón de hijas, llegó a México con la obsesión imperativa de encontrar a su marido, aunque fuera en pedazos. Y, como integrante de la quintilla que era, y amiga de siempre, fue atendida de inmediato

por Telémaco Sifuentes, quien cubrió de colchas los mosaicos de una de sus recámaras para ella y sus hijas, no sin antes plantear su pesimismo por lo del Regis.

—Nunca fallaba —le dijo Telémaco Sifuentes—; era muy puntual para el baño de vapor.

—¡Tengo que encontrarlo! —repitió Cristina Godoy—
¡Tú eres el único que puede ayudarnos!

Recorrieron delegaciones, indagaron donde pudieron, acudieron a los listados de televisión e incluso, con la entereza y eficiencia que Telémaco Sifuentes admiraba desde joven en Cristina Godoy, reconoció una vez más su serenidad y valor, pues, con don de mando, aleccionó a su media docena de hijas para ir al Parque de Béisbol del Seguro Social y al Campo Militar, a revisar todos los cadáveres, fraccionados y enteros, acomodados, gran parte de ellos, en bolsas de plástico negro con un cierre en medio.

La tarea era intimidante, desgarradora y desagradable. Cuquito, la más pequeña, no tuvo valor. Las demás hermanas abandonaron antes de veinticuatro horas la fúnebre búsqueda, y algunas de ellas volvieron el estómago al borde de la bulimia.

Solo Cristina Godoy siguió adelante, rigurosa, meticulosa, recorriendo, agachada, cierre tras cierre, cientos y cientos, hasta que ya no distinguía un cadáver de otro y su columna vertebral mostraba serios problemas para enderezarse.

Acongojado por naturaleza, Telémaco Sifuentes estaba seguro de que, con Elías Ulpiano, la quintilla queretana había empezado a desgranarse, quedando en cuarteta.

—Hay que tener resignación —le dijo a Cristina Godoy cuando ella terminó de revisar la última bolsa, desencorvó el cuerpo con dificultad y dejó caer los brazos.

—Él y yo teníamos problemas, pero es el padre de mis hijas.

—Lo comprendo —dijo Telémaco Sifuentes—; cálmate.

—¡Es el único hombre que he amado en la vida!

—Necesitas serenarte.

Cristina Godoy volvió la vista, comprobó que sus hijas estaban alejadas y su fortaleza se rompió en mil pedazos. Desde el centro de su pecho la sacudió el llanto entrecortado, profundo y doliente, que en las mujeres marca el desgarrador inicio de la viudez.

—¡Es que no nos dijimos adiós! —musitó Cristina Godoy, más para ella que para nadie más—. ¡No nos dijimos nada!

Después de un largo desfile de sollozos contenidos y lágrimas enjugadas, Cristina Godoy suspiró hondo y puso en alto la frente.

—¿Tú sabes dónde vive? —preguntó.

Telémaco Sifuentes tragó saliva. Ya había ido varias veces a tocarle la puerta a Elías Ulpiano, sin encontrar respuesta. Había recurrido también a Marvelia Jácome y la encontró igual de angustiada. Sabía que Cristina Godoy desconocía la dirección, y sabía por qué. Pero, junto con el dolor de amigo, tenía intacta su complicidad de hombre.

—Sí lo sé —dijo—, y también sé por qué tú no la sabes.

—¿Por qué? —preguntó categórica Cristina Godoy.

Y Telémaco Sifuentes, que tenía en sus recursos mentales el de inventar rollos, optó por una respuesta elaborada.

—Él tenía miedo de mostrarte hasta dónde ha llegado su fracaso. Le daba mucha vergüenza que supieras dónde y cómo vive.

—Llévanos —dijo con voz terminante Cristina Godoy.

Y Telémaco Sifuentes asintió.

En un barrio modesto, Cristina Godoy se enfrentó a la puerta del departamento con su pelotón femenino apretujado junto a ella y Telémaco Sifuentes un poco más atrás.

—¿Traes llave?

—No —dijo Telémaco Sifuentes.

Cristina Godoy bajó los tres pisos en busca del administrador. No tenían registrado a Elías Ulpiano porque era un cuarto de sirvientas subarrendado por el ocupante del departamento.

Cristina Godoy tocó fuerte la puerta de enseguida. Nadie abrió. Dejó en el pasillo a sus hijas, de guardia, y se fue con Telémaco Sifuentes a traer un cerrajero.

Cuando al fin entró al cuartito, sintió de golpe una gran conmiseración por su marido, pues aquello le pareció sórdido y deprimente.

El baño era minúsculo, de un metro cuadrado. La taza, vieja y algo mohosa, lucía un rodete de madera gastada. En el suelo se podían ver diversos artículos para afeitar; la cama ocupaba casi toda la pequeña habitación y, en las paredes sin enjarre, había un palo colocado para colgar ganchos, de modo que la ropa invadía el espacio disponible sobre la cama.

Una televisión portátil en blanco y negro y una radio-grabadora de doble casete yacían en el piso, acompañadas de bolsas de plástico de Gigante, llenas de cintas secuenciadas con artistas de cantar romántico.

Una pequeña mesita mostraba algunas latas de atún, galletas saladas, latitas de jamón del diablo, frascos de aceitunas y sardinas Portola. Los platos, los vasos y los cubiertos eran desechables y se amontonaban en desorden junto a un garrafón de agua Electropura y una licuadora.

En un librerito doble de plástico, colocado en un triángulo donde se juntaban las paredes, estaban unos cuantos libros, entre ellos *La tregua*, de Mario Benedetti, con su texto lleno de subrayados; *Verde Maira*, de Ricardo Garibay, con frases destacadas con marcador amarillo; *Soneto*, la última novela de Mauricio González de la Garza; la obra teatral *Diatriba de amor para un hombre sentado*, poco conocida, de Gabriel García Márquez; y *Honraron nuestra tierra*, de un escritor centroamericano. También estaba la pequeña bolsa bancaria que Elías Ulpiano usaba desde hacía años.

Sobre la pared, en el único tramo libre, colgaba chueco el espejo grandote, enmarcado en plástico estampado en madera aparente, que no se había podido llevar Marvelia Jácome.

—¡Qué tiradero! —dijo Cristina Godoy y, al instante, fiel a sus hábitos, compró jergas, Lysol y detergente, y comandó a sus hijas hasta dejar el lugarcito rechinando de limpio. La ropa íntima, camisas sucias y pantalones arrugados, el traje azul marino, las sábanas, las fundas y el edredón de la cama se lavaron en una tintorería rápida y todo fue acomodado ceremonialmente en el recinto. “Parece un homenaje póstumo”, pensó Telémaco Sifuentes.

En un restaurantito cercano, a la hora de la cena, Cristina Godoy revisó el contenido de la bolsa bancaria. Tenía papeles que no valían la pena, algunos recortes de periódico, facturas menores, varios talonarios de cheques anteriores con una liga alrededor y, suelta, una chequera comenzada.

Se le apretó el corazón al ver los gastos minúsculos que registraban los talonarios, predominando los que apuntaban el concepto C. G., sus iniciales. Era el dinero destinado a Querétaro y eran los cheques de mayor alcance.

Un solo talón no tenía cantidad señalada. En el concepto solo decía “Matamoros-Brownsville”, y fue suficiente para que se le activara el nervio de las perspicacias femeninas, por lo que, al día siguiente, fue al banco junto con el regimiento de hijas, se identificó como la esposa legal de Elías Ulpiano y obtuvo una copia de los balances correspondientes, que le produjeron un enarcamiento de cejas al ver que el número del cheque anónimo amparaba un egreso de once millones de pesos, dejando en su momento casi vacía la cuenta.

Cristina Godoy no hizo ningún comentario. Era inteligente y sensata como para saber que en esos tiempos once millones en realidad no eran tanto dinero, lo que se demostraría después cuando un presidente proclive a las huelgas de hambre le quitó tres ceros a la moneda mexicana, en una maniobra engañosa diseñada con la intención de sensibilizar al pueblo de que la inflación había bajado.

Luego regresó al departamentito y hojeó los libros, recordando que, entre sus páginas, Elías Ulpiano solía guardar dinero.

Encontró varios billetes por algunos cientos de pesos y también le llamó la atención un cabello muy largo, de mujer, absolutamente blanco, que, por parecerle una cana de abuelita, echó en la taza del excusado antes de jalarle a la manija.

Al día siguiente, Cristina Godoy dejó a sus hijas en el parque de Chapultepec y buscó a otra participante de la quintilla juvenil, su amiga Anacarla Pallares, que, desde su desafortunado casamiento con Misael Olalde, se había radicado en la Ciudad de México.

Anacarla Pallares era una mujer triunfadora en negocios y desafortunada en amores perdurables. Tenía éxito en la venta de portabustos y pantaletas, y además sacaba provecho de sus

habilidades de cartomanciana empírica. Salía pocas veces de su lujosa casona de Polanco. Cuando lo hacía, la prioridad la tenían los divertimientos sencillos. Estaba en paz en su castillo estable, rodeada de comodidades y recuerdos vendimiados alrededor del planeta. Gracias a Misael Olalde había viajado bastante, y en su casa ella lo encontraba todo, y todo estaba bien, y lo tenía todo, hasta el diminuto huerto que cuidaba con sus propias manos y del cual avituallaba su orgullo y sus vegetabilidades, gracias a la cosecha de lechugas orejonas, romanitas y francesas, variedades que le habían conquistado gran celebridad a sus lujuriosas ensaladas.

Cristina Godoy fue recibida con grandes sonrisas y un abrazo estrecho y prolongado, pero el rostro adusto de su amiga contuvo los regocijados ánimos de Anacarla Pallares.

—¿Qué sucede? —preguntó con el ceño fruncido.

—El terremoto... Elías... —dijo Cristina Godoy, con la cabeza baja.

Anacarla Pallares escuchó con detenimiento la relación de hechos y el pesimista desenlace de los baños de vapor del Hotel Regis y, con su experiencia de bruja blanca, consoló y esperanzó a su amiga durante hora y media. Luego fueron las dos juntas a recoger a las hijas y hospedarlas en la casa de Polanco, mucho más grande que el departamento de dos recámaras de Telémaco Sifuentes.

Cristina Godoy tenía conocimiento del derrumbe matrimonial de Anacarla Pallares, aunque no le había confiado, todavía, sus propios problemas conyugales con Elías Ulpiano.

Anacarla Pallares, por su parte, sabía que el matrimonio de Cristina Godoy estaba dejado de la mano de Dios. Y sabía de los amoríos de Elías Ulpiano y de su relación con una tal Marvelia Jácome, secretos abrevados en la indiscrecionalidad

congénita de Telémaco Sifuentes. “Las amantes son las peladas, los maridos son los mártires y las esposas son las brujas”, solía decir, en estos casos, don Secundino Gracia.

—Quédate todo el tiempo que quieras —dijo Anacarla Pallares, sin chismearle nada—. Esta es tu casa.

Quince días después del sismo, maltrechas las esperanzas, con los ojos hinchados de llorar y en actitud de luto, Cristina Godoy y sus hijas regresaron cabizbajas a Querétaro.

Seis semanas después del pesaroso retorno, la desaparición de su marido pasó a segundo término ante la alarmante conducta de Cuquito, la menor de sus hijas y la más rebelde, que por esos días cumplió quince años. Por la ausencia de su padre y por la prolongada sequía en el presupuesto familiar, su mamá y las otras cinco hermanas lo único que hicieron fue cantarle *Las mañanitas* y prepararle un modesto pastel con quince velitas.

Cuquito permaneció enfurruñada, no quiso soplarles a las velas ni menos probar el pastel y, con actitud desafiante, dijo que ella tenía preparada su propia celebración y que no regresaría en toda la noche.

La madre, cuyo sexto sentido funcionaba a la perfección, tenía varios meses de advertir cambios extraños en la actitud de Cuquito, pero lo atribuía a la revolución hormonal de la adolescencia.

—Todas te queremos mucho, juntas saldremos del dolor de tu papá —dijo Cristina Godoy, estimando que la transformación de su hija se debía al dramático suceso del Regis.

—Ese no es el problema —dijo Florencia, provocando una mirada furiosa de Cuquito.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué me ocultan? —preguntó enérgica Cristina Godoy.

Florencia evadió la mirada agresiva de Cuquito, buscó la mirada de su madre y, con un hilo de voz, dijo:

—El problema es que está embarazada.

Cuquito se le fue encima a Florencia, que forcejeó con ella, y las demás se metieron a la trifulca en medio de manazos y jalones de greñas, mientras Cristina Godoy estaba petrificada, con los ojos azules más redondos que nunca. De pronto, vio que peligraba la mesa de centro, con cuatro vidrios biselados en su superficie, y lanzó un grito que retumbó en toda la sala.

—¡Cuidado, cabronas! Me la van a quebrar. Luego, ¿con qué compramos otra? ¿Y cómo que tú estás embarazada? ¿Y a los quince años, con quién te metiste? ¿Qué te pasa?

—Es cosa mía —dijo Cuquito—; ya te lo dije. Hoy no vendré a dormir.

—¡De aquí no sales! —dijo Cristina Godoy, retadora.

—Por supuesto que sí —dijo Cuquito.

—¡Primero pasas sobre mi cadáver! —gritó la madre, obstruyendo la salida, con los puños sobre sus caderas y las piernas abiertas.

Pero el matricidio fue evitado, Cuquito rodeó por un lado el cuerpo de su madre y se salió a la calle dando un portazo despostillante.

Cristina Godoy se desplomó en el centro del sofá, colocó el rostro entre sus dos manos y comenzó a sollozar en silencio. Las cinco hijas la rodearon, estableciendo contacto con manos cariñosas: una de pie desde el respaldo del mueble, dos sentadas muy juntito a ella y dos más en el piso, pegadas a sus rodillas.

—¡Cómo es posible! Tanto que les he dicho... ¿Quién es el desgraciado? ¡Díganme, dime tú, Florencia!

Florencia dijo en voz baja:

—El tesorero.

- ¿Quién? ¿El tesorero de qué?
—El tesorero general del Estado.
—¿Qué, qué?
—Sí, mamá, la deslumbró.
—¿Pero desde cuándo? ¿Cómo?

—No sabemos. Hace dos meses nos enteramos de que la espera a la salida de la escuela, se la lleva no sabemos a dónde. Muchas veces Cuquito falta a clases.

Por la noche, Cristina Godoy continuaba lagrimeando y sollozando, rodeada de sus cinco compañeras, cuando sonó el teléfono y le avisaron que habían intentado matar a balazos al tesorero general de Querétaro y que Cuquito había sido llevada de emergencia al hospital.

El carácter de Cristina Godoy era recio. Sin pensarlo dos veces, se limpió los ojos, se sonó fuerte la nariz y, acompañada de sus hijas, se dirigió al hospital a toda velocidad, sin maquillarse.

Los medios informativos de Querétaro y del país se centraron en la nota roja de que el tesorero general del Estado había sufrido un grave atentado sin sufrir un solo rasguño, en tanto su amante de quince años había recibido un balazo en el vientre y perdió la vida el niño que llevaba en las entrañas.

Sensacional por naturaleza, la información fue material de primera plana para diarios, revistas, radio y televisión. Lo menos que dijeron fue que el jefe de las finanzas queretanas, casi cincuentón, era un sátiro degenerado que había abusado de una niña de catorce años.

El rostro adusto del tesorero y la carita infantil de Cuquito aparecieron en todas las publicaciones impresas, se repitieron sin cesar en la televisión y hasta merecieron la portada alarmista de los semanarios amarillistas, con cabezales propios del suceso.

“Asqueroso vejete del gobierno de Querétaro viola a inocente virgencita”, decía una de las portadas, con una ilustración del tesorero luciendo cuernos de fauno, trepado sobre una aterrorizada niña que lucía uniforme escolar de minifalda, con calcetas y tenis color de rosa.

Marvelia Jácome fue la primera en enterarse. Se repuso de la abrumadora impresión y se lo comunicó a Elías Ulpiano, que compró más periódicos y no se despegó de los noticieros de televisión, con el alma hecha pedazos y el raciocinio congelado.

Cuquito era la niña de sus ojos, la más pequeña de su rebaño femenino. Cristina Godoy y él habían cohabitado con denuedo en busca del varoncito, y a la media docena de partos el desfile de mujeres y los problemas del útero sobrecargado los obligaron a jubilar los encintamientos. Fue cuando empezaron a usar el ritmo y otros recursos protectores del óvulo.

A su bebida final le impusieron el masculino nombre de Refugio, en memoria de su inolvidable padre talabartero, don Refugio Ulpiano. Y, por eso, con enorme cariño, le decían Cuquito.

Descoyuntado, abrumado por la información del embarazo, los balazos, la muerte trágica de su nietecito de sangre acaudalado y la hospitalización de Cuquito, Elías Ulpiano salió de su marasmo, buscó los fulgurantes ojos color oro de Marvelia Jácome y dijo:

—Tengo que ir, amor.

—Sí —dijo ella, absorta, en un soplo de voz.

Elías Ulpiano movió la cabeza de un lado a otro y gimió:

—¡Suerte tan infeliz!

—Está bien —dijo Marvelia Jácome con ternura—. No te preocupes.

Ajena al egoísmo y comprensiva de la situación, Marvelia Jácome ocultó el dolor que sentía por la ilusión fallida y aceptó “como una artimaña más de la providencia” el incidente que daba al traste con el alocado plan escapista de Elías Ulpiano. “Era un sueño muy complicado —pensó—, ¡qué bueno que concluyó antes de convertirse en pesadilla!”.

Habían pasado ya dos meses del terremoto y Elías Ulpiano se enfrentó a un nuevo problema. “Ahora, ¿cómo reaparecer de repente?”, pensó, mientras llamaba por teléfono a Telémaco Sifuentes, quien soltó al otro lado de la línea un estentóreo bramido de cariño y sorpresa:

—¡Qué bruto tan animal, hombre! ¿Por qué no habías llamado? ¿Qué pasa contigo? ¿Dónde estás? ¿Cómo estás?

Elías Ulpiano le invitó un almuerzo y, después de compartir diez relinos de café, cuatro bísquitos tostados con mantequilla y una cajetilla de cigarros, urdieron la trama de que, con motivo del golpe en la cabeza, Elías Ulpiano había permanecido en estado de amnesia hasta que, al ver en un periódico la foto de Cuquito, había recobrado la memoria de un solo golpe y, angustiado, había recurrido a Telémaco Sifuentes para que lo llevara de inmediato a Querétaro.

La historieta le pareció fantásica a Cristina Godoy, pero ahí estaba, visible, la flagelación en la nuca. Y, además, en esos momentos no disponía de tiempo ni capacidad de análisis, porque estaba concentrada en cuidar veinticuatro horas diarias a Cuquito.

Elías Ulpiano permaneció en Querétaro hasta que su hija menor mejoró y se reintegró a la familia para el resto de su convalecencia. Resignado a pactar el pago, pidió la cuenta al hospital, pero se enteró de que todo había sido liquidado en efectivo por parte de una persona anónima, según le dijeron, pero

cuya procedencia estaba muy clara; de modo que su reconcomio contra el tesorero lo dejó para un tiempo conveniente, o para un futuro impreciso.

Visitó al matrimonio anciano que cuidaba la casona de Domingo Montaña y se enteró de que ningún pariente del difunto se había reportado todavía. Obligado por las circunstancias, tomó, en calidad de préstamo, uno de los seis autos de color marfil con celeste de Domingo Montaña y lo puso en manos de Cristina Godoy.

Sin nada que hacer, Elías Ulpiano pasaba horas en la mesa más apartada del Café Pavo Real, de espaldas a todos los clientes, y se sumergía en la recordación emocionada de sus dos viejos del alma. Todas las tardes encerraba su soledad en el Cine Plaza, el de la gente bien de Querétaro, y mataba el tiempo viendo dos películas o varias veces la misma. Le encantaba el cine. Siempre le había encantado. Y más en los tiempos en los que lo acompañaban las caricias atrevidas de Myriam Defog y, más tarde, los manoseos refrenados por Cristina Godoy.

Le atraían en especial las películas italianas y, por esos días, se deleitó con la cinta Cinema Paradiso.

También dio varias vueltas al ahora silencioso tendal El 20 Negro, en cuyo inventario predominaban artículos que no se echaban a perder y donde, además de polvo acumulado, encontró algunas notificaciones y citatorios de Hacienda. “Ni muertos nos dejan en paz”, hubiera dicho don Secundino Gracia.

CAPÍTULO 3

Elías Ulpiano, Misael Olalde y Telémaco Sifuentes tenían personalidades disímbolas. Tal vez por eso se complementaron y fueron inseparables durante los tres años de su secundaria, casi cinco décadas antes del temblor. Eran sus años adolescentes, los que siembran experiencias imborrables, los que definen actitudes y rumbos, fobias y filosofías, y nos programan para el fracaso o nos catapultan hacia el triunfo.

Luego, en los dos años adicionales de la preparatoria, el trío se convirtió en quinteto con la incorporación de Anacarla Pallares y Cristina Godoy, las muchachas más inteligentes y guapas de la generación. Juntos encabezaron las huestes estudiantiles de aquel legendario Colegio Civil de todos nuestros amores, cuando se enfrentaron a un célebre gobernador interino para pedirle la creación de la universidad.

—Primero me cortan los güevos —había dicho el fachendoso mandatario.

Y, desde ese momento, todo el alumnado, con el quinteto de amigos al frente, había cabalgado sobre un corcel más grande que el de todos los padres de la patria: el de las emociones exaltadas.

Apoyado en su popularidad, en su viveza y determinación, Elías Ulpiano asumió el mando y dirigió un organizado concierto de fogosas reuniones, mítines incendiarios y secuestros de camiones urbanos. Enseguida se bloquearon calles y avenidas, y culminaron los acontecimientos en una huelga que se generalizó a todas las escuelas. Emisarios del gobernador hicieron todo lo posible por desbaratar la insurrección. Abundaron las amenazas y las presiones, y se llegó al extremo de ofrecer una enorme suma en efectivo a los cinco líderes, pero el idealismo sublimado pudo vencerlo todo. Era idealismo adolescente, prístino e insobornable. Todavía no se desgastaba en el uso y el abuso de la realidad.

Cuando los periódicos dieron a conocer que el movimiento estudiantil tendría apoyo en todo el país y que las universidades de todas partes declararían huelgas solidarias en contra del obcecado gobernante, se hizo evidente que la causa estaba ganada. Veinticuatro estudiantes fueron recibidos en Palacio de Gobierno por el hombre necio que habían derrotado. El gobernador les comunicó la expedición del decreto para establecer la universidad, no sin antes espetarles un insubstancial rollo demagógico diseñado para conservar la figura. Cuando lo supo don Secundino Gracia, dijo: “Mantén dulces y tersas tus palabras, porque nunca sabes cuál de ellas tendrás que tragarte”.

Cristina Godoy emergió como una líder por sí misma, debido a su desplante bravío ante funcionarios, periodistas, estudiantes e invitados de honor. Con significativa sonrisa, la bella Cristina Godoy se desprendió del grupo, desafiante, y se colocó frente al mandatario estatal.

—Ya que no le puedo cortar lo que usted dijo, señor gobernador —le dijo—, ¡le voy a cortar la corbata!

Y se la cortó con unas tijeras que traía ocultas. Tomados por sorpresa ni el gobernador ni sus ayudantes pudieron hacer

nada para evitarlo, y el incidente quedó convertido en una de las anécdotas más inolvidables de la picaresca política de Querétaro.

Pero esa no fue la única hazaña de Cristina Godoy. El episodio del gobernador humillado la convirtió en portavoz de los nuevos tiempos, y las constantes porras de la masa estudiantil la motivaron a llegar más allá de lo que ella misma nunca creyó posible.

Lo máximo fue aquel improvisado traje de baño que, por un lado, concitó críticas sociales y, por el otro, desató los sueños lúdicos de todos los jóvenes y de no pocos adultos de alcurνια.

En ese entonces, por su acendrado tradicionalismo, Querétaro era todavía la única ciudad del mundo a donde no habían llegado los trajes de baño de dos piezas.

La primera en lucirlos fue, precisamente, Cristina Godoy, durante la bullanga de risas y gorjeos con la que los cinco estudiantes y sus seguidores tomaron por asalto el Balneario del Jacal, sin pagar las entradas, de acuerdo con lo inculcado por un líder estudiantil de aquellos tiempos, consumado fósil de la UNAM conocido como “El Palillo” por su aspecto amojamado.

El *establishment*, pensaban los jóvenes, debía quedar atrás y, ensoberbecidos por su exitoso enfrentamiento con el gobernador, exigían mayor libertad para la juventud queretana. Hablaban de rebeldías con causa, debatían con furor las corrientes filosóficas de vanguardia y argüían machaconamente que las costumbres modernas tenían que imponerse.

Pero la derrota de los convencionalismos sociales no era la principal motivación de Cristina Godoy. En la escuela le habían asegurado que sus pantorrillas eran las más hermosas de Querétaro y, de alguna manera, sintió el aguijón imperioso de la naturaleza femenina. Tan pronto como llegó al balneario,

se encerró en el vestidor para damas. Con la ayuda de Anacarla Pallares, anudó dos pañoletas de seda estampadas con rosas rojas y blancas. Cubrió con ellas su erguido portabusto. Enseguida dobló, sobre sí mismas y hacia abajo, las pudorosas pantaletas usadas en aquel tiempo y luego, a manera de traje de baño, les sobrepuso dos brillantes mascadas rojas, enmoñadas abajito de las caderas, que dejaban ver su bella cintura, el vientre blanco y firme, la huellita sonrosada de su cordón umbilical y algunos ensortijados vellos fugitivos.

Cuando Cristina Godoy salió a la alberca, la gente que estaba en el restaurante se agolpó en los ventanales. Los nadadores suspendieron sus pretendidas braceadas olímpicas y las chicas interrumpieron su parloteo. Al escuchar el silencio, quienes se quemaban al sol tirados sobre su estómago levantaron las cabezas. Y todo el mundo se deslumbró con los ojos azul oceánico, las encendidas mejillas sonrosadas, los pasos gráciles y la provocativa esbeltez de Cristina Godoy. Ella asumió el triunfo y, para que no quedara ninguna duda, le dio la vuelta completa a la piscina luciendo sus formas bien provistas. Luego se tiró al agua con un clavado aparatoso que salpicó a los porristas que corrían tras ella, circunvolando las toallas en el aire como si formaran parte de un escuadrón de helicópteros textiles.

Ese día Misael Olalde, el más apocado del quinteto, supo lo que era enamorarse para siempre, y le dolió la vida al saberse chaparro, dientón, espinillento, pobre y tímido. Durante los siguientes siete días no pudo probar bocado. Día y noche un grave malestar físico estragaba sus órganos vitales, tanto los nobles como los innobles. Al octavo día le ardían millones de neuronas en el cerebro y soportó sus inhibiciones torturantes hasta que, en una parranda angustiosa, habló con su amigo del

alma, Elías Ulpiano, buscando su simpatía, su aplomo y su indisputado liderazgo.

—¡Por favor, consígueme esa mujer! —le dijo con voz trémula y sofocada, preso de su enloquecida pasión y de los efectos alcohólicos.

Elías Ulpiano lo observó unos instantes. Sonrió compasivamente y, aunque no le vio posibilidades a Misael Olalde, aceptó ser su mensajero del amor ante Cristina Godoy, a la que hasta entonces había visto como compañera. Su juvenil trastorno matrimonial con Myriam Fog ya estaba superado, pero las huellas del recelo y los agravios rezagados lo mantenían inoculado contra todo compromiso sentimental. Había experimentado en escroto propio hasta dónde puede llegar el amor descomedido. Y se había propuesto no tropezar de nuevo con la misma piedra.

No calculó que la fuerza de la voluntad vale siempre menos que un comino, que los enamoramientos tienen vida propia y que algunos romances extremos anulan los escrúpulos. Con solo un grácil levantamiento de cejas, Cristina Godoy lo cambió todo. Los oficios de Cupido de Misael Olalde pasaron a segundo término. La caballerosidad hacia el amigo también. De modo que Elías Ulpiano y Cristina Godoy inauguraron un noviazgo apacible que estremeció los cimientos del quinteto estudiantil. “El calor subido no tiene conciencia”, diría poco después don Secundino Gracia.

—¡Lo voy a matar! —dijo Misael Olalde.

Enfurecido y agraviado por la inconcebible deslealtad y por la decepción aniquilante, mientras Telémaco Sifuentes trataba de calmarlo —pues Elías Ulpiano se dirigía a ellos con una culpabilidad manifiesta en todo su lenguaje corporal—,

justo a la entrada del Colegio Civil, por las calles de Corregidora y Próspero Vega.

De pronto, Misael Olalde extrajo de sus ropas un pavoroso cuchillo cebollero, usado en las botanas de la Cantina Verde, y corrió hacia Elías Ulpiano, que escuchó el rechinado del dentado, vio los ojos enrojecidos por el odio en un rostro más pálido que nunca y se le sobresaltaron los nervios al ver las dimensiones del arma blanca que empuñaba Misael Olalde. Una descarga de adrenalina recorrió su cuerpo deportivo, esperó a pie firme el desbarajustado ataque, brincó hacia un lado y extendió el pie izquierdo.

Misael Olalde cayó al suelo y el cuchillo se fue rebotando lejos. Se levantó y se abalanzó sobre Elías Ulpiano, que, con agilidad, esquivó los golpes y le dio al chaparrito empujones y puñetazos.

Convencido de su desventaja, abrumado por todo, con el orgullo convertido en harapos y la autoconsideración en su apogeo, Misael Olalde bajó los brazos en señal de derrota, pero Elías Ulpiano ya tenía en camino un certero moquete revienta labios.

Telémaco Sifuentes saltó a la trifulca y abrazó a Misael Olalde, con la espalda encorvada hacia Elías Ulpiano, mostrando que la pelea había concluido.

Desfallecido, Misael Olalde bajó la cabeza, con el pelo rubio enredado y escurriendo sangre por nariz y boca. Pasarían muchos años antes de que los dos amigos volvieran a encontrarse, y algunos más para que Elías Ulpiano, después de un noviazgo prolongado que extendió lo más que pudo, terminara por pedir la mano de Cristina Godoy.

La luna de miel fue modesta. Se escenificó en Guadalajara y, ya en Querétaro, sucedió algo que dejaría una marca sombría en el matrimonio.

Rentaron una casita de una recámara por el rumbo de la cárcel municipal, en el Callejón de Cabrera, y, en las maniobras del amueblamiento y los enseres, Cristina Godoy tuvo la mala suerte de abrir una de las cajas de Elías Ulpiano. El Cristo centenario de la familia venía embalsamado en una gruesa frazada, a manera de protección. Al manipular el envoltorio, a la recién casada se le escapó de las manos la estatuilla sagrada, que se hizo pedazos en el suelo.

El estruendo fue como un balazo expansivo en el pecho de Elías Ulpiano, que, a unos metros de distancia, porfiaba en el acomodo de un ropero de dos lunas, de madera ojo de pájaro. Al ver a su madre y a su abuela convertidas en un rompecabezas de barro, perdió todos sus controles, le palpitaron las sienes, se le aceleró el pulso y se le vino encima el animal monstruoso de la rabia.

—¡Tarada, burra, mostrenca! —gritó, con el rostro descompuesto a un centímetro de los atribulados ojos de Cristina Godoy—. ¡Eres una retrasada mental!

Y le dio un bofetón tan fuerte que la hizo trastabillar y caer sobre un pequeño sofá envuelto en papel de estraza, todavía encordelado.

Muda por la magnitud de su descuido, sorprendida por imprecaciones terribles que jamás nadie le había proferido, con la mano izquierda sobre la mejilla mancillada y los ojos de cielo tratando de reconocer con quién se había casado, Cristina Godoy recibió otro impacto todavía más fuerte y duradero:

—¡Para que de una vez sepas quién manda en esta casa! —rugió Elías Ulpiano—. ¡Y este golpe no es nada comparado con el que acabas de darme!

Luego le dio la espalda, entró al baño y corrió el cerrojo de la puerta.

La casita era pequeña, de modo que, en el corazón de Cristina Godoy, retumbaron los roncossolozos de su flamante marido, que lloraba por el redentor de colores flamígeros que, en vida, tanto había amado su madre.

El primer mes matrimonial fue sombrío. La reconciliación, necesariamente difícil, se inició por parte de Cristina Godoy, que había recogido la pedacería del suelo para intentar una reconstrucción del Cristito.

Un artesano asumió la intrincada tarea del remozamiento, parchando los pedazos que se habían hecho polvo en la caída. El problema de la colocación del color fue otro complicado reto, y la efigie quedó bien, pero muy lejana a la versión original.

Elías Ulpiano recibió al Cristo impostor en silencio y lo acunó en sus dos manos.

—Nunca podría ser igual —dijo Cristina Godoy con ternura—, pero el espíritu ahí está, en el mismo barro de siempre. No me lo vayas a tomar como una irreverencia. Perdóname. Fue un accidente. Estoy muy consternada.

—Lo sé —dijo Elías Ulpiano—. Fue un accidente, o una advertencia de Dios. Pero mi sufrimiento no me justifica. Yo soy el que te pide perdón.

La relación recomenzó ahí mismo, rumbo a un camino conyugal que Dios bendeciría con seis hermosas hijas y algunas maldiciones del destino.

CAPÍTULO 4

Ninguna de las obsesiones de Misael Olalde era más grande que la de tener un hijo varón. Anacarla Pallares no había podido dárselo ni aun con la intervención fertilizante de los mejores ginecólogos. Y Misael Olalde no quería, por nada del mundo, un hijo adoptivo. Tenía que ser de su propia sangre.

La infertilidad de Anacarla Pallares había sido buen motivo para descartarla como esposa y excelente pretexto para aprovechar el dinero fácil en el consigo de mujeres. Pero, en realidad, seguía buscando a la compañera ideal: aquella que fuera capaz de manejar la lógica, que fuera organizada y sagaz para formar parte de la poderosa empresa que él había consolidado en quince años de tenaz perseverancia; que dispusiera de suficiente belleza y contenido para ser lucida en los múltiples compromisos sociales; que la mayor parte del tiempo estuviera sonriente; que tuviera capacidades infinitas para mantener vivas las ternuras y encendidas al máximo las artes sublimes de la cama, de modo de compartir juntos multiplicadas horas de amor, compañerismo e intimidades y, principalmente, por encima de todo lo demás, que fuera fértil.

“Esto es como pedirle peras al olmo”, diría don Secundino Gracia.

—No puedo postergarlo más. Necesito un hijo saludable, para disfrutarlo y para heredarle mi negocio —proclamaba Misael Olalde ante cualquiera que quisiera escucharlo, y aunque no quisiera.

Una de sus malogradas expediciones casamenteras era reciente. Con promesa matrimonial y anillo de diamantes al canto, se había llevado a una de sus precandidatas a Cancún, para ver si le funcionaban esas cosas de la compatibilidad, las temperancias y las mariposas en el estómago.

Los dos cónyuges futuros fueron recibidos por un sol portentoso, arenas de talco, brisas encantadoras, mar complaciente, gaviotas agoreras y una inoportuna intoxicación de mariscos echados a perder. Las mariposas se le alborotaron a Misael Olalde, sufrieron una metamorfosis regresiva y le llenaron de gusanos los intestinos, imponiéndole un frenético corre y corre de perfumadas gasificaciones burbujeantes, cuyo olor hacía retroceder las olas.

En esos momentos, un espléndido albatros, interesado en bocados succulentos, planeaba sobre la playa con las enormes alas desplegadas a su máxima extensión. Hacía rato que volaba por encima de miles de gaviotas, empequeñecidas de envidia. De pronto, las emanaciones lo alcanzaron. El ave gigante perdió la figura, dobló el ala izquierda sobre su pico, inició con la otra un desencuadrado aleteo de murciélago sordo y se dirigió mar adentro a toda velocidad. Cuando lo vimos perderse en el horizonte aún batía los aires del Caribe con su frenética ala derecha. Y nunca regresó.

Misael Olalde se agravó cuando ya el corazón le palpitaba en las ardorosas membranas de ya se sabe dónde. Y entonces la novia a prueba huyó despavorida, apretándose la nariz con el índice y el pulgar, sin siquiera tener a bien despedirse como

la gente decente, en tanto que la diarrea optaba por quedarse para establecer las drasticidades de una hepatitis galopante que lo dejó todo entumecido y amarillento, aunque agradecido de haber descubierto a tiempo la falsedad de la presunta dulce. Su aspecto cadavérico fue desapareciendo poco a poco y convaleció en su soledad convencional, acariciando la certeza de que él seguía siendo, a pesar de todo, un partido tentador para muchas mujeres deseosas de comodidades y diamantes.

Misael Olalde sabía lo que quería y estaba acostumbrado a conquistarlo o adquirirlo, cualquiera que fuera el caso, mediante su elaborada persuasión o, simplemente, con el poder de su firma.

Hasta hacía poco, un latido errante en sus sienes le telegrafaba el presagio de que la mujer diez no era más que una utopía, porque desde siempre la hilvanación de su vida amorosa había sido accidentada. “Los precios han sido demasiado altos”, solía pensar Misael Olalde, con pertinaz regusto masoquista.

Mujeres rubias y morenas, jóvenes y maduras, interesadas o buenas, no pocas lagartonas y bastantes bobas cazadoras de maridos pudientes habían desfilado por su departamento, reprobando el examen final consistente en la sexualidad voraz que Misael Olalde había practicado a partir de los once años, cuando un vecino degenerado lo había violado con la boca en una experiencia estremecedora. Aquella emoción de niño absorto le instaló una prematura sensación de adulto, y ese secreto, en todos los años que viviera, habría de confiárselo solo a una mujer disoluta que acabó por divulgarlo. En las vísceras encargadas de las turbaciones le quedó indeleble el tatuaje de lo pecaminoso. Desde chamaco habría de ser propenso a las conversaciones consigo mismo; habría de sentirse siempre solo

y, dada su astucia natural, aprendería a darle magnífico uso a su personal aislacionismo.

“Vive tan solitario, y es tan dulce”, les hacía pensar a las mujeres, siempre listas para caer en ese tipo de terrenos resbaladizos. Sabía removerles los instintos maternales mediante el recurso de las actitudes entristecidas, y ellas se desvivían por protegerlo de aquella presunta melancolía en la que aparentaba estar cautivo.

“Tiene detalles tan lindos”, decían de él, porque simulaba su papel con tal arrimo que su bulla trapacera parecía auténtica. Para cuando ellas se daban cuenta, ya él había levantado la cosecha de carne y, casi siempre, debido a sus inconformidades, hasta el vuelo.

A excepción de su interludio con Anacarla Pallares, antes y después de sus únicos años conyugales, Misael Olalde fue un consumado oficiante de la “nalga fugaz”. Esa era una verdadera necesidad promovida por sus propias entrañas, pero la ejerció siempre con la mira puesta en un matrimonio feliz que no llegaba. “Ni amor sin sexo ni sexo sin amor” era uno de sus mandamientos individuales. Sería durante muchos años un persistente escudriñador de relaciones duraderas: un hombre en busca de su arquetipo de pareja, pero habría de ser, en ese aspecto de su vida, reincidentemente, un desorientado náufrago de sí mismo.

A los catorce años, Misael Olalde había tomado parte activa en una tarde cruel de crímenes crispantes. Un grupo de muchachos se dio a la tarea de atrapar cuervos en la plaza pública y luego, navaja en mano, les extirpaban los ojos; los lanzaban al aire a dar aletazos desconcertados y verticales. Pero derramar sangre en vivo todavía no formaba parte de su destino depredador. Nunca supo por qué participó en una barbarie

que no iba acorde con sus alcances. Muchas noches de su vida restante despertaría aterrorizado, sintiendo el revoloteo de alas negras y el rociamiento de sangre brotando de surtidores que ocupaban el lugar de los ceñudos ojos de aquellos inocentes pájaros. Esa molestia lo acompañaría siempre, entremezclada con otras experiencias que le conformaron un pesado bagaje de complejos, entre ellos el obsesivo amor hacia su padre revolucionario.

Otra causa fortuita le quebrantó los años incipientes. Enormes barros de puntas negras y una inundación de espiñillas supurantes le desfiguraron el rostro. Las huellas quedarían para siempre en su tez, pero más marcada aún quedaría su mentalidad. “Si yo me doy asco, ¿cómo me verán los demás?”, se decía a sí mismo en los años terribles de la adolescencia, convencido de que ninguna mujer podría vencer la repugnancia de darle siquiera un beso en la mejilla.

Una vez venció su timidez y se animó a decirle a una jovencita:

—Entonces, ¿qué?, ¿me das un besito?

A la muchacha se le desfiguró la expresión del rostro, las cejas se le contorsionaron, frunció el ceño y le lanzó un intencionado dardo envenenado:

—¡Mejor te doy una mamada! —le dijo, y soltó una carcajada removedora del fango de los complejos y los traumas, sin darle nada de nada, por supuesto.

Todos los remedios habidos y por haber fueron experimentados con fervorosa disciplina. Pomadas de diversas clases, emplastes, parches calientes de antiflogistina, lavamientos con agua ardiente y yerbas milagrosas, hielo vil sobre la cara, mascarillas de crema dental, crema de concha nácar, jabón de azufre y quién sabe cuántos artilugios más fueron intentados frente al

espejo del cuarto de baño, con resultados siempre infructuosos, en tanto las burlas de los insensibles compañeros se sucedían sin piedad: “¡Hazte una!”, le gritaban de pasillo a pasillo, incluso frente a las chicas que poblaban desde entonces la principalidad de sus fantasías insatisfechas. Este recurso, practicado con frenesí, le hizo más llevadera su penuria, pero tampoco le funcionó.

—Tienes espinillas hasta en las espinillas —le decían.

Fue la época más amarga de su vida. Intentó recetas inconcebibles, como la de uno de tantos médicos chambones que, en una maniobra sin sustento científico, le extrajo sangre de un brazo y, sin anestesia, se la inyectó intramuscularmente en una sentadera, en medio de un dolor agonizante.

Otra ocasión, un hombre de buena fe, dueño de una frutería, al ver el desastre de su rostro, se llevó al joven a un rincón saturado de olores de mango y papaya, y le dijo:

—A tu edad yo tuve tú mismo problema, pero logré aliviarme gracias a una curación extrema.

—Lo que sea. Lo que sea —dijo Misael Olalde.

—Se tiene que hacer por la mañana y por la noche durante quince días —dijo el frutero.

Y ahí tienen ustedes que, en secreto juramentado con un compañero acomedido, Misael Olalde cumplió con la inusitada recomendación de untarse el acné con orines calientes recién emitidos. Aunque, no obstante tan denodados tratamientos, nada podía detener las erupciones de su ardentura.

Un día, en la clase de química, un maestro guasón que no servía para nada lo pasó al pizarrón, lo cual era ya suficiente tortura como para querer suicidarse. Turbado frente a la asamblea, Misael Olalde esperó las instrucciones. Observó los matraces llenos de líquidos violetas, anaranjados y tornasoles, y los microscopios sobre la mesa de los experimentos.

—Aquí al compañero ya no le van a salir espinillas...
—dijo con su estentórea voz de pato el profesor.

Un vuelco en el corazón le hizo sentir el hábito de la felicidad al pensar que una nueva fórmula iba a serle entregada para emanciparlo de su rostro de volcanes terrestres y cráteres lunares. Treinta muchachos y catorce muchachas componían el grupo mixto. Todos se quedaron expectantes ante el anuncio. El silencio se fue instalando hasta que el tiempo mismo se detuvo:

—¡Porque ya no tiene dónde! —completó el maestro encajoso.

Antes de que estallaran la chungu, y el pitorreo, y las inmisericordes risotadas que retumbaron en el aula, Misael Olalde había desaparecido de la vida con todo y el gis que apretaba en el rictus de su mano derecha. El gracejoso mentor, indigno educador de tercero de secundaria, jamás supo que le había asestado un batazo en el abdomen a un pobre jovencito que trabajaba apenas en la urdimbre de su necesidad de vivir.

Cuando se casó, veintidós años antes del temblor, Misael Olalde aún sufría el enamoramiento glorioso que le había lisiado el corazón, tanto por el desinterés de la bella Cristina Godoy como por la traición de Elías Ulpiano, hasta entonces su ídolo número uno. El casamiento con Anacarla Pallares, del grupo queretano de los cinco, fue doce años después, cuando ya era un financiero boyante en la Ciudad de México. Durante unos meses se amaron en un piélagu de sinceridades y concordancia corporal. Sin embargo, pronto se encontraron con que cada veinte palabras dichas por cualquiera de ellos inflaban el espantasuegras de la incompatibilidad.

Las fricciones molestosas se multiplicaron al paso de los años. Cada nocauf financiero propinado por Misael Olalde era un *round* matrimonial perdido.

“Casarse después de los treinta años —hubiera dicho don Secundino Gracia— es convocar a los demonios del carácter”.

Cuando alguno de ellos percibía los tonos de algún color azul, en la retina del otro eran rojos o amarillos. Su sentir era transmitido en diferentes frecuencias. Las palabras no solo tenían significados distintos, sino también opuestos. Tan dislocado código de comunicación dio pie a las incomprensiones, y les instauró los malentendidos, y se tradujo en hostilidades de guerra santa, y proliferaron los acaloramientos insensatos, y al final, una viciada predisposición les llenó la vida de violencias verbales.

Si lograron alargar su matrimonio fue porque la relación procedía de su convivencia juvenil en Querétaro, pues ambos la habían revestido con las figuraciones del amor. Por otra parte, la relación conyugal les resultaba aceptable. Durante diez años ese fue un factor importante para darle capotazos al burel del divorcio, pero Anacarla Pallares solía amontonar las fricciones del día y llevárselas con ella a la recámara, con resultados lamentables. Le bastaba una almohada de plumas para erigir una cerca de alambre de púas en mitad de la cama. La partición venía acompañada de un grueso cortinaje de mutismos y una ceja levantada que hubiera envidiado María Félix en la más Doña de sus legendarias intervenciones filmicas. Así era Anacarla Pallares después de cada discusión con su esposo, quien se resignó a hacerse cargo de la buscanza, movido por tres sentimientos en pugna: su desmedida gula erótica, los enardecidos orgullos y los incesantes complejos. De manera que las constantes huelgas de piernas cruzadas y las reticencias en el uso de tan desaprovechada vía de reconciliación acabaron por minar la solidez conyugal.

—Eres un cuchillo filoso que no tiene mango —dijo alguna vez Misael Olalde—; lo manejo con mucha precaución, pero no importa de qué modo lo agarre, acabo por cortarme.

Ella siempre tenía una respuesta categórica, pues pensaba que su marido portaba una agresión en cada frase, y le correspondía con otra.

—Por manejar así las palabras nadie se entiende contigo —le contestó.

Los desacuerdos nunca pudieron ser convencionales. Siguieron subiendo de tono hasta ser exasperantes y remataron en un dilatado páramo conventual.

A punto de cumplir diez años de guerrilla salvadoreña, Anacarla Pallares y Misael Olalde sostenían la incomodidad de un domingo domesticado que los llevaba a Cuernavaca. Viajaban en el Mercedes Benz acompañados del mejor de sus silencios. Ya tenían treinta minutos de haber abandonado la vía periférica y de disfrutar los aromas de color verde que invadían el automóvil. Mantenían la vista en la cinta asfáltica como insensibles entes hipnotizados, partícipes de esa traficación de hormigas que los fines de semana hace filas entre la ciudad de la eterna primavera y la urbe de la contaminación.

Anacarla Pallares tenía muchos meses de estar preparada para abrir la alcantarilla de drenaje sanitario que los dos evadían:

—He sido y soy una mujer desacompañada —dijo de pronto—. Lo que teníamos en común está agotado.

A Misael Olalde se le apretaron las manos en el volante. Optó por agarrar la mudez para él solo. Pero Anacarla Pallares estaba decidida a hablar. Sus pensamientos tenían un orden memorizado.

—No soy ni tu esposa ni tu compañera. Es preferible que afrontemos el problema —dijo.

La tribuna le pertenecía por el momento y la aprovechó para una disertación claridosa, ensayada mil veces frente al espejo de sus cavilaciones. Responsabilizó del fracaso a Misael Olalde, acusándolo de ser quien había establecido las reglas equivocadas con su machismo abusivo.

—Clausuraste la comunicación —le dijo—. Cualquier comentario mío lo has convertido siempre en una intromisión, un desafío o una agresión de mi parte.

—Exactamente igual que tú —musitó Misael Olalde en tono comedido, pues en verdad no quería entrar en materia.

Las discusiones acumuladas le resultaban abrumadoras. Eran ya demasiadas. Siempre reiterativas. Siempre desagradables. Siempre dejaban un largo rastro acibarado. Ella siguió adelante.

—Las mías son reacciones ante la desesperación de tu distanciamiento. Reacciones ante la frustración de no ser una mujer amada, de no ser lo más importante en tu vida. Desde el primer día hiciste que me sintiera una carga para ti, un compromiso, una enemiga —sentenció Anacarla Pallares.

Ya antes había dicho lo mismo muchas veces, en esa dialogación repetitiva que no termina nunca entre los cónyuges; que desparrama sus espinas en distintos estadios de cada día; que invalida las horas nocturnas haciéndolas agobiantes y que, con frecuencia, se despeña sobre los difíciles tiempos de la madrugada.

La conversación se entrampó, estancada en el fastidio. Las frases se pronunciaban muy espaciadas. Se quedaban en el aire. Recorrían despacio el tablero del automóvil, se escurrían por debajo de los asientos delanteros, iban a descansar en los

posteriores y luego, en un movimiento elíptico, patinaban cabeza abajo en la vestidura del esbelto techo. Cerraban su círculo cuando sus ecos caían de nuevo en medio de los dos viajeros.

—Yo sé que no pude darte un hijo —dijo Anacarla Pallares—. Lamento mucho que mi cuerpo te haya fallado en ese aspecto, pero no voy a avergonzarme más. Ya me cansé de que me hagas sentir culpable.

Misael Olalde se refugió en su ámbito interno para pensar una vez más en el hijo que no tenía. Un bebé con la cara de Winston Churchill, como todos los recién nacidos. Lo vio dando los primeros pasos hacia él. Pateando juntos una pelota de fútbol. Nadando en las playas de Acapulco. Jugando con un osito panda de carne y hueso. Llegando de la escuela. Cursando una carrera y luego, en el enconamiento de la paternidad, se lo imaginó sentado en el trono de la Casa de Bolsa, con una corona de rey sobre la testa, como en una película de Walt Disney. Comenzaba a disfrutar aquel sueño recurrente que tanto le significaba, cuando lo interrumpió la voz de Anacarla Pallares:

—Son muy pocas las mañanas que he sentido deseos de comenzar el día. Es muy cierta la frase que escuché en una telenovela: lo importante es que amanezca por dentro —dijo.

Misael Olalde no entendió el trasfondo de la frase, pero le rebrotó en el corazón un cierto enternecimiento, porque al igual que ella padecía el desapego y la soledad, por encima de una querencia acobardada que se negaba a morir. Pensó que el amor y todo lo que lo acompaña debía ser espontáneo. Ahora no se trataba de exigir o reclamar. Se trataba de un amor en agonía.

—Siempre hemos logrado reconciliarnos —dijo, con muy pocos deseos de decir nada.

—Los únicos acercamientos los propiciaba el sexo —sentenció ella—. Ahora ya ni eso nos une. Estamos en ceros.

—Casi en ceros —dijo Misael Olalde.

—En ceros —refutó Anacarla Pallares—, porque un matrimonio requiere del afecto, la lealtad, la solidaridad y la compañía, además del amor y además del sexo.

—Estamos juntos —dijo.

—Muy pocos momentos. Y los llenamos de silencios —dijo Anacarla Pallares—. No hemos sabido alimentar el amor y yo me siento defraudada. Siento que he sido una tonta, que me he perdido de mucho. Ya no puedo seguir soportando esta vida.

Misael Olalde se dio cuenta de que un pasajero más se había trepado al automóvil. Lo corporizó en el espejo retrovisor, sentado en el asiento trasero: era un abogado con cara de divorcio.

—Hemos hecho muchos esfuerzos por salvar lo nuestro —dijo, por decir algo.

—¡Mentira! —categorizó ella—. No le podemos llamar esfuerzo a los intentos aislados, a las caricias de ocasión o al simple expediente de ponernos al alcance de vez en cuando.

—¿Qué es entonces para ti? —preguntó Misael Olalde.

—Otra cosa. Es decidirse. Es no cejar en la recuperación del tiempo perdido. Es tratar. Es fijarse en la otra persona para saber qué piensa, qué quiere, qué necesita, cuáles son sus señales de cada día, para complementarse uno al otro. Tú no tienes nada de eso. Hace mucho que me abandonaste.

Misael Olalde se sorprendió de no antagonizar con su esposa. Lo que en esos momentos se ventilaba era una separación que ambos ya traían bien clavada en el espinazo.

—Si hubieras sido diferente conmigo —dijo—: cariñosa, considerada, constante, presente, lo más probable es que yo no me hubiera alejado.

—Lo mismo digo yo —dijo Anacarla Pallares—. Si estamos de acuerdo en eso, creo que también lo estaremos en que la situación ya no tiene remedio. Quiero el divorcio y lo quiero ya.

—¿Estás segura?

—Sí. Definitivamente.

Entremezclado con raigones de dolor físico, un gran alivio se le derramó por dentro a Misael Olalde. La proposición no había tenido que salir de sus labios. Él prefería asentarla en el expediente de Anacarla Pallares, quien a su vez experimentaba una sensación de triunfo bravío por haber sido ella la protagonista del valor final, por ser ella la de la voz cantante y él, el cobarde.

—Está bien —dijo Misael Olalde con voz apagada.

Ambos cedieron la palabra al silencio que los acompañaba. Cada quien, por su lado, meditaba que, después de todo, no había sido tan difícil como lo habían imaginado durante tanto tiempo.

Mirando hacia el frente y hacia un futuro incierto que ya no compartirían, veían de reojo, por las ventanillas laterales, las veloces arboledas que retrocedían fugazmente hacia el pasado. Quince minutos después, en el primer retorno de la carretera, el hermoso automóvil retomó el camino hacia el punto de partida, donde los dos habrían de encontrar, junto con inevitables lastimaduras, los fríos trámites de los abogados. La hora última de su matrimonio también habría de requerirles la estampación de firmas. “Todas las separaciones son traumáticas”, hubiera dicho don Secundino Gracia.

Poco tiempo después, una vez que legalizaron su rompimiento y se desearon lo mejor el uno al otro, los años empezarán a dejar establecido que Anacarla Pallares fue la mujer máxima en la historia de Misael Olalde: la del amor de plenitudes no conciliadas. Y lo demostró cuando hizo culminar la separación en una pensión en moneda americana y, para protegerla de la inflación, él le instrumentó ganancias en acciones preferentes de la Casa de Bolsa. Liquidó así su divorcio y después, bajo aquellos influjos negativos, su irrenunciable deseo de procrear un hijo le sembró una nueva fijación: “Cuando quiera tener otra esposa me la compraré a mi gusto”, decidió.

Poco frecuente era la sonrisa de Misael Olalde, entre otras cosas porque así evitaba revelar la complicación de marfiles que le había ganado, allá en su juventud, el mote de “El Güero Mil Dientes”. Su tez blanca estaba enmarcada por un pelo rizado, tirando a rubio, con incipientes canas. Un corte a la Príncipe Valiente se le desbarrancaba por todos lados en una melena medieval que lo convertía en hermano gemelo del Mago Keops, ilusionado ilusionista de fama circunstancial en el ambiente noctámbulo del Distrito Federal. Se sentía tan a complacencia con sus chaquetillas rojas, grises y azules, que casi nunca se las quitaba. Las corbatas y los zapatos de salir eran otro motivo de repelencia, aunque siempre procuraba botines de tacón alto para resarcirse un poco de su baja estatura.

Casi nunca usaba trajes, que, por ser elegidos personalmente, parecían no caer nunca bien sobre su esmirriado cuerpo; por el contrario, no obstante estar en peso, lo hacían lucir desgarbado. Pero voluntarias o no, las intenciones de Misael Olalde eran lógicas: compensar las rigideces de su conducta comercial con el desparpajo en el vestir. Crearse una imagen mundana para disimular los alcances del dinero abundante. Era

un recurso para desviar la atención del poder hacia la aparente sencillez de su arreglo personal. ¿No hacen lo mismo los chicos millonarios? ¿No se atuendan con imitaciones de andrajos para mostrarle al mundo que ellos valen por sí mismos y no por las fortunas que quieren disimular, pero que jamás serían capaces de abandonar?

A pesar de todo, quien se guiara solo por el aspecto físico o por su forma de vestir se llevaría un chasco. Aun cuando solía acariciar su colección de cicatrices emocionales, sus condiciones eran rigurosas y excluían cualquier posible concesión. “Lo importante son los resultados”, afirmaba.

La riqueza fluía a sus manos a buen ritmo; allí se quedaba para ver qué hacían con ella, y Misael Olalde la manejaba en re-inversiones, aprovechando los ejemplos ventajosos abrevados en la Cantina Verde de su niñez y en los apoyos que, en el Distrito Federal, le había brindado su hermano mayor, Pablo Serafín.

Dos años antes del terremoto ya había cuadruplicado su capital. La productividad de la Bolsa de Valores le resultaba halagadora porque sus dos mil millones de pesos continuaban multiplicándose en los carriles de la economía de riesgo. Una de sus más reconocidas características eran los lentes bifocales, que hacían más penetrantes sus redondos ojos acechantes y que con frecuencia intercambiaba por otros de medialuna, que utilizaba para leer o enfrentarse a los platillos de su mesa.

No todos sus negocios habían sido exitosos, pero disponía de bloqueos mentales que le aligeraban la zozobra de los fracasos. Esas eran congojas que le resultaban insoportables, mientras que en sus riesgos empresariales se le filtraba el placer de jugar con verdaderos lances intrépidos, aunque sabía muy bien que, en las devaluaciones, las bancarrotas y

las bajas accionarias, o las altas, casi todos pierden, menos los especuladores profesionales.

A raíz de su traslado a México había completado las enseñanzas de la vida azarosa. Se había convertido en una voraz esponja engullidora de técnicas, logaritmos, fórmulas, procedimientos, manipulaciones y demás suministros requeridos para escalar las montañas donde medran los adeptos del capital y donde celebran sus safaris los perseguidores de borregos de oro. Ganaba dinero con el dinero de los bancos, de los ahorradores y de las acciones bursátiles.

Una materia cautivó la médula de sus ambiciones: la psicología práctica, que aplicó a la selección y conducción de personal, y sobre todo al manejo de las compulsiones que dan indefensión a los compradores de cosas y de ilusiones. “Localízale a cada quien su motivación y lo dominarás”, era una de sus prédicas esenciales.

Ahora, a cinco años de su cincuentenario, estaba listo para acometer su siguiente objetivo: la integración de una familia prediseñada. No cesaría en el empeño. Esa era su prioridad.

Pero al pensar en posibles candidatas, el recuerdo, a la vez doloroso y placentero, de sus amoríos con Emer Bocanegra le encendía una luz roja en el cerebro y otra verde en sus instintos de placer. Su semáforo íntimo oscilaba entre ambos extremos cada vez que recordaba el romance más obnubilado de su vida, convertido en inevitable punto de comparación e irrevocable fuente de desconfianzas.

Emer Bocanegra solía portar su belleza como si fuera un arma magnética. Era el tipo de mujer que no puede pasar inadvertida. Desde jovencita se percató de las singularidades de su persona y se dejó seducir por un viejuco interesante e

inteligente, que traicionó a su propio género revelándole todas las endeblesces del ego masculino.

—Entrégate a mí y te daré la fórmula para ser rica y poderosa —le dijo un día su veterano protector.

Emer Bocanegra hizo varias preguntas que orientaron aún más su temprana vocación de engullidora de hombres y afinó así el trazo de una vida centrada en objetivos de lucro, convirtiéndose en comercializadora de sí misma.

—Te revelaré mecanismos que subyugan al sexo masculino —le dijo su pretendiente, como un argumento más que la condujera a la desfloración emocionante.

Complacido por las rosas rojas que adornaron las sábanas inaugurales, el amante de lujo se dedicó a mostrarle los caminos, las zalamerías y las estrategias que vuelven muñecos de trapo a los señores, de manera que, a los veinticuatro años de edad, personificaba a una espléndida fiera en los artificios del amor taimado.

Era trigüeña, garbosa, afortunada en los atractivos que más esclavizan al supuesto sexo fuerte: una gran mata de provocativo cabello, rostro hermoso, cintura breve, piernas largas, redondeces bellas arriba y adelante, y promontorios elípticos abajo y atrás. Exageró su ingenuidad y adoptó el sistema de tener que preguntarlo todo a los supuestos “sabihondos” que la acompañaban, fingiéndose sorprendida de sus altos conocimientos. Su mirada permanecía siempre fija en el rostro de sus hombres, sin volver la vista a ninguna parte. Así, los envanece y les cultivaba el machismo petulante.

Al conocer a Misael Olalde, Emer Bocanegra investigó sus alcances de financiero próspero, se le atravesó en el camino y le lanzó un puntiagudo anzuelo de ilusiones. El pez gordo picó, pero tuvo que pasar por grandes afanes para vencer la

elaborada resistencia de aquella hermosa vampiresa disfrazada de mujer decente, que interpuso subterfugios sutiles entre su coqueteo y la entrega.

Cuando Emer Bocanegra tomó posesión de sus nuevos dominios, lo hizo de manera terminante.

—Serás mi rey —le auguró—, pero también serás mi esclavo.

Muy pronto adquirió la capacidad de causarle un miedo cerval a Misael Olalde, que se desvivía por mantenerla contenta, abrumado por la urgencia de esquivar las explosiones temperamentales que tanto lo aturdían. Su tribulación exacerbaba la voluntad impositiva de Emer Bocanegra, pues los abusos del poder femenino van en proporción directa al vasallaje de los hombres. En estas condiciones, ella se refociló en su fuente de poder: la docilidad de su esclavo. “Todo lo que tú quieras, amor”, llegó a ser una de las frases más pronunciadas por Misael Olalde, junto con suplicantes “No te enojés, mi cielo”. Pero ella emborrónó ese cielo con toda suerte de cumulus nimbus: nubes siniestras.

Emer Bocanegra había reconocido de inmediato que estaba lidiando con un masoquista del amor, así que asumió mayores ventajas. Le dio un tratamiento especial para elevarlo a las alturas del regodeo amoroso: le rindió elogios admirativos y complacientes voluptuosidades. Lo apresó en el vicio de la carnalidad. Le fue fácil sonsacarle la lista de sus fantasías; las estudió y se dedicó a cumplimentárselas una a una: por arriba, por abajo, por el anverso y por el reverso. Vestida de mujer de Frederick’s of Hollywood. A oscuras. A plena luz. Con películas impúdicas. Encadenada. Utilizando prótesis artificiales. Con un collar de cocker spaniel en el cuello. En el auto en marcha,

estacionados en el supermercado, en el aeropuerto, en el cine, bajo una escalera de El Palacio de Hierro. Como él apeteciera.

La servitud de Emer Bocanegra fue conducida a extremos tripartitas solo especulados hasta entonces por Misael Olalde: hicieron el amor con un hombre invitado de honor y también con una mujer adicional. “Quiero que lo vivas conmigo todo”, insistía apasionada Emer Bocanegra, y lo retaba: “¿Qué más quieres?”.

Misael Olalde, por supuesto, tuvo lo que quiso durante ese frenético *affaire*, junto con raciones de sadismo calculado que lo hundieron en el remolino de la sujeción lasciva. Que no quede duda: todo le fue proporcionado.

Luego, para que supiera que solo era un mísero mortal, Emer Bocanegra lo dejaba caer desde la cúspide de los deleites hasta las más oscuras mazmorras de un calabozo horrendo en donde no había ni ternuras ni vulva ni mimos ni placeres ni ninguna depravación de carácter divino.

Las escenas y los pucheros ostentosos estallaban por motivos baladíes, de manera que mantenían a Misael Olalde caminando sobre el vacío en un cable de alta tensión. Los protagonismos de Emer Bocanegra eran públicos. Le cortaba los *steaks* en trocitos, los ensartaba en los tenedores y se los daba de comer en la boca como si fuera un bebito mayor. Luego le limpiaba las comisuras de los labios y, en esos instantes, ninguna servilleta de los mejores restaurantes del mundo era manejada con mayor delicadeza.

—Eres mi oso-oso precioso —le decía de modo que todo mundo la escuchara—. ¡Mi muñeco guapísimo!

Y el otro zonzo se lo creía, sintiéndose encumbrado más allá de nuestra galaxia.

Luego, también en público, la violencia mujeril alcanzaba lucimiento apoteótico mediante histerismos quebrantadores de todo el temple disponible en Misael Olalde. Sus palidecimientos eran ignominiosos, mucho por la exhibición vergonzante, pero más por saber que, como consecuencia, sobrevendría una vez más la aterradora privación de los treinta y tres sabores de Emer Bocanegra.

Las corajinas eran administradas con regularidad, y así permanecía vigente la supremacía femenina. Las escenas de celos eran las más socorridas. Si por casualidad la vista de Misael Olalde se distraía hacia otras mesas, ardía Troya.

—A mí no me pones en ridículo —explotaba—. Si tanto estás viendo a esa mujer, vete con ella. ¡Ya echaste a perder todo! ¡No quiero volver a verte nunca!

Emer Bocanegra se levantaba llamando la atención de todos los comensales, derrumbaba platos y tazas, volcaba sillas y se marchaba con el mentón en alto, mientras sus pasos cortitos agitaban el atractivo volumen de sus espectaculares peinados y de su frondoso nalgatorio.

Desde esos vórtices, lo único que Misael Olalde quería era que Emer Bocanegra le levantara pronto la castigación, que lo pusiera de nuevo en el centro de las palabras insinuantes, de los abrazos mágicos y de los muslos de fuego. Solo así la vida era vida. Y no resucitaba de entre los muertos de la dependencia lujuriosa hasta que Emer Bocanegra, con la sabiduría de su perversidad, constataba que Misael Olalde lucía desoladoramente hambriento de sus amores convulsivos, porque entonces él buscaría su alimento indispensable inmolándose en una embriaguez heroica de hombre despanzurrado.

—Por favor, acéptame este regalo —suplicaba.

Cuando la sumisión resultaba suficientemente demostrativa, entonces ella se dignaba aceptarle los obsequios de creciente importancia: joyas, centenarios, certificados de la Bolsa, diamantes, un automóvil último modelo, un abrigo de mink, una casa colonial en Coyoacán, de reminiscencias porfirianas y abolengos rancios, cuyas paredes transpiraban aromamientos de antigüedad, implantada en una callejuela de piedras boludas en las cuales alguna vez rebotaron los quejidos legendarios de la Llorona.

Alborotado con su devaneo de amor, Misael Olalde vivió días frenéticos y se dedicó varias semanas al oficio de chapalquear las paredes con pintura cómplice, cubrir los veteranos pisos con alfombras compensatorias y maquillar las vivencias anticuarias con cosas nuevas y muebles suntuosos, de modo que el nido imaginado por Emer Bocanegra tuviera alguna semejanza con la realidad y dejara de oler a humedades pretéritas, cosa imposible de lograr.

Ya para entonces, Misael Olalde debía entregar una generosa mesada de cuatro mil dólares, sin olvidar la docena de rosas cada mañana, so pena de ser instalado en inenarrables torturas inquisitoriales. No podía soportar la carencia del cuerpo embrujado y la veda de aquellas morbideces que no encontraba en ninguna otra que no fuera Emer Bocanegra: la mujer que supo exprimirle los sesos, la cuenta bancaria y los genitales.

Fue ella, también, la única persona a la que Misael Olalde reveló, en un momento de excitada debilidad, la brusca ruptura de su infantilidad a los once años, cuando su inseparable compañero de juegos lo había conducido a una sórdida azotehuela. Allí había un cuarto de servicio sin ventanas, oloroso a revistas caducas, ropa percutida y sudores añosos. Los había recibido el hombre de movimientos lentos que contaba cuentos de terror

en la banqueta a toda la pandilla. Los dos niños se sentaron en un sofá achacoso y el narrador del barrio, arrodillado, les había abierto los resquicios de los pantalones. Vio que su amigo se recostaba y cerraba los ojos como inhalando thíner, y el espectáculo de algo prohibido lo petrificó ahí mismo, de pena, y de emoción, y de curiosidad, y de palpitaciones intransigentes en el bajo vientre. Su última visión antes de perder la noción de las cosas fue la de aquel cuentista hundiéndole la cabeza en el regazo, y luego sintió el incendio imperioso entre sus piernas, junto con una extraña sensación de aguas menores.

—Perdone —tartamudeó sin atreverse a abrir los ojos—.
¡Me siento muy mal!

El hombre asintió con la cabeza, pero no interrumpió sus movimientos de pistón desbocado y Misael Olalde, sofocado por la nunca imaginada violación, por la vergüenza y por los estertores de su primera agonía erótica, alcanzó su inaugural muerte pequeña entre acuciantes sacudidas, asimilando de golpe el conocimiento de que algo muy importante había llegado a su cuerpo para quedarse definitivamente.

—¿Te gustó mucho, verdad? —le preguntó melosa Emer Bocanegra, mientras le hacía lo mismo.

Misael Olalde dijo que sí, olvidando que toda confianza entregada a una mujer será siempre utilizada en contra del hombre en los tribunales del eterno femenino. Fue en esa ocasión que él le comentó también un traumatismo inescapable:

—Estoy marcado: siempre soy impotente en mi primer acto de amor con una mujer.

Y todavía le dijo más, al enterarla de que durante varios años un amigo de la infancia y él se habían masturbado uno al otro para brindarse las complacencias de su prematuro aprendizaje. Don Secundino Gracia, de seguro, hubiera sacado a

colación una de sus gratuitas observaciones: “Si los hombres libran en calidad de hombres los veinte años, ya nunca se volverán mujercitas”. Se refería, claro está, a aquellos que se convierten, no a los que ya nacen con genes propios del tercer sexo.

A punto del casamiento oneroso, Misael Olalde fue asistido por un chasquido de lucidez. De pronto reconoció con toda claridad su denigrante situación, percatándose de la explotación. Con un poco de viveza, Emer Bocanegra hubiera podido convertirse en la legítima esposa del acaudalado financiero, que estuvo a un tris de darle definitividad a la relación, pero la excesiva codicia manipulativa, descubierta a tiempo, instaló de nuevo a Misael Olalde en su reiterativa teatralidad de mártir del calvario.

El trance se agravó con la venganza de Emer Bocanegra, que le hizo un escándalo pavoroso en sus oficinas, desgañitándose con verdades tan terribles que los empleados no fueron capaces de creerlas, pero sí de propalarlas más adelante, como suele suceder.

—¡Eres un homosexual! ¡Un masturbado dúplex! ¡Un meón degenerado! ¡Tienes una cordillera de dientes, pareces barracuda! —le gritó a voz en cuello, delante de todo el mundo, mientras le lanzaba a la cara sus calzoncillos pringados, camisetas y calcetines, que, por cierto, fue todo lo que le devolvió.

El griterío interrumpió el repiqueteo de las computadoras y de las máquinas de escribir. La amplia audiencia de los escritorios guardó silencio. Docenas de ojos clavaron hilos de curiosidad morbosa en el circo gratuito.

—¡No tienes pelotas! —le gritó con voz rasposa.

La oficina se volvió un horizonte de sonrisas contenidas y Misael Olalde quedó tan conmocionado como cuando era un

niño ingenuo sentado en un sofá maloliente o un jovencito con el rostro lleno de purulencias.

Fue la señorita Bermúdez quien hubo de llamar a los guardias de la empresa, y la vociferante energúmena fue dominada por la fuerza, pero todavía alcanzó a asestarle un epíteto cuyos ecos nunca estarían lo suficientemente apagados:

—¡Chupón de putos! —le gritó.

Curiosamente, ya cuando todo aquello era cosa del pasado, sobre las emociones gratas y la herencia maligna de Emer Bocanegra prevalecían dos retrospecciones socarronas.

Recordaba que ni en sus más disparatados delirios sensuales se había imaginado nunca que llegaría a considerar armas mortales aquellos delicados pies de deditos sobrepuestos que solía besar, percibiendo siempre en ellos un inevitable tufillo a queso roquefort. Pero cuando Emer Bocanegra lo cabalgaba sobre la cama, expeliendo excitantes bufidos de yegua encarreada y acicateando los talones en la brama de la cachondidad simulativa, Misael Olalde llegó a pensar más de una vez que la única manera de protegerse contra los puntiagudos juanetes de espolón de su amante era mandarse hacer unas chaparreras de *cowboy*.

CAPÍTULO 5

“Jalan más dos tetas que dos carretas”, decía don Secundino Gracia en casos como el de Elías Ulpiano, que, tan pronto como fue dada de alta Cuquito, allá en Querétaro, se desbocó hacia la Ciudad de México para beber dulzuras en el abrevadero celestial de Marvelia Jácome.

Catorce meses antes del temblor tenía mucho que hablar con Telémaco Sifuentes y lo invitó a desayunar en el Café Habana, único territorio supuestamente libre de Bucareli.

El céntrico lugar seguía siendo refugio obligado de revolucionarios institucionales de puro pico y de algunos judiciales turbios. Las fragancias de la bisquetería y del café exprés alimentaban una hermandad antigua y cordial entre los parroquianos, la mayor parte de ellos verdaderos gallones del periodismo.

Ahí solían desgañitar la relativa sapiencia de sus opiniones, junto con reconocidos izquierdistas burgueses.

—La situación está cada vez más dura —había dicho Elías Ulpiano.

—Ya sabes que nosotros podemos salvarnos —dijo Telémaco Sifuentes.

—Las devaluaciones están acabando con la economía —dijo Elías Ulpiano en tono sombrío. Aún tenía una buena

dotación de productos y unos cuantos millones en certificados, pero los intereses, hasta hacía poco tan tentadores, eran devorados por la inflación de tres dígitos.

—Mis ventas se desplomaron otra vez —dijo Elías Ulpiano, sabedor de que la pulverización del poder adquisitivo daba tumbos corrientes abajo, en las turbulencias de un río económico que no lograba encontrar su propio cauce.

Telémaco Sifuentes sintió compasión por su buen amigo, pues respetaba su obsesiva acumulación de salvajes jornadas de trabajo. Se conocían desde niños, cuando el dólar estaba a menos de diez pesos por uno. Seguían siendo tan inseparables como lo habían sido en Querétaro, y en cada charla de café se enfrascaban en discusiones bizantinas sin que sus divergencias les provocaran distanciamiento alguno. Hasta ese momento, porque el futuro les tenía deparada una seria confrontación.

—No me has hecho caso —dijo Telémaco Sifuentes—. Necesitas contratar vendedores, mover más tu mercancía.

—Tú no sabes, tú siempre has sido asalariado.

—¿Qué tanto puede vender un solo hombre?

—En buenos tiempos, bastante —dijo Elías Ulpiano—; en malos, ni siquiera lo suficiente.

En el aspecto económico, Telémaco Sifuentes vivía la mejor época de su modesta trayectoria. Gracias a Misael Olalde, la Bolsa de Valores le había abultado sus ahorros de asalariado, colocándolo en una placentera posición de hombre con más de doscientos millones de pesos de capital, cantidad ínfima para los tiburones del dinero, pero que a él le resultaba impresionante. Como todos los pececillos atrapados en la pecera de la Bolsa, Telémaco Sifuentes no se percataba de que los rendimientos de fábula se convertían, en la otra punta del mecate, en una

inflación sin precedentes en la historia de México. Elías Ulpiano sí lo percibía.

—No puedo arriesgarme —dijo.

Telémaco Sifuentes metió la mano a la bolsa interior de su saco y extrajo, junto con su vanidad, una libreta de apuntes. Le desesperaba la actitud de Elías Ulpiano y le dijo:

—Tampoco me has querido hacer caso de invertir en la Bolsa. ¡Mira cómo empecé yo y cómo estoy ahora! Un buen manejo financiero es muy importante.

—No sé qué haría con otro tropiezo —dijo Elías Ulpiano.

Infatuado por su holgura económica, Telémaco Sifuentes se sentía experto, seguro y valiente, como se sienten los hombres cuando tienen dinero, pero no olvidaba el verdadero origen de su estabilidad. Su cabeza se volvió un agitado remolino.

—¡Tenemos el apoyo de Misael Olalde! —dijo.

Elías Ulpiano buscó los ojos de Telémaco Sifuentes, que propinó dos golpes de karate al aire y dijo:

—Aquello ya pasó. Ya no existe. Es cosa del pasado.

—Hay pasados que son para siempre —dijo Elías Ulpiano.

—Pero somos compañeros de escuela, tienes que verlo para que te haga millonario.

—Misael Olalde solo se ayuda a sí mismo.

—A mí me ha ayudado en grande. Acabo de comprarme otra casa, tarugo. Tú podrías estar haciendo lo mismo.

Y continuó ilustrándole los mecanismos de la especulación hasta que la resistencia de Elías Ulpiano comenzó a vacilar ante las acaloradas explicaciones.

—Yo leo todos los días los reportes financieros del *Excélsior*; el mercado accionario te indica lo que tienes que hacer —dijo Telémaco Sifuentes.

—¿Pues no dices que Misael Olalde te apadrina?

—Bueno, sí —refunfuñó Telémaco Sifuentes—. ¡Pero uno no puede jugar a la Bolsa a lo pendejo!

—Siempre he pensado que esto de la Bolsa es como un asalto en despoblado.

—No para nosotros; ya ves, a Anacarla Pallares le ha ido muy bien —dijo Telémaco Sifuentes.

—¿También ella está adentro?

—Claro, Misael Olalde la sigue protegiendo. Estoy seguro de que a ti también te va a ayudar.

Elías Ulpiano sintió que no estaba en condiciones de rechazar ninguna ayuda. Necesitaba reforzar su economía, así que hizo un recuento mental de sus ahorros, calculando cuántas acciones promisorias podría adquirir.

—En un año dejarás de trabajar, como yo —dijo Telémaco Sifuentes.

Elías Ulpiano se embarcó en el paladeo anticipado de las utilidades mayúsculas. Seguía teniendo ambiciones, soterradas en la inteligencia, y pensó que había llegado el momento de hacerle a la vida todas las concesiones que fueran necesarias. “Si es necesario que me humille ante Misael Olalde, me humillaré”, pensó.

—Solo tengo un certificado de once millones —dijo Elías Ulpiano—. ¿Tú crees que sean suficientes?

—Yo empecé con diez y ya estoy cerca de los trescientos —dijo Telémaco Sifuentes, exagerando la cifra—. Cancela el certificado y ten disponible el dinero en tu cuenta de cheques, a ver qué te dice Misael Olalde.

—Está bien, seguiré tu consejo.

—Primero hablo yo con él y luego le llamas tú —dijo Telémaco Sifuentes.

La decisión de invertir era, para Elías Ulpiano, como hacerse un trasplante de angustias en el tórax. No le atraía la idea de jugar con sus exiguos ahorros, de manera que mantuvo cautelosas sus expectativas pensando que la audacia instigada por Telémaco Sifuentes tenía justificación. “Me la jugaré durante unos seis meses y luego me regreso a los certificados, son más seguros”, pensó.

Pero dijo algo distinto:

—Con solo que se triplique mi inversión me daré por bien servido.

—La multiplicarás por veinte, y recuerda quién te lo dijo —sentenció, agorero, Telémaco Sifuentes.

—Vale más que así sea —le advirtió Elías Ulpiano, moviéndole un índice debajo de las narices.

—Apúntatelo en la cholla, para que no se te olvide —dijo Telémaco Sifuentes, dándole un cariñoso mamporro con los nudillos.

Pero era viernes y ya iban a ser las siete de la tarde. Excitadísimo, Telémaco Sifuentes se despidió con brusquedad, pues estaba en ascuas por iniciar su fin semanal de alcoholes y desahogo sexual con la meretriz en turno. Su libido era escuálida, su periodicidad circunstancial y su potencia limitada, pero como muchos hombres, se jactaba de ser un tigre entre las sábanas. “Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces”, hubiera dicho don Secundino Gracia.

Elías Ulpiano se quedó aguardando a que Marvelia Jácome pasara a recogerlo y se concentró en urdir otra ruta por ciudades que pudieran significar buenas ventas.

CAPÍTULO 6

Alguna vez alguien había calificado de insidioso el gutural tono de voz de Elías Ulpiano, y de torva la penetrante mirada de sus ojos verde gris, cuando en realidad su intención era ser persuasivo en las ventas. Uno de los agentes viajeros de la competencia, rutinariamente vencido en recorridos coincidentes, se había desquitado haciendo correr la versión de que Elías Ulpiano era un embaucador. Y más de un comprador que había adquirido mercancía sin necesitarla daba por buena la aseveración.

De alguna manera, los viajes y el contacto con los clientes aligeraban la carga de su problema conyugal. La estragada relación con Cristina Godoy se encontraba ya en la etapa de los silencios largos y las frases cortas. Sus altercados habían retrocedido a medida que se dilataban las distancias, pues Elías Ulpiano espaciaba sus visitas a la casa, en parte por la incomodidad de su estadía y en parte porque había agrandado sus recorridos por el país. Durante los pocos días que pasaba en Querétaro, su esposa lo atendía con diligencia, manteniéndose distante, pero sin mencionar para nada el difícil asunto del divorcio. Sus seis potranquillas lo saludaban de prisa, lo envolvían en besitos de compromiso y se desvanecían como por encanto entre la escuela, el teléfono, las amigas, los pretendientes

y la necesidad de irse a las tiendas a comprar algunas cosillas, o a navegar entre los gritos de la moda en materia de ropa, lociones y otras chucherías, gastando hasta el último centavo de sus asignaciones de solteras. Cuquito sufría todavía algunas secuelas de los balazos recibidos, pero había vuelto a ser la niña buena y obediente de antes.

Las dos casadas vivían consagradas a sus maridos y compromisos familiares. Parecía que él no existía para sus hijas, porque cuando ellas disponían de algún tiempo lo utilizaban para platicar con su madre en una confusión de algarabías que a menudo desembocaban en mortales combates de exterminio total. Pero Elías Ulpiano se sorprendía siempre de que, después de la tormenta, la mamá y sus enemigas se emperifollaban y se iban a la calle juntas, gozosas y conversando como si nada hubiera pasado.

Por otra parte, en el ambiente cosmopolita y encubridor de la Ciudad de México, Elías Ulpiano seguía enfrascado en su estremecedor romance clandestino con Marvelia Jácome, descubierto tres años antes del terremoto.

Pero ella no representaba ningún problema. Por el contrario, era una bendición del cielo, con su imperturbable felicidad de mujer prudente, colocada por encima de todas las debilidades. Ella no necesitaba lujos ni salones de belleza ni vestidos nuevos ni zapatos de última moda cada quince días. Marvelia Jácome poseía una conformidad sublime. Para ella todo en la vida era bueno. Todo la complacía. Si saboreaba un barquillo de guanábana, si avanzaba en su rugiente Volkswagen azul por entre el agobiante tráfico capitalino, si se emocionaba con una película de Barbra Streisand, si caminaba por los corredores de la avenida Reforma, si descansaba su cabeza en el pecho de Elías

Ulpiano, si paladeaba una latita de jamón del diablo, decía lo mismo, siempre decía lo mismo: “Soy tan afortunada”.

Con una mujer así, la vida era verdaderamente vida, y la plenitud, posible. Elías Ulpiano pensaba que dentro del corazón de Marvelia Jácome debía de haber una especie de manantial del cual, sin cesar, brotaban ternuras excelsas, alborozos cándidos y besos de lengüita. El milagroso hallazgo lo había rejuvenecido, sus energías habían retornado y estaba lleno de renovados bríos para ejercer su oficio de comerciante errabundo y soportarlo todo.

Fue ella quien, con sus aptitudes de diseñadora gráfica, aportó la idea del planeta dorado, para que Elías Ulpiano tuviera algo original que ofrecerles a sus clientes.

—Es muy sencillo —propuso un día—. Se trata de una réplica de la bola terrestre vaciada en plástico liviano y bañada en oro de diez quilates.

La elaboración del pequeño molde fue rápida. Contrataron un tallercito artesanal cercano al Palacio Nacional, y en un par de meses el dije se incorporó a la singular mecánica distributiva.

Cuando el pequeño taller artesanal les entregó la primera remesa, Elías Ulpiano se sintió inspirado:

—Este planeta dorado será nuestro emblema —dijo, con la complacida aprobación de Marvelia Jácome.

Sublimados, eligieron dos cadenillas idénticas y se colgaron al cuello una bola cada uno, a manera de escapularios del amor, prometiéndose portarlos ahí por siempre y para siempre, más allá del tiempo y las distancias, por encima de los avatares del destino, hasta los mismos catafalcos del viaje sin retorno, y más allá del desgarriate universal.

En ese instante de excepción, Marvelia Jácome no podía sentirse más contenta. Dio pequeños saltos de júbilo y, con los brazos extendidos hacia adelante y los codos apretados sobre los costados, aplaudió la idea con las yemas de los dedos. La ñoñería abochornó a Elías Ulpiano, pero refugió su compostura en uno de tantos adagios oportunos de don Secundino Gracia: “Lo cursi es la antesala de lo sublime”. Así justificó aquel lance. Y se sintió muy bien, entusiasmado con la idea de lograr ventas fabulosas.

CAPÍTULO 7

Marvelia Jácome amaba al hombre que la había impactado en la eclosión de milagrerías de aquel encuentro providencial en la calle Florencia.

En un cómodo bar subterráneo, propicio para brindar por los ayeres y por los mañanas, por los amores en proceso de extinción y por los renuevos de la ternura humana, Marvelia Jácome y Elías Ulpiano fueron enamorados míticos a primera vista.

Patricia Martínez, la mejor amiga de Marvelia Jácome, había logrado una cuantiosa venta de máquinas copiadoras a una dependencia del gobierno. Su comisión había sido de dos millones de pesos, suma que, tres años y medio antes del terremoto, era una fortuna para una chica trabajadora. Muy contadas veces visitaban centros nocturnos, pero esa noche iban a celebrar la buena suerte.

El acogedor Boboli Bar estaba lleno hasta los topes a las nueve de la noche. Se presentaba Raquel Olmedo, que en ese momento seducía a la gran ciudad —y también al resto del país— con una telenovela considerada de las mejores porque tenía tantas lágrimas en cada capítulo que, para enjuagarlas, se necesitaban sábanas en vez de pañuelos.

Algunos noctámbulos adictos a la Zona Rosa, prófugos de la televisión, iban por tomarse unas copas con sus parejas o por descubrir una, si pasajera, mejor. Otros acudían porque eran asiduos vasallos del ambiente mundano, de la penumbra seductora y de la música embriagante. Era una casualidad que entre ellos estuviera Elías Ulpiano. Había tenido una jornada agobiante, traía amostazados los controles del carácter y los nervios de punta, y sentía que, adentro del corazón, un gato bullicioso jugaba con la bola de estambre alterándole las cadencias de la vida. Simplemente pasaba por ahí y había decidido tomarse un par de whiskys que lo emanciparan de las arritmias nocturnas que estaba estrenando, y que le evitaran recurrir a las píldoras contra el insomnio.

Había llegado mucho antes de que el humo encajonado centuplicara la asistencia, de modo que tenía una de las mejores mesas, en primera fila, frente a la tarima donde se presentaban los artistas. No responsabilizaba a nadie de la nublazón tabaquista porque él mismo era un fumador empedernido. Su cenicero ya iba por la docena de colillas y nada que empezaba el *show*. Recordó a don Secundino Gracia, que le había dicho un día: “Un cigarrillo es un tubo cilíndrico de papel de arroz, lleno de una yerba maligna llamada tabaco, con lumbre en un extremo y un pendejo en el otro”. Tronó los dedos al recordar que esa frase la había leído en un libro de Enrique Jardiel Poncela y discernió lo que subconscientemente ya sabía: el viejo más querido después de su padre, don Refugio, se adjudicaba sus consejos de los libros encasillados en los estantes cósmicos que tan mal le pagaron, y tan mal acabaron. “Por algo me dijo un día que lo que él decía no lo decía él”, pensó Elías Ulpiano, recordando la sangrienta escena vivida veintinueve años atrás en el Hospital Santa María. El recuerdo del viejo sentencioso

fue motivo más que suficiente para una copa más, aunque cualquier otro pensamiento también lo hubiera sido. Pidió el cuarto jaibol y encendió su enésimo pitillo.

Marvelia Jácome y Patricia Martínez llegaron al bar fascinadas de alegría, pero no encontraron mesa disponible. Le encargaron una al capitán, le deslizaron un billete persuasivo y se fueron a caminar un rato por las animadas calles de la Zona Rosa, con los brazos entrelazados, ajenas a los reclamos de los merolicos que se les atravesaban invitándolas a pasar a las discotecas y a las pistas nocturnas de música tropical. Era noche de damas y las bebidas eran gratis para ellas, porque sin mujeres cualquier centro nocturno está destinado a la abolición de todas las razones, exactamente igual que el mundo en que vivimos.

Los jóvenes de extraños peinados engominados, anaranjados y celestes, y las ropas estrambóticas copiadas de los punks ingleses que andaban de moda, tampoco les llamaron la atención.

Rodearon un cuadrángulo atiborrado de personas que se reían observando a los tiernos mimos callejeros, fantasmas blancos y silenciosos de una noche pletórica de ruidos animados. Un mimo las persiguió de puntillas sin que ellas se dieran cuenta y, de pronto, las asustó con su risa sin sonido y unos ojos brillantes, redondos y enrojecidos.

—¿Será por la marihuana? —preguntó en voz baja Patricia Martínez.

—Ha de ser por el maquillaje —dijo Marvelia Jácome.

Después del sobresalto y los chillidos de miedo se rieron mucho junto con la turba de espectadores, y continuaron su caminar abstraídas en las confidencias que las identificaban, haciéndolas quererse hasta el demarcado límite que establecen entre sí las mujeres cuando no son madre e hija.

Un señor elegante se les atravesó de pronto.

—Perdonen ustedes la molestia, me da mucha pena, pero ¿podrían ayudarme con cien pesos? —dijo.

Marvelia Jácome no vaciló y abrió su bolso de mano para buscar el dinero. Patricia Martínez cogió con fuerza las correas de los dos bolsos por si el hombre intentaba arrebatárselos y huir, pero no fue así. El señor recibió el billete, miró los ojos café claros de Marvelia Jácome, de frente, y le dijo:

—Muchas gracias, señorita.

Luego dio dos pasos hacia atrás, hizo una reverencia de espadachín y se marchó.

—¿Por qué le diste los cien pesos? —dijo Patricia Martínez.

—Sabe Dios qué le habrá pasado, que se ve obligado a pedir dinero; a lo mejor le robaron la cartera —dijo Marvelia Jácome.

—Cómo serás ingenua; apuesto a que cada noche se consigue por lo menos cincuenta billetes como el tuyo.

—Si yo tuviera ese apuro —dijo Marvelia Jácome—, me gustaría que alguien me creyera.

Pasaron por una calle de adoquines color de rosa, cerrada al tráfico de automóviles. Caminaron entre infinidad de mesas atestadas de elegantes comensales, casi todos turistas nórdicos de mejillas sonrosadas. Los meseros bandejeaban el servicio moviéndose de mesa en mesa como si patinaran sobre hielo. Uno de ellos discutía con una lépera limosnera borracha, tratando de alejarla del cosmopolita lugar. Las charlas, los idiomas extraños y las risotadas universales eran a todo volumen, pues era la única forma de escucharse unos a otros en aquel complicado barullo.

Ya iban dejando atrás el conjunto de cenas de lujo cuando, casi junto a las carnes a la parrilla salpicadas de salsa inglesa, a unos cuantos pasos de las mesas con manteles a cuadros rojos y blancos, vieron a un perrillo famélico. Estaba lleno de llagas y caminaba con la cola entre las patas. Después de cuatro intentos que le hicieron perder el equilibrio, logró levantar una de ellas para rociar con pálidos orines un cajón de bolear adornado con espejos y estoperoles de colores que alguien había olvidado por ahí.

Entraron a ver cómo estaban las cosas en un Ladies Bar, donde una venerable pianista de dedos artríticos recordaba mejores tiempos. Vestida de concertista, golpeteaba el teclado de un piano de cola convertido en barra semicircular. La luz de la voz y el timbre de las cuerdas vocales eran cosa del pasado remoto. La mujer tenía pintarrajeado el rostro hasta el infinito para cubrirse las patísimas de gallo y las huellas del tiempo largo; sus labios lucían delgados y estriados. La cantante longeva encubría su arte en la fallida intención del *feeling* y encontraba eco en sus parroquianos: la mayor parte de ellos hombres, la mayor parte maduros, la mayor parte lo suficientemente embriagados como para no distinguir ni bemoles ni cuadratura ni armonías ni tonos justos. Algunos contribuían a la demolición musical coreando las canciones con desafinaciones bastante competentes y sustituían las frases olvidadas con tarareos ininteligibles.

Varios caballeros —los que acechaban la pareja ocasional— se levantaron junto a sus minúsculas mesillas redondas y se menearon alrededor de la cintura, mareados en el carrusel de la ebriedad. Con la copa en alto brindaban con ellas, invitándolas a sentarse. Marvelia Jácome y Patricia Martínez se miraron

a los ojos y se sonrieron, más divertidas que halagadas, porque los prospectos estaban, como siempre, para llorar.

Huyeron del lugar y reanudaron su andanza. Frente a ellas venía una pareja de viejucos que aparentaban ser la viva imagen de la felicidad conyugal. Debían de ser abuelos querendones que, a esas alturas de la vida, de seguro ya habían rebasado todos los obstáculos y todas las diferencias. El anciano se ajustó bien sus anteojos redondos, de platinados aros, para ver con disimulo —de pies a cabeza— a las guapas muchachas que caminaban con garbo hacia él. Pero la cautela no le funcionó porque su monopolista propietaria de toda la vida le sorrajó un bolsazo karateka en el abdomen, diciéndole:

—Viejo coscolino, ya para qué.

Sorprendido en la maroma, pero ejercitado en el oficio de salir del paso en sus incontables contingencias matrimoniales, el galán senecto recuperó el aire expulsado, extendió los brazos y, temblándole las manos, dijo:

—Pero, mi reina, ¿que no ves que son lesbianas?

Marvelia Jácome y Patricia Martínez desanudaron de inmediato sus brazos cariñosos. Pero, sin darse cuenta, volvieron a entrelazarlos un instante después, atraídas por un escaparate de maravilla que les había provocado dos “¡Mira qué bonitos!”. Los zapatos, las bolsas de piel, las sortijas, los pendientes, las pulseras y demás cosas finas permanecieron encarcelados en sus vistosos aparadores, porque ya era tarde y la tienda estaba a salvo de cualquier embestida femenina. Ellas no se asustaron con los precios blasfemos porque aquellos lujos no estaban a su alcance. Simplemente disfrutaban la vista.

Mucho antes de llegar a una esquina, les despertó el apetito la pertinacia de un sahumero de manteca de puerco con pimienta que humeaba sobre un comal con ruedas, donde

también chisporroteaban salchichas ceñidas con aromático tocino. Se les hizo agua la boca, pero resistieron la tentación porque ya iba siendo hora del *show*. Esperaron en la orilla de la banqueta a que el enjambre de vehículos les diera oportunidad de cruzar, hasta que un automóvil pulimentado y lujoso, en el que sobrevolaban la Zona Rosa dos gavilanes nocturnos, se detuvo:

—¿Por qué tan solas?

Entreveradas sus risas y sus brazos, ellas taconearon una carrerilla que las condujo sanas y salvas hasta el camellón central de la calle Florencia. Luego arriesgaron de nuevo sus vidas para llegar al punto que tenían elegido, pues querían escuchar a la Olmedo en su *show* "Mitad mujer, mitad paloma".

Ahí, incinerados por manos adictas, más de doscientos cigarrillos sobrevivían a su desaparición en volutas indecisas que se distendían en la romántica penumbra. La neblina del Boboli Bar no se quedaba quieta, acuciada por oleadas de música contenta, por los destellos frecuentes de los saxofones y por el incesante tintineo de las copas.

Habilitados como mesas, pequeños taburetes albergaban dudosos whiskys con soda, esclavizadas cubas libres, asexuadas medias de seda y modosas piñas coladas, entre otras bebidas pretenciosas. Ya revueltas en la atmósfera, todas sus emanaciones olían a alcohol con piloncillo.

Marvelia Jácome pidió una botella de vino tinto Padre Quino para las dos y, unos instantes después, vislumbró, arrellanada en la butaca, allá junto a la pista, la silueta displicente de Elías Ulpiano.

—Mira —le dijo a Patricia Martínez—, qué bonito perfil. Patricia Martínez enfocó las pupilas y no dijo nada.

—Ese hombre me gusta, lo voy a sugestionar con la mirada —dijo Marvelia Jácome.

Y clavó la mirada número quince de sus ojos clarividentes en la nuca de Elías Ulpiano.

En alguna parte había leído que, al igual que la de los reptiles, la vista humana tiene la capacidad de ser hipnótica si se concentra con fijeza en otros cuerpos.

—Vas a ver cómo tiene que voltear —dijo.

Pero pasaron los minutos y no sucedió nada. Elías Ulpiano resultó inmune al tratamiento magnetizante de Marvelia Jácome.

—Lo que pasa es que necesitas binoculares —dijo, en tono festivo, Patricia Martínez, y soltó la carcajada, provocando una reacción de orgullo burlón en su amiga, que agitó la mano en el aire para llamar al mesero.

—Vas a ver cómo nos sentamos con él —dijo Marvelia Jácome.

Y, con mucha decisión, musitó unas palabras mágicas en el oído del camarero, que de inmediato se dirigió hacia Elías Ulpiano para transmitirle el mensaje. Pero la música se llevó las palabras, desperdigándolas por todo el salón. Entonces, Elías Ulpiano improvisó un cucurucho con la mano, lo colocó sobre su oreja derecha y apretó las órbitas con todo y párpados, con el inteligente propósito de oír mejor.

El persecutor de propinas se inclinó sobre su cintura, ahuecó las manos, las juntó para improvisar un altoparlante y, con un insufrible vaho de halitosis, repitió:

—Hay dos señoritas que tienen muy mala mesa; desean sentarse con usted para poder ver el *show*.

Elías Ulpiano se sintió muy molesto. Recordó la jornada farragosa que lo había arrojado a esa playa, convertido en un manojo de palpitations. Buscó los ojos del mesero y los

encontró flotando en el humo oleoso. El mozo levantó una ceja a lo Jack Nicholson, chasqueó un colmillo y sonrió con picardía.

Elías Ulpiano pensó que no tenía alientos para contemporizar con nadie, y menos con dos posibles prostitutas en celo. Maldijo los manuales de urbanidad, resintió la monserga de las caballerosidades que le habían inculcado desde pequeño y movió la cabeza con resignación.

—Está bien —dijo—, pero dígales que vengo en plan pacífico.

Bastante fastidiosa le resultaba la invasión de su privacidad. Enfadado, esperó a las damiselas, que por educación tendría que atender, y se propuso tratarlas cortésmente, pero con frialdad, para que supieran que eran unas desconsideradas y que él no era ningún idiota, aunque lo pareciera.

Instantes después, escuchó a su espalda siete brevísimos chasquidos, como besos fugaces al aire. Volvió la cabeza y vio una abundante cabellera de negro entrecano cubriendo un rostro que se estremecía hacia abajo en una melindrosa progresión de estornuditos.

El delicado sonsonete lo hizo sonreír mientras se ponía en pie, y entonces ella levantó sus vivaces ojos color sepia, los clavó en la mirada verdegris de Elías Ulpiano y los dos sintieron, con toda claridad, que una trepidación frenética los colocaba en el vórtice de un remolino alienante.

Desde ese momento quedaron atrapados en una burbuja tornasolada que flotaba en un cosmos de emociones y se ausentaron del humo de los cigarrillos, de los saxofones rimbombantes que ensordecían a los parroquianos, del aroma de alcoholes que saturaba la atmósfera y de toda realidad circundante.

Durante un tiempo eterno, todos los rostros girarían a su alrededor con rasgos borrosos e irreconocibles. Vivirían la dulce

condena de los enamoramientos absurdos y construirían sinfonías sin más instrumentos que sus dos corazones desquiciados. Ninguno de los dos había creído nunca en los amores a primera vista. Pero, en una brizna intemporal, se dieron cuenta de que ellos se conocían desde siempre, que estaban predestinados el uno para el otro de modo irremediable y que se amaban desde antes de nacer.

Bajo el mismo mandato que hace desplegar plumajes y despierta canturreos de entrañas a todas las especies de la naturaleza, Elías Ulpiano se convirtió, de un segundo para otro, en un ingenioso parlanchín de pavoneos ceremoniales, y los ojos atónitos de Marvelia Jácome quisieron ver a un hombre varonil, guapo, interesante, seguro de sí mismo, proveniente de un principado vacante en las expectativas de su juventud y en la narcosis de su imaginación.

Sentada en el otro hemisferio de la minúscula mesita, Patricia Martínez quedó marginada de la nueva pareja, primero intrigada y divertida, y después preocupada por la gravedad de los flechazos. Desde su cercana lejanía observó con curiosidad lo que acontecía, sin poder comprender la imantación instantánea de Marvelia Jácome hacia un hombre que tenía suficiente edad como para ser su padre. Con estoicidad de amiga y cómplice, bebió con lentitud sus copas, paladeó la música, conversó consigo misma, disfrutó las canciones y los poemas de Raquel Olmedo, y se preguntó cómo una mujer podía cantar de manera tan exquisita, con tanto sentimiento, y con una voz tersa que, por momentos, era tan grave como la de un barítono y luego capaz de dulcísimos trinos que encrespaban la piel de los recuerdos furtivos.

De perfil, Patricia Martínez escuchaba el discurrir de las confidencias que la endiosada pareja intercambiaba y guardó

prudente silencio hasta pasada la medianoche, cuando un apremio físico bajó del cielo a Marvelia Jácome, haciéndole recordar que su amiga aún estaba viva.

—¿Me acompañas? —dijo Marvelia Jácome, con su voz de arrullo.

—Son las doce y media —dijo Patricia Martínez—. Tienes que hablarle a tu mamá.

—¡Me va a matar! —dijo Marvelia Jácome.

Las dos se fueron con los brazos entrelazados y las cabezas muy juntas, y Elías Ulpiano las vio flotar entre un sortilegio de brumas, mesas y siluetas. Ya no estaba cansado. Sus pulmones eran fuelles poderosos. En la alquimia de las neuronas, su cuerpo había recuperado los alientos de la juventud y tuvo conciencia de que, en unos cuantos instantes, Marvelia Jácome lo había convertido en un hombre nervudo, controlado, atlético y fundamental. Sintió que por sus venas fluía un torrente de sensibilidades nuevas, nunca antes experimentadas, y pensó que algo bueno debía de haber hecho en la vida para estar recibiendo un premio tan grande.

Extrajo el último cigarrillo, arrugó con esmero la cajetilla y la depositó un segundo antes de que el solícito capitán de mozos desapareciera el cenicero en un acto de prestidigitación y, al mismo tiempo, dejara otro sobre la mesilla, reluciente de limpio. Debajo de su nariz estalló un llameante encendedor de gas. Prendió el cigarrillo, aspiró hasta los pulmones la incineración del tabaco y, como en sus mejores tiempos, lanzó al espacio nueve temblorosos aros de humo que se extendieron uno tras otro en el viciado aire.

Algunas fumadas después, se le descarrilaron los latidos y toda su transformación se desmoronó de un solo golpe. Marvelia Jácome no había regresado. El cuello de Elías Ulpiano se hizo de

goma y sus ojos, de lince. Volvió la vista hacia el rumbo de los sanitarios, hacia la barra y hacia la puerta principal. Sin medir distancias, quiso cruzar la pierna y le dio un fuerte trompicon a la mesita, derribando las bebidas y mojándose los pantalones. “Van a pensar que me oriné”, pensó, al tiempo que se le desataba un traqueteo de latidos angustiosos. “¿Qué hice mal?”, pensó, revisando su perorata sin encontrar ningún motivo de rechazo.

Entonces se sintió muy viejo para ella. Se lamentó de ser tan antipático, de tener ojeras más marcadas que las de Omar Sharif y de tener cuarenta y tres años cumplidos, cuando debía tener treinta. Se insultó a sí mismo porque Marvelia Jácome lo había abandonado para siempre, y por el hecho de haber sido tan estúpido que ni siquiera había tenido la precaución de preguntarle el número de su teléfono. “No volveré a verla nunca”, masculló, moviendo la cabeza de uno a otro lado, con creciente agobio.

Se levantó. Corrió entre las mesas y se dirigió al rincón de los lavatorios. Hizo una guardia eterna de dos minutos frente a la puerta de las “Damas” y, vencido por la desesperación, abrió la puerta con brusquedad. Adentro, un enorme espejo de pared reflejaba la imagen de una señora pasadita de kilos que se acomodaba la blusa dentro de la pantimedia para que le hiciera más cuerpo. Sorprendida por la intrusión, ella se quedó inmóvil. Azorado, Elías Ulpiano se cubrió los ojos con una mano mientras con la otra sostenía el picaporte de la puerta a medio abrir.

—Por favor, perdóneme —dijo, con la cabeza torcida—, y gritó varias veces el nombre de Marvelia. Pero no obtuvo respuesta.

Con premura regresó al oscuro lugar donde esa noche había vuelto a ver la luz y sintió una náusea ingrata al ver que seguía solitaria.

—¿No vio a las señoritas? —preguntó Elías Ulpiano.

—Las vi salir, señor —dijo el mesero, mientras limpiaba con un trapo rancio los estropicios—. ¿Le traigo la cuenta?

Elías Ulpiano no respondió. Volvió a culebrear entre el apretado meserío, encorvando el cuerpo para disimular la bragueta salpicada.

Con cuidado, para no ocasionar más estragos, se dirigió a la salida con el mismo paso volandero que hizo famoso al Sargento Pedraza en las Olimpiadas, y avanzó con rapidez por el embudo gigantesco que hacía las veces de corredor de acceso.

Se detuvo en la banqueta. Sintió el aire frío de la madrugada en el rostro y aspiró a pulmón lleno para combatir el jadeo del cuerpo y la zozobra del alma. Escudriñó la acera opuesta y buscó a las mujeres a izquierda y a derecha, pero lo único que vio fue a una solitaria ancianita encanastada que lo importunó ofreciéndole:

—Flores, caballero, flores para su amada, flores.

Aspiró el invasivo perfume de las gardenias frescas y le dio un fuerte talonazo a un escalón que no tenía culpa alguna. Le dolió mucho el talón y, con fuerza más precavida, se golpeó la palma de una mano con el puño de la otra. Luego se le cayeron los brazos a todo lo largo, con insondable abatimiento.

—¡Elías! —oyó que le gritaban, y giró sobre sí mismo.

Desde el fondo del embudo gigante venía corriendo como loca Marvelia Jácome. Se abalanzó sobre ella como en las películas y, como en las películas, sus cuerpos chocaron de frente, fundiéndose en un abrazo de recuperación triunfal: ella en vilo, en los brazos de él, y él dando vueltas y vueltas sobre los talones, el adolorido y el otro.

—¡Qué susto me diste, pensé que te habías ido! —dijo entre pucheros Marvelia Jácome.

—Te busqué por todas partes... ¿Dónde estabas?

—En el baño.

—¡Ahí grité tu nombre, adentro, tres veces!

—Es que antes salimos a buscar un teléfono y había mucha cola —dijo Marvelia Jácome.

Y los dos se enfrascaron en un montón de explicaciones pueriles sobre el mismo tema: el dolor infinito de la separación y el regocijo sin límites del reencuentro.

Una vez retomada la mesa, insensibles al aburrimiento mayúsculo de Patricia Martínez, siguieron varias horas mirándose a los ojos y besando las copas que, una y otra vez, les rellenaban para abultarles la cuenta, hasta que la orquesta dejó de tocar y los meseros empezaron a bostezar a mandíbula tiburonesca.

Salieron a la fresca madrugada y Elías Ulpiano las acompañó en el Volkswagen azul hasta la casa de Marvelia Jácome, comportándose como todo un caballero. Sin abrazarse, se rozaron los labios en un besito fugitivo disfrazado de casto y luego se despidieron con enfervorizado regocijo, seguros de haberse sacado el premio mayor de la lotería nacional sin haber comprado billete.

Al día siguiente se vieron en una pastelería vienesa y, antes de setenta y dos horas, ya estaban amándose cuerpo a cuerpo en uno de esos escenarios de romances imperiales comúnmente llamados cuartos de hotel.

Desde el primer momento, Marvelia Jácome quedó enrolada en los embrujos perturbadores. No tuvo ningún efecto la confesión de que él era un hombre casado y con seis hijas, porque el amor llegó de golpe, urgido, aparatoso. Con avidez, ella se apropió de la mitad más amorosa del idilio. Fulminado por el mismo rayo aquerenciante, él la amó justo un poco

menos. “No existe ninguna relación donde los dos enamorados compartan el amor por partes iguales —había dicho alguna vez don Secundino Gracia—. Siempre uno de ellos asume la entrega sin deslindes”.

Nacido en la astilla de un segundo, aquel cariño empezó su regencia a partir del techo de los cielos. Esa frontera resultó muy poco límite para ella, que la rebasó con jacarandosos aleteos de gaviota en tierra. Era el amor que había soñado y lo recibió con toda suerte de fiestas, violines, trompetas, bandas de guerra y juegos pirotécnicos. Cautivada por las avasalladoras emociones que Elías Ulpiano le inspiraba, aplicó todas las energías bulliciosas de su ser, su inteligencia y sus seis sentidos a rendir pleitesía al hombre de su imaginación. “¿El amor puede ser un vicio?”, preguntaba muy pronto a su amante, pasmada por emociones nunca antes experimentadas y mucho menos consideradas como posibles. Puso en blanco su mente y la repobló con nuevas imágenes y conceptos, sin incorporar nada que no fuera del ámbito de Elías Ulpiano. Tan desmesurado éxtasis se tradujo en un verdadero concierto de apasionamientos y en un caudaloso despliegue de ternuras a lo largo y a lo ancho de los siguientes cinco años, durante los cuales, en la ciudad más poblada del mundo, no hubo rostro más radiante que el de Marvelia Jácome.

Cuando conoció a Elías Ulpiano, ella ejercía, bajo sueldo, su profesión de licenciada en diseño gráfico. Ya había tenido varios pretendientes antagónicos y estaba un tanto decepcionada del machismo de los hombres, de la superficialidad y limitaciones de los jóvenes y del egoísmo farandulero y sin futuro de sus compañeros de generación. Vivía bajo la presión cariñosa de su madre, que no dejaba de insistirles a ella y a su hermana mayor, Clemencia, que se promovieran, que se buscaran buenos novios, que les dieran probaditas para engancharlos

y que se casaran antes de que se convirtieran en modistas de los venerados santos de la Basílica de Guadalupe. Y no es que les faltaran prospectos, porque las dos hermanas eran más que atractivas. El problema era que habían acumulado tantos pujos y exigencias que no encontraban el modelo de hombre que pudiera, como ellas decían, alborotarles las hormonas. Una vez aparecido Elías Ulpiano, el dilema de Marvelia Jácome era hacerlo suyo de manera total.

—Este es el hombre que yo siempre había esperado —le dijo a su inseparable hermana—. ¡No lo voy a dejar ir nunca!

—¿Y si lo único que quiere es acostarse contigo? —dijo Clemencia Jácome.

—No me importa; tres meses con él pueden ser los más maravillosos de mi vida.

—Es un hombre mayor que siempre anda viajando; de seguro tiene una aventura en cada pueblo.

—Si lo que dices fuera cierto, no lo dejaría ir sin antes embarazarme de él —dijo Marvelia Jácome—. Seré madre soltera, como tú.

Pero la identidad fue pródiga. Los meses transcurrieron en una deleitosa secuencia. De día y de noche, en el trabajo y en el amor, vivir el uno para el otro se les convirtió en una necesidad absoluta.

Por eso, cuando Elías Ulpiano emprendía sus viajes a la provincia, Marvelia Jácome supervisaba con gran júbilo las maquilas talabarteras, para resurtirle las alforjas de vendedor trashumante.

Su junterdad se hizo permanente. Siempre sabía uno dónde estaba el otro, sin secretos, sin misterios y sin ocultamientos. Pronto dejaron de alojar sus ardenturas en hoteles de paso y rentaron el cuarto de sirvientas, del tamaño de un clóset, que su

imaginación desenfrenada convirtió en excitante *penthouse* de lujo. Cuando las ventas iban bien, ella estaba siempre lista para enviarle pedidos de paquetería por autobús o por ferrocarril, nunca por exprés aéreo. Intercambiaban opiniones, planeaban su trabajo, ordenaban las manufacturas a joyeros y talabarteros modestos que les dieran los mejores precios y, a veces, inventaban inverosímiles artesanos extraviados en los más apartados callejones de la gran ciudad.

—Me encontré una curtiduría muy buena en La Lagunilla —informó una vez Marvelia Jácome, llena de alborozo porque los gastos podrían reducirse.

Mientras los proveedores elaboraban los pedidos, ellos se dedicaban a recorrer la capital con magnificado gozo. A veces diseñaban y producían piezas sobre pedido para obtener algunos ingresos adicionales, pero, por estrategia de Elías Ulpiano, jamás se tocaba el mercado del Distrito Federal.

—No hay que meterse entre las patas de los elefantes —le dijo una vez a Marvelia Jácome—. La gente de provincia es más ingenua para comprar.

—Yo pienso que tiene más nobleza —dijo Marvelia Jácome—, pero tú eres el que sabe de estas cosas.

Tan pronto como mejoraron los ingresos, Elías Ulpiano hizo más rápidos sus recorridos de ventas, trabajando de sol a sol, cautivo del deseo y la necesidad de permanecer el mayor tiempo posible al lado de ella. Un día se embriagaron en un *show* de bulerías y, embebidos en su embrujo, en los pujidos y quejidos del cante jondo, y en los taconeos traqueteantes que les astillaban los sentidos, acariciaron la idea de beber vino tinto en un tablao de Madrid, aunque fuera una noche.

—Amanezcamos en España —dijo Elías Ulpiano—, antes de que el dinero ya no valga nada.

Sin más, decidieron hacer el esfuerzo. Dejaron en ceros la escuálida cuenta de cheques y, al mexicanista grito de “Ahí mañana Dios dirá”, visaron sus pasaportes y, unos días después, abordaron un vuelo de Iberia.

La primera impresión que les produjo España no se la esperaban. Los olores a embutidos, chorizo Cantimpalo y aceite de oliva estaban mezclados con algunos otros provenientes de axilas y entrepiernas prófugas del baño regular. Las densas fragancias corrían libremente por las rúas madrileñas, emparejadas con el soplo de los vientos. Retozaban en las banquetas, entraban por los portones, salían por las ventanas, se agrupaban en las iglesias, en los ascensores y en los mesones, y recibían a los fuereños sin compasión alguna, forzándolos a una dieta de ascos.

Aunque tres días después sus glándulas olfativas hicieron los ajustes necesarios para adaptarse al fenómeno, todos los recuerdos de su estancia en España estarían presididos por aquellas impresiones inevitables que, no obstante, cuando pasara el tiempo, se convertirían en nostalgias de volver.

—Estos olores castizos no tienen nada de castos —dijo Elías Ulpiano.

—La arquitectura de Madrid no es la de mis sueños —comentó Marvelia Jácome—. Se parece mucho a la Ciudad de México.

Otros olores beligerantes los asaltaron en Santiago de Compostela, al norte del país de don Miguel de Quijote. Habían ido ilusionados con las pintorescas verbenas anunciadas para celebrar las tradicionales fiestas del Santo Patrono y, antes de entrar a la catedral, ya estaban prendados de su hermosura.

—¡Ahora sí siento que estoy aquí! —dijo Marvelia Jácome, de cara a las torres colosales.

—Nunca podremos describir esta belleza —dijo Elías Ulpiano, mirando en la misma dirección, como lo hacían otros cientos de embobados visitantes.

La basílica estaba atiborrada de fieles, turistas y lugareños beatos. Al internarse en el templo, las narices de Elías Ulpiano y Marvelia Jácome fueron apergolladas por las emanaciones de la muchedumbre. Luego vieron una enorme jaula que pendía de la bóveda principal y les llamó la atención un hombre que zaran-deaba su pretendido regocijo solemne, colgado de una gruesa cuerda. Lograba columpiadas tan prósperas que superaban a las de Tarzán en las lianas de la jungla. Parecía un ángel celestial envuelto en nubes vaporosas, pero no: era el botafumeiro, bendito diseminador del incienso, cuyo penetrante olor caía en cantidades industriales sobre la multitudinaria grey aglomerada allá abajo, codo con codo, cadera con cadera, tufo con tufo.

Marvelia Jácome y Elías Ulpiano contuvieron la respiración tanto tiempo como les fue posible y, muy consternados, hubieron de abandonar el recinto para llenar de aire puro unos pulmones que sentían al borde del enfisema olfatorio.

—Qué barbaridad —dijo Marvelia Jácome, mientras huían de aquel asunto con pasos de tropel.

—Esta costumbre del incienso —dijo Elías Ulpiano— no es tanto para honrar al Señor, sino para neutralizar las tu-faradas del vulgo.

Adoptaron su invariable posición de siameses y se dieron a la dulce tarea de caminar abrazados toda la tarde por las empedradas e irregulares callejuelas de aquel rincón ibérico, con sus tejados rojos y su sabor de tiempos medievales.

Marvelia Jácome, que era capaz de ser inmensamente feliz con una simple visita a la tienda del vecindario, disfrutó

su primer viaje con Elías Ulpiano como si fuera el botamiento de una nave espacial.

—Esta parece en verdad nuestra luna de miel —dijo—. ¡Cómo me gustaría ser tu esposa!

Resintió, como siempre, el silencio evasivo de Elías Ulpiano, pero tenía motivos más que suficientes para su incontenible felicidad. Mientras admiraba los portentos del país que descubrió América, una nueva realidad había aflorado en su condición de mujer, pues fue desde ese viaje inolvidable que Marvelia Jácome comenzó a sentirse hermosa. Desde la adolescencia había pastoreado testarudas inseguridades acerca de su preparación académica, de su pelo, rostro, busto, cintura, pantorrillas y demás. “Tengo las caderas de un jovencito”, se quejaba con Elías Ulpiano. Usaba siempre ropa de manga larga porque consideraba que sus brazos eran feos. Ella misma se confeccionaba sus vestidos, elegidos no en cuanto al propósito de enjaezar belleza, sino al de eclipsar imaginarios defectos. “Mira, tengo encorvada la espalda”, decía. Ante cualquier situación comprometedora, adoptaba poses que no la pusieran en evidencia. “Es que soy tan imperfecta”, repetía.

Elías Ulpiano hubo de asumir la tarea de revelarle la autenticidad de sus atributos, y fue hasta entonces cuando ella supo que siempre habían estado allí. Cobró conciencia de que, sin ser un dechado de belleza ni mucho menos un modelo de erudición, poseía por dentro y por fuera recursos suficientes para sentirse segura de su lugar en el mundo.

—La perfección es imposible —le dijo un día Elías Ulpiano—. Observa con detenimiento a una persona que consideres culta y bella, y verás defectos congraciados.

Marvelia Jácome aprendió pronto que la postura, el arreglo y los movimientos comedidos son recursos de buena

apariencia, al igual que lo son las sonrisas auténticas, la honestidad intelectual y el imperio de las actitudes positivas. Determinada a complacerlo, se convirtió en la bella dama de Elías Ulpiano, al mismo tiempo que se sentía mucho mejor bajo aquella influencia protectora. Un día dijo: “Voy a volver a la universidad y asistiré a muchos seminarios”. Así lo hizo. Leyó mucho, escuchó mucho y aprendió más de lo que nunca creyó posible, incluidas su manera de hablar, sonreír, caminar, vestir y comportarse en la jungla de la vida.

Se animó a sacrificar el peluzal entrecano y aceptó un corte de pelo igualito al de la cantante francesa Mireille Mathieu, que después haría famoso Dorothy Hamill, campeona olímpica de patinaje sobre hielo. El fleco sobre su frente acentuó la belleza de su rostro pequeño, el fulgor de sus ojos de color sepia transparente y el perfil de ensoñación.

Elías Ulpiano la convenció de abandonar sus vestidos ampulosos y de adoptar los trajes sastres, que por una parte entallaron su figura y por la otra le confirieron un nuevo *look* de atracción y respeto.

Al hablar y reír, Marvelia Jácome solía mover la cabeza con rapidez de ardilla contenta y, al hacerlo, el rebote de su peinado conmocionaba los espacios. La tonalidad de la miel de colmena predominaba en sus ojos vivaces. Solía apretar los labios con frecuencia para ocultar las manchitas de sus encías, en aquel involuntario gesto sensual solo superado por el óvalo de sus labios cuando pronunciaba la palabra “¡Hola!”.

Finalmente, aceptó sus propios atractivos de mujer, y todas esas particularidades acabaron por implantarle la grata novedad de sentirse bonita. Durante mucho tiempo se encendía de vergüenza en su vida íntima con Elías Ulpiano. Sufría conmovedores accesos de timidez al desnudarse para los actos

del amor. Sus rubores eran materia de risas nerviosas por parte de ella y de grandes sonrisas por parte de él, porque Marvelia Jácome se envolvía lo mismo en una algarada de toallas que en un albo molinete de sábanas.

Cuando conoció el mar por primera vez, en la playa Guayabitos, salió de la habitación enrollada en las dos sobrecamas, pues estaba posesa de una pudibundez canonizable. Elías Ulpiano la despojó con ternura de sus envolturas musulmanas y, sostenida en los brazos, la meció entre las suaves olas de la recóndita playa nayarita.

—Te envuelves como las momias egipcias —le dijo Elías Ulpiano, rebalsando ternezas, comprensivo de que Marvelia Jácome sobrellevaba un crónico padecimiento de pudores.

Dispuesto a desecharlos y apoyado en su veteranía, Elías Ulpiano se dedicó a disfrutar la transformación de Marvelia Jácome. Poco a poco, ella se fue convirtiendo en una mujer satisfecha de todo su ministerio físico. Un buen día dejó de esconderse detrás del toallerío. Admiró su cuerpo en el espejo cuadrado que él sostenía en las manos, frente a ella, y que le devolvía su propia imagen desnuda, sentada sobre las pantorri-llas, erguida sobre la cama, con el pelo desordenado rozándole los pezones color marrón que embellecían sus senos, el grande y el más pequeño. Para todo el resto de su vida, ella recordaría el maravilloso instante en el que sus propios ojos, reflejados en el espejo, le entregaron la noción de un nuevo yo, femenino y bello. Suspiró profundamente y dijo:

—Me siento tan mujer—, y desde entonces sus succionables encantos aerólicos revelaron la voluptuosidad con envaramientos de medio centímetro de diámetro por uno de largo.

“No sé por qué nos gustan tanto los pechos —hubiera dicho don Secundino Gracia—. Al final de cuentas, solo son tejidos con grasa”.

Ese mismo día ella descubrió el placer intenso de los orgasmos múltiples. “Clávame”, solía decir después, durante las recurrentes musitaciones que le resultaban inevitables en sus regodeos sibaritas. “Toma”, le repetía en los espasmos de la pasión. “Me gusta esto”, gimoteaba en los actos atrevidos, liberada ya de sus antiguos complejos. “Dame”, gemía una y otra vez durante los interminables actos que tenían dentro de los actos del amor. “Hueles a galleta”, exclamaba en sus excursiones besuqueantes por todo el territorio masculino. “Sabes a menta”, murmuraba en sus implacables y golosas ingestiones del néctar de la vida. “Ha de ser por las vitaminas”, hubiera discernido don Secundino Gracia. Y así fue como Marvelia Jácome alcanzó maestrías sobresalientes en las asignaturas de mente y materia.

Tan concienzudos aprendizajes lo beneficiaron a él antes que a ella misma y acabaron por postrarlo en la rendida pleitesía de aquel amor incandescente que le transfirió a él la mitad más grande de la adoración. Desde entonces no hubo ninguna noche suficientemente larga para sus actos de amor enfebrecido.

“La medida del amor es el amor sin medida”, hubiera dicho don Secundino Gracia.

CAPÍTULO 8

También el hábito por la lectura lo reforzó Marvelia Jácome con Elías Ulpiano. Una noche se encontraban tomando café y pastelillos en un Vips del sur de la ciudad, cruzando la calle lateral del Teatro Insurgentes. En su bolsa de plástico, recién comprada ahí mismo, estaba, sobre la mesa, la más reciente novela de Gabriel García Márquez. Al fondo del recinto, una televisión difundía las noticias.

—Cómo se parece tu voz a la de ese señor —dijo Marvelia Jácome.

—Por favor, no me compares con él —respondió Elías Ulpiano.

Marvelia Jácome hizo un gesto de extrañeza. Estaba segura de que, por tener sordina natural, las dos voces eran bastante parecidas.

—En *La derrota mundial*, Salvador Borrego pronosticó a mediados del siglo que los judíos se apoderarían de los medios de comunicación masiva en todo el mundo —dijo Elías Ulpiano—, y ahí los tienes, Jacobo y Abrahamcito, los dictadores noticiosos de América Latina.

—¿Eres antisemita?

—No. Lo que pasa es que don Secundino Gracia me enseñó a amar nuestro idioma, y estos güeros lo han vulnerado sin remedio y para siempre —explicó Elías Ulpiano.

La cabellera de Marvelia Jácome se sacudió en el aire y su mirada inteligente buscó los ojos de Elías Ulpiano, haciéndole entender que no entendía.

—Jacobito Zabudovsky ha sido un desastre natural para el bellissimo idioma español. Su fonética es de lo más deplorable.

—¡Pero si todo el mundo lo escucha! —dijo Marvelia Jácome.

—Por razones de monopolio, pero su escuela ha deformado varias generaciones de profesores, locutores y políticos que hablan a su imagen y semejanza —dijo Elías Ulpiano—, y lo más grave es que nadie parece darse cuenta. Todo México ya habla como él, con los acentos cambiados y la puntuación enrevesada. ¡Hasta los presidentes de la República!

—No me había fijado... —dijo Marvelia Jácome.

—Orador que no controla su respiración no puede hablar bien el castellano —afirmó Elías Ulpiano—. A mí esas entonaciones me resultan insoportables.

—¿Y por qué no le propones una campaña? Jacobo es hombre de criterio, a lo mejor él mismo no se ha dado cuenta.

—Yo creo que es una desgracia irreversible.

—Él es lo suficientemente poderoso como para remediar el mal; así como lo hizo, puede deshacerlo.

—No creo que le interese.

—Él también ama los libros —dijo Marvelia Jácome—; todas las semanas hace presentaciones literarias.

—Dicen que es muy soberbio y que no recibe a nadie —replicó Elías Ulpiano—, menos a un ciudadano común como yo.

—Pero no debes mortificarte tanto...

—Qué quieres, amor, me duelen mucho los maltratos al español —dijo Elías Ulpiano, mientras palpaba la bolsa de plástico transparente que dejaba ver la ambarina portada de *El amor en los tiempos del cólera*.

Extrajo el libro, abanicó el aire con sus 473 páginas excelsas y dijo:

—Mira, te voy a leer algo.

Luego empezó a leer en voz alta segmentos elegidos al azar, sin reparar en que en las mesas vecinas había personas que enarcaban las cejas. Elías Ulpiano recorrió la narrativa y los parlamentos. Respetó la puntuación, enfatizó las palabras acentuadas, interpretó la intención literaria y las frases emotivas, y se extasió con la hermosa historia mientras Marvelia Jácome escuchaba con los ojos entrecerrados, transfigurada por la sinfonía de los vocablos bien pronunciados y mejor escritos.

—¡Es ambrosía pura! —dijo Elías Ulpiano.

—No sé lo que quieren decir algunas palabras —confesó Marvelia Jácome.

—Una buena novela tiene la obligación de remitirte varias veces al diccionario —respondió Elías Ulpiano—; así enriqueces tu léxico.

—¿Por qué yo nunca supe de esta belleza?

—Hace mucho que los maestros no imparten clases de lectura. Más para mal que para bien, la televisión ha venido a ser la única influencia y, como ves, más pésima que mala.

—Esto es como descubrir un nuevo mundo —dijo Marvelia Jácome—. Tienes que leerle esto a mi hermana.

—Mira, aquí se menciona el tema —dijo Elías Ulpiano, y le leyó la parte donde, en el cuarto de coser, con las sillas muy juntas, Fermina Daza le daba lecciones de lectura a la tía

Escolástica, con una voz que había paralizado en el corredor de arcadas a Florentino Ariza y con una mirada casual cuyos efectos no terminarían nunca.

—Este libro me lo guardas —dijo Marvelia Jácome—, no lo vayas a despagnar como a todos los demás.

Ensimismados, permanecieron largo tiempo leyendo párrafos, prisioneros de aquella maravillosa epopeya de amor que las palabras gabrielinas eternizaron, enternecidos con los amantes seniles que habrían de navegar en el río Grande de la Magdalena para el resto de la vida.

Luego, risueños, felices de toda felicidad, pagaron la cuenta y salieron a la calle. Había poco esmog y la luna, cercana y brillante, iluminaba la madrugada. Oleadas de gentes bien vestidas y muy platicadoras salían del Teatro de los Insurgentes, y la brisa era fresca y agradable.

Avanzaron sobre la amplia banqueta y, de pronto, se detuvieron en seco. Varios chiquillos se acercaban a los transeúntes con las manos en alto. De ellas pendían planetitas dorados, del color de los ojos de Marvelia Jácome, que balanceaban en sus cadenas para que despidieran destellos y despertaran la codicia de los compradores.

El muchacho más próximo columpió uno ante los sorprendidos ojos de Marvelia Jácome y otro frente a los de Elías Ulpiano. Ambos intercambiaron miradas de asombro y los inspeccionaron con minuciosidad. Los rodaron entre el pulgar y el índice, los aproximaron a sus ojos y los sopesaron, sin soltarlos. No podían creerlo.

—¡Son idénticos! —dijo Marvelia Jácome, con la autoridad de quien los había diseñado.

—¿Dónde te los robaste? —preguntó Elías Ulpiano.

—Cómo cree, señor; nosotros trabajamos a comisión.

—¿Quién te los vendió? —inquirió, amenazante, Elías Ulpiano, sujetando un brazo del expendedor.

El muchacho le dio un jalón a los planetitas y echó a correr, confundiendo entre la gente. Los demás vendedores también se desparramaron, temerosos de que algún inspector del gobierno fuera a extorsionarlos una vez más.

—Han de ser de alguno de los clientes —dijo Marvelia Jácome.

—Tú sabes que yo no vendo en el Distrito Federal.

—Alguno de provincia, entonces.

—Pudiera ser —respondió Elías Ulpiano, incrédulo.

En los días subsecuentes, la escena se repitió. El planeta dorado empezó como una moda juvenil y se fue extendiendo a la velocidad explosiva propia de los objetos que logran cautivar a sus consumidores. Todas las parejitas traían colgados los suyos como prenda de compromiso universal. Eran símbolos de amor global. Eran bonitos. Eran muy baratos. Y eran unisex.

Los estudiantes de la Universidad Iberoamericana fueron los primeros en lucirlos. Después los vendían a la salida de los cines, en las estaciones del metro, en las bocacalles y en los tenderetes de las aceras, en las centrales de autobuses y en el Zócalo. Los domingos se concentraban en el parque de Chapultepec, y los dijes acabaron estando en todas partes, girando frente a los ojos de los capitalinos. Era imposible que el producto pasara inadvertido y pronto invadió la república. Los industriales del ramo de las baratijas se apresuraron a copiar el molde. La piratería mexicana actuó en todo su esplendor y la inundación comercial fue tumultuosa. Durante varios meses, el mercado de ocasión se convirtió en una galaxia de planetas dorados. Después fueron sustituidos por el éxito pasajero de un nuevo producto: unas antenitas extraterrestres terminadas

en bolitas, que oscilaban sobre la cabeza y volvieron locos a los compradores.

Elías Ulpiano resintió hasta la médula de sus huesos lo que consideró una jugarreta más del destino. Se pasó muchas semanas destilando amarguras y rumiando lamentaciones por no haber participado en los beneficios.

—¡Estoy salado! ¡De nada me sirve trabajar tanto! ¡Siempre me salen mal las cosas! ¡Cuando por fin tengo una oportunidad de oro, se me va de las manos!

—No te preocupes, mi cielo —le decía Marvelia Jácome, cuidadosa como siempre del bienestar de su hombre, porque a veces lo veía tan abatido que temía por su salud.

—¡Se nos pasó de noche —dijo Elías Ulpiano, con grande desconsuelo—; si lo hubiéramos pensado bien, nos habríamos hecho ricos para siempre!

—Es una gran experiencia —dijo Marvelia Jácome—; hay que aprovecharla.

—Éxitos como el planeta dorado suceden una vez en la vida —dijo Elías Ulpiano, inmerso en el pesimismo—, ¡una sola vez en la vida!

—Nosotros estamos benditos de Dios.

—¡Maldito artesano, nos robó la idea!

—Ya veremos qué se nos ocurre —dijo Marvelia Jácome; y, a velocidad supersónica, le plantó por todo el rostro setenta y cuatro besitos tronados, remedio más efectivo que cualquier medicina de laboratorio.

Pasado el trauma, la pareja reanudó sus rutinas porque, para ellos, lo único importante era estar juntos. Cuando iban a los bancos, por ejemplo, no caían en la seriedad hosca de los cuentahabientes desesperados. Todo les parecía excitante o placentero. Las colas dinosaurias en las ventanillas, donde los

banqueros nacionalizados practicaban su nuevo derecho a ser ineficientes, eran ocasión de risas y sonrisas compartidas. Aquel señor respetable que era Elías Ulpiano sentía, de improviso, el cariñoso apretón en el trasero que Marvelia Jácome acostumbraba a darle al desgaire varias veces al día.

—Tus escarceos son demasiado atrevidos —le había dicho Elías Ulpiano.

—Escarceos... ¿me gusta esa palabra! —dijo Marvelia Jácome; luego abrió todos los dedos de la mano y, con un rápido movimiento, le oprimió las criadillas.

—¡Chifla! —le dijo.

Elías Ulpiano frunció los labios hacia adelante en un vano intento por silbar. Entre risas nerviosas, solo pudo producir soplidos entrecortados, incapaces de apagar ni siquiera una veladora. Los clientes se hicieron los desentendidos, excepto una anciana de moño desmesurado y busto prominente que no pudo ocultar su indignación. Midió con ojos fieros a la atrevida pareja, de pies a cabeza y de cabeza a pies, arqueó la espalda y dijo:

—¡Dios, no sé cómo permites estas cosas... —pero recordó la tibia blandura de las ciruelas pasas que alguna vez ella misma había acariciado y agregó— en público!

El siguiente intento de negocios fue también idea de Marvelia Jácome, quien diseñó carriolas celestes para niños y rosas para niñas, construidas sobre canastas de La Merced, acojinadas y forradas con delicados holanes. Se trataba de vender los moisés en las clínicas de maternidad y salas ginecológicas de los hospitales, pero se tardaron tanto tiempo en colocar las primeras veinticuatro que dejaron en paz el proyecto, porque requerían tiempo para sus prolongados saturnales amorosos.

Los trámites, ya fueran bancarios o de cualquier otra índole metropolitana, no les afectaban mayormente porque eran simples pretextos para solazar su adoración. Por otra parte, ella siempre se las ingeniaba para vencer al enemigo con sonrisas marvelianas, que le permitían sobrevolar las aglomeraciones arrebañadas efectuando cualquier gestión con insólita rapidez. No hubo nunca para Marvelia Jácome un solo asunto que no pudiera solucionar con el prodigio de sus modos alegres, ya fuera cambiar un cheque foráneo, subirse a la azotea para reconectar la luz, reanudar el servicio telefónico suspendido por falta de pago, conseguir gas doméstico de emergencia, comprar a última hora los mejores palcos para el abarrotado Circo Chino de Pekín, o cualquier otro menester.

A estas alturas, Marvelia Jácome ya era amante perfecta sin las complicaciones de una casa chica; chofer y gerente sin sueldo; sirvienta, secretaria, contadora y archivista; y mensajera sin prestación alguna.

Después del desaprovechado éxito del colgante dorado, tomó posesión de los asuntos de su hombre, enriqueciéndole la vida y organizándole el negocio de modo que no rodara por la pendiente de la crisis nacional.

En una ocasión, seis meses antes del terremoto, Marvelia Jácome pasó a recogerlo al ínfimo *penthouse*. Era urgente resolver un requerimiento de pago ese mismo día, sin falta, pues los bancos iban a cerrar con motivo de la Navidad y, además, Elías Ulpiano necesitaba dinero en efectivo para irse a pasar la Nochebuena y el Año Nuevo a Querétaro, con su familia.

Marvelia Jácome llegó, se colgó del cuello de Elías Ulpiano, sintió el llamado de los retorcimientos gatunos y se remolineó contra el cuerpo de su hombre. El apetito físico incluía el propósito femenino de enviarlo a su lugar de origen

bien servido, de manera que el beso largo comenzó con ropas y terminó sin ellas.

Dos horas después, cuando volvían a la realidad, Elías Ulpiano distendió sus ojeras, se pasó la mano por el cabello, peinándolo con los dedos, puso los ojos cuadrados y dijo:

—¡El banco!

—¡Lo van a cerrar! —dijo Marvelia Jácome—. ¡Vamos pronto!

Se vistieron con apresurada precipitación y, en plan travieso, ella se enfundó los *shorts* de Elías Ulpiano bajo la amplia falda de gitana hecha por sus propias manos, aquella que solía extender a nivel horizontal cuando, convertida en trompo de la felicidad, daba giros vertiginosos sobre las puntas de sus pequeños pies chatos.

Despojado de su prenda íntima, Elías Ulpiano no tuvo más remedio que ponerse los pantalones sobre el cuerpo desnudo. Se calzó con rapidez las pantuflas y, a toda velocidad, salieron rumbo al pequeño banco de su predilección, cuyo gerente ya había sido domesticado por ella.

Mientras Elías Ulpiano trataba de encontrar un lugar para estacionarse, Marvelia Jácome se bajó del Volkswagen y se dirigió a las amplias puertas aluminadas, antes de que las cerraran. Pero un joven, salido de ninguna parte, forcejeó con ella, le arrebató el bolso de mano y emprendió la huida.

—¡Ladrón, ladrón, deténganlo! —empezó a chillar Marvelia Jácome, al tiempo que corría tras él.

A riesgo de facilitar un robo mayor, Elías Ulpiano dejó la llave puesta y el motor encendido, bajó del auto y se incorporó a la persecución.

A media cuadra de ventaja, Marvelia Jácome profería gritos bragados. A la zaga, Elías Ulpiano maldecía la torpeza

de las sandalias sobre la acera y observaba la acción más adelante. Marvelia Jácome sostenía la abundante tela floreada de su falda húngara con ambas manos y corría con movimientos atolondrados, pasos torpes y veloces.

Varios transeúntes, que no querían meterse en líos, abrían paso al trote de la comitiva, hasta que un señor ya mayor le dio un empujón al ladronzuelo, que soltó la bolsa y cayó de bruces sobre sus manos, frente a un vehículo en marcha. Frenos, bocinazos y rechinar de llantas dominaron la escena. Todos vimos que el joven había salido ileso: corrió como un gamo entre los automóviles acorralados por el suceso y se perdió entre el gentío.

Unos segundos después, Elías Ulpiano alcanzó a Marvelia Jácome, que con los dos brazos apretaba sobre su pecho el bolso recuperado y reía hasta las lágrimas, doblada sobre su estómago. Él estaba jadeante y desconcertado, pero de inmediato desfrunció el ceño para unirse a un hazmerreír público que habría de figurar entre lo mejor de sus aventuras: Marvelia Jácome tenía trabados en los tobillos los calzoncillos holgados de Elías Ulpiano.

Ahogados de la risa, regresaron abrazados hasta el auto, que ya echaba humo negro por el escape, y Elías Ulpiano reanudó la ardua tarea de buscar dónde estacionarlo, dándole vueltas a la manzana. Ella se encontró con que dos uniformados bancarios ya habían cerrado las puertas. Pero todavía la humanidad no había discernido ningún invento que pudiera detener a Marvelia Jácome. Con su rapidez de colibrí localizó al instante la puerta de servicio, se introdujo al banco para obtener lo que quería y cambió el cheque para darle todo el dinero a su hombre.

En el ínterin de los dos célebres acontecimientos, y con el nada voluntario propósito de doctorarse como capitalina, Marvelia Jácome fue también asaltada por un obstinado cazador de

mujeres bonitas. Su caminar etéreo y caprichoso atrajo la atención de un galancete que la siguió con sigilo y que, de pronto, le cayó encima con manoseos desesperados.

Dominado por el afán de arrastrarla a un paraje solitario, forcejeó con ella, y en ese momento otra Marvelia Jácome, que nadie hubiera reconocido, se hizo cargo de la situación. El presunto violador hubo de enfrentarse a una mujer que chillaba como fiera, pataleaba como potranca furibunda, arañaba como tigresa en celo y profería más maldiciones que un marinero procaz. El hombre huyó despavorido, con los tímpanos desquiciados por el ensordecedor griterío, con la cara llena de rasguños y con el nuevo conocimiento de que aun la criatura más bella alberga en su interior la capacidad de convertirse en un monstruo impío.

Algunas veces, cuando sus reiterados actos de amor los dejaban ahítos de placeres, Marvelia Jácome y Elías Ulpiano se encerraban en el minúsculo cuarto de servicio y desparramaban elepés que ella conseguía prestados. Durante horas enteras seleccionaban canciones que se identificaran con su historia y grababan largas secuencias musicales. Después escuchaban las románticas cintas una y mil veces en el amado Volkswagen azulino de Marvelia Jácome, y reponían el estéreo de dos bocinas cada vez que algún ladronzuelo lo hurtaba sin consideración alguna a las maravillas del amor sobre ruedas.

CAPÍTULO 9

Cuatro meses antes del terremoto, Elías Ulpiano estaba ensombrecido por la situación económica, por tener que sostenerse con dinero de los Jácome y por haber suspendido el envío de fondos a Querétaro. Telémaco Sifuentes continuaba insistiéndole en que la solución era pedirle ayuda a Misael Olalde, pero él seguía resistiéndose a doblar la cerviz y humillarse para salir adelante.

En un intento de evasión, se puso a buscar la manera de hacer un negocio grande que lo liberara del indeseado trance. Un día observaba, con tristeza ciudadana, una de las nuevas monedas de un peso que el gobierno había puesto en circulación. La hacía girar en el aire, mostrando alternativamente el águila o el sol. Le daba vueltas entre los dedos pulgar, índice y medio, pensando que la novedosa aleación metálica, sin capacidad alguna de tintineo, era deprimente, y su poder adquisitivo tan insignificante que, en el colmo del desprecio popular, los mecánicos habían empezado a utilizarlas como rondanas de ajuste en la reparación de motores. Elías Ulpiano observaba las vergonzosas monedas cuando, de pronto, levantó las cejas en un gesto de sorpresa. Su afán de triunfo le había traído una idea que le pareció genial. Apretó el peso dentro del puño y, de inmediato, buscó a Marvelia Jácome para decirle que tenía

la clave de otra racha de consumismo populachero que les permitiría salir de pobres.

—¡Recubriremos las monedas con una capa de oro de diez quilates —dijo, excitadísimo—. Cada mexicano va a querer por lo menos una; podemos vender millones!

Marvelia Jácome puso manos a la obra. Fue al banco, consiguió monedas recién acuñadas y localizó a un honorable artesano del oro, cuyo único delito en la vida era trabajar de manera clandestina para evadir impuestos. Nadie más confiable que él para respetar la exclusividad de la idea. Y, además, podía ganar buen dinero cuando las ventas se multiplicaran.

Un par de semanas después, Marvelia Jácome compró bolsitas de plástico grueso, idénticas a las utilizadas para la exhibición y venta de los centenarios. Lucían hermosas, refulgentes, atractivas. Eran un magnífico *souvenir* figurativo. Una especie de reivindicación imaginaria del inservible peso mexicano.

Tan pronto como enfundó las primeras cincuenta monedas, Marvelia Jácome las puso en una canasta y, a manera de camuflaje, las cubrió con cajas de galletas y bollos de pan francés.

Al pasar por la estación Chapultepec del metro, algo más fuerte que ella la hizo volver la vista hacia un viejo árbol decrepito que estaba frente al Sanborn's. Se le paralizó el pulso al ver a la viejecita de los malos augurios, que siempre aparecía como presagio de mala suerte.

La empequeñecida anciana, con su cara surcada por arrugas simétricas, su espalda encorvada y su enorme chal de color plomo, quedó mirándola fijamente con el ceño fruncido. “¿Y ahora qué me irá a pasar?”, pensó Marvelia Jácome, y apretó la canasta de los pesos dorados mientras seguía su camino.

Elías Ulpiano se sintió codicioso con sus cincuenta monedas bruñidas y las guardó como un secreto hermético, angustiado por saber que el procedimiento de elaboración era tan sencillo que la piratería sería explosiva. Lamentó no haberle hecho caso a Telémaco Sifuentes y pensó que, si lo hubiera hecho, ya dispondría de un buen equipo de vendedores o de algún sistema de distribución. Sufrió migrañas de tanto pensar en la estrategia que le permitiera la venta masiva de los pesos chapeados y decidió hacer primero un recorrido exploratorio por la frontera norte antes de iniciar la producción en grande.

—Empezaré por Matamoros —le dijo al día siguiente a Marvelia Jácome—. Voy a hacer un pequeño sondeo con ventas anticipadas.

A las ocho de la noche, abordó un autobús de la línea Tres Estrellas de Oro y llegó a la frontera al día siguiente, a media mañana. La canícula semidesértica estaba en su más intenso apogeo y lo abrumó desde el primer momento. “Puedo exprimir el sudor de mi camisa”, pensó, en el momento de presentarse ante un comerciante moreno, en un local de mala muerte pero muy cercano al puente internacional. Le mostró un par de monedas y al mercader le brillaron los ojos.

—Las venderemos a sesenta pesos —dijo Elías Ulpiano— y dividimos la utilidad.

El comerciante aceptó de inmediato y pidió quinientas monedas, pensando en un negocio rápido, a toda costa, de acuerdo con su escala de valores.

—Solo traigo cinco mil —mintió Elías Ulpiano—, pero están comprometidas para ciudad Reynosa.

—Corte quinientas para mí —dijo el comerciante.

—En verdad lo siento, pero yo soy muy cumplido con mis compromisos —dijo Elías Ulpiano, encantado con el interés que

despertaban sus tepalcates relumbrosos—. Tenga la seguridad de que se las fabrico antes de un mes.

—No me deje sin las mías —dijo el comerciante—; trae usted una idea muy buena.

Elías Ulpiano salió de la tienda y se fue caminando con sus peculiares pasos tremolantes por la calle Hidalgo, ajeno a la modorra del calor sofocante, al desordenado tráfico de cientos de automóviles y a las bocanadas de infierno que exhalaban los escapes. Iba decidido a llamar de inmediato a Marvelia Jácome para darle la buena nueva, pero el hotelito de poca monta donde solía hospedarse no tenía teléfono en la habitación. Estaba exhausto por el largo viaje. Sentía estropeada la espalda y punzadas en los riñones, así que decidió posponer la llamada para el día siguiente. Se recostó boca arriba con las manos en el pelo que ocultaba la cicatriz de su nuca, y sus ojos convirtieron el techo en una pantalla ancha donde la parte triunfadora de su mente proyectó imágenes de automóviles de último modelo, muebles elegantes, casas de lujo, ropa abundante y cruceros transatlánticos a Hawái para su esposa y sus hijas, y a Portugal para Marvelia Jácome y él. El dinero abundante alcanzaría para todos.

Lo despertaron fuertes golpes en la puerta. La oscuridad era densa. Encendió la luz del buró y se dio cuenta de que había dormido muchas horas de un tirón. Eran las dos de la madrugada. Con torpeza, empezó a incorporarse cuando los golpes se convirtieron en aporreos que le alteraron los nervios. De pronto, la puerta se abrió con violencia y rebotó contra la pared.

Tres individuos sin escrúpulos apuntaron hacia él sus metralletas, y levantó las manos hasta el cielo fingido con el pavor más grande de su vida. Uno de ellos se adelantó y lo golpeó en el estómago con la culata del arma. Elías Ulpiano

emitió un gemido, se le doblaron las piernas, cayó de rodillas y perdió el sentido.

Lo recobró al recibir un chaparrón de agua helada sobre su cuerpo desnudo y, por un instante efímero, pensó que vivía de nuevo la experiencia del terremoto, pero, aterrorizado, se percató de que no estaba en el Hotel Regis, sino en un sótano inmundado, apestoso a orines viejos y con cucarachas por todos lados. Le dolían mucho los brazos; tenía las manos esposadas sobre la espalda y sus tobillos estaban amarrados entre sí. Frente a él, varios hombres con uniformes y cachuchas negras fumaban aromáticos puros. Uno de ellos lo señaló con una pértiga de aluminio y le dijo:

—Te vas a portar bien o te lleva la chingada.

Elías Ulpiano temblaba de miedo y de frío; asintió con la cabeza.

—¿Dónde tienes escondidas las monedas?

Se le agrandó el hueco negro que sentía en el estómago. Movi6 la cabeza hacia los lados y, antes de que pudiera articular palabra, el hombre le acerc6 la vara a los testículos, dándole una descarga eléctrica. La sacudida corporal, terrible, casi lo levantó en vilo. Al desactivarse la corriente, Elías Ulpiano se derrumbó sobre el piso húmedo y helado. Otro de los hombres se acercó y le dijo:

—Oye, mano, vale más que cooperes; con este cabrón no vas a poder.

Lo levantaron del suelo, lo pusieron de pie y la pesadilla se desbarrancó en un desfiladero de sadismo recurrente.

—¡Agárrenlas, están en mi portafolio! —gimió Elías Ulpiano.

—No te hagas pendejo; esas son las muestras —le espetó uno de los verdugos.

—Es lo que traigo... —musitó Elías Ulpiano.

—Trajiste cinco mil. ¿Dónde las tienes?

—No hay más; de veras que no traigo más, se los juro —suplicó Elías Ulpiano, acobardado y pusilánime.

Pero los hombres no dejaban de darle empujones, gritándole injurias en los oídos. El interrogatorio seguía implacable, y cada vez que Elías Ulpiano confesaba que no había más monedas, lo rociaban con tinas de agua revuelta con trozos de hielo y lo pinchaban con el bastón flamígero. Sus nuevas taquicardias eran cosa de juego comparadas con el retumbo atronador que sentía en el pecho. Explicaba, imploraba, gemía y gritaba mientras los verdugos lo bañaban una y otra vez, lo zarandeaban a golpes y patadas, le arrimaban la pica eléctrica y le exigían las cinco mil monedas.

De pronto, Elías Ulpiano cayó en un trance misericordioso. Se sintió espectador del suceso, como si al mismo tiempo fuera protagonista y testigo de una representación teatral, donde se sublimaba una violencia indolora como signo falaz de la condición humana. Escuchaba muy lejos los vituperios de los hombres de negro y llegó al punto en que quedó insensible a la tortura, desconectado de la realidad.

Expertos en el procedimiento, los torturadores abandonaron el calabozo, dejándolo solo para que el reblandecimiento mental tuviera efecto.

Una eternidad después, tendido bocabajo en el suelo, escuchó pasos que llegaron hasta su rostro y aspiró fragancias talabarteras que conocía desde niño. Abrió los ojos y vio frente a su nariz unos elegantes botines color vino, recién boleados. “Grasa neutra del Oso”, dictaminó Elías Ulpiano. Los zapatos sostenían a un hombre muy bien trajeado, con corbata, que se puso en cuclillas para desanudarle las ataduras de los tobillos.

Luego, con mucha delicadeza, lo ayudó a levantarse, le quitó las esposas, se despojó de su saco y lo colocó sobre los helados hombros de Elías Ulpiano.

—Soy fiscal especial —dijo—; por favor, disculpe a los señores agentes, ellos solo están cumpliendo con su deber.

—No me quieren creer —gimoteó Elías Ulpiano.

El fiscal tronó los dedos en el aire y los agentes de negro acudieron con rapidez, en actitud servil. Descoyuntado por la flagelación y el pánico, Elías Ulpiano parecía no tener control de sus movimientos.

—Vístanlo —ordenó el fiscal, y los tres torquemadas secaron el cuerpo del detenido con toallas nuevas, recién confiscadas en el puente internacional, ayudándolo a vestirse.

Elías Ulpiano fue escoltado a una habitación contigua, más presentable, donde había un escritorio, un viejo archivero gris de cuatro gavetas, un sofá grande y dos sillones acolchados. Lo colocaron de espaldas a uno de ellos y se desplomó sobre este como un fardo. Hasta ahí le llevó el fiscal un humeante café en un vasito térmico con el logotipo de McDonald's. Lo tomó entre sus dos manos temblorosas, sintió el calor agradable y empezó a darle sorbos entrecortados. No sabía qué hacer ni qué decir. Normalmente era un hombre batallador, lenguaraz y voluntarioso, pero ahora se sentía apocado y débil. El control de las circunstancias le era inaccesible y ni siquiera se atrevió a dar las gracias por temor a que eso pudiera desatar otra embestida.

—Cometió usted un grave delito federal —dijo el fiscal.

Elías Ulpiano levantó la vista, atento y temeroso a la vez.

—La moneda nacional no puede ser motivo de alteraciones, y menos de cara al extranjero.

—Yo no sabía eso, señor —dijo Elías Ulpiano.

—La ignorancia no es eximente jurídico; su problema es muy serio —dijo el fiscal.

—Fue solo una idea, un experimento —dijo Elías Ulpiano.

Una vez más, el fiscal tronó los dedos. Le gustaba el sonido y el efecto del chasquido. Un esbirro le entregó una carpeta con una sola hoja de papel. El fiscal la sacudió en el aire como bandera inquisitorial.

—Aquí tenemos su historia —dijo—, con más datos de los que usted mismo conoce.

—Soy un comerciante demasiado pequeño.

—Lo sé. Usted fracasó en Querétaro y también en Guanajuato. Es muy duro que ahora ande tan mal en la Ciudad de México y que tenga tan abandonadas a sus seis hijas. Puede pasarles algo. Uno nunca sabe.

El tono de voz era aterciopelado, pero la intimidación, mayúscula. Elías Ulpiano titubeó.

—No ando mal, señor fiscal; no le hago mal a nadie —dijo, vacilante.

—Eso dicen todos —dijo el fiscal en tono paternalista—. Pero estoy dispuesto a dejarlo ir sin levantamiento de acta si me promete no volver a incurrir en el mismo error.

—Se lo prometo, señor fiscal; por mis padres, que en paz descansen, se lo prometo —dijo Elías Ulpiano en el paroxismo de la deshonra.

—Lo único que tiene que hacer es entregar las cinco mil monedas y asunto arreglado.

Elías Ulpiano sintió que otra vez le caía encima el Hotel Regis y se desmoronó, derramando el café. Luego sintió palmadas leves y se vio obligado a asumir la realidad. Un agente le limpiaba el pecho con una de esas toallas, y el fiscal le servía más

café en el mismo vasito con los arcos amarillos de McDonald's.
Implorante, Elías Ulpiano dijo:

—Señor, si existieran las cinco mil monedas, las hubiera entregado desde el primer momento, señor; créame, por favor, señor.

—Usted dijo que las traía.

—Mentiras de vendedor, señor, se lo juro —dijo Elías Ulpiano.

—Muchachos, yo creo que necesita otra afinada —dijo el fiscal.

Gruesas gotas de sudor brotaron del rostro moreno de Elías Ulpiano. Un rictus de angustia desfiguraba sus facciones.

—Señor, todo lo que tengo son once millones en el banco —gimió.

El fiscal tronó los dedos de nuevo. Un buitre dócil le alargó a Elías Ulpiano la chequera recogida en el hotel y una pluma. Sin indicación de por medio, con movimientos nerviosos, Elías Ulpiano expidió un cheque al portador por los once millones.

—El cohecho también es un delito —dijo el fiscal.

Elías Ulpiano sentía unas imperativas ganas de defecar y acabó de hundirse en la abyección.

—Es para los muchachos, señor, si usted no tiene inconveniente, señor.

—En este trabajo los sueldos son bajos, pero son decentes —dijo el fiscal—; nuestra obligación es servir a la sociedad.

—Es una cantidad muy modesta —suplicó Elías Ulpiano, con el cheque en la mano, la mano temblando y el cheque oscilando en el aire—, sin ánimo de ofender.

El fiscal hizo un gesto benevolente y, con lentitud, asintió cinco veces con la cabeza. Pellizcó el cheque, lo desprendió de los dedos entumecidos de Elías Ulpiano, lo dobló en dos con

mucha parsimonia, como si tuviera sueño atrasado. Se lo guardó en la bolsa interior del saco y dijo:

—Está bien, señor Ulpiano, pero queda claro que es una aportación absolutamente voluntaria.

—Por supuesto, señor.

—...Y para evitarnos posteriores contratiempos con mis agentes, aquí no ha pasado nada, ¿cierto?

—Cierto, señor, muchas gracias; de veras, muchas gracias.

El fiscal se levantó del escritorio, lo rodeó con pasos morosos, aproximó su rostro a un palmo del de Elías Ulpiano y, con la vista fija en sus compungidos ojos verde gris, le dijo:

—¿Conoce usted a algún comerciante de la calle Hidalgo?

Elías Ulpiano, que sentía haber librado ya la encrucijada, contuvo la respiración, temeroso de dar una respuesta indebida. El fiscal levantó las cejas sin retirar el rostro ni despegar la mirada.

—Perdone, señor —optó por decir Elías Ulpiano, con la voz más apagada de su historia—, ¿qué debo contestar?

—Mis muchachos me dijeron que usted no lo conoce; usted me dirá si ellos mienten —dijo el fiscal, con cinismo.

—No, señor, ellos no mienten —se apresuró a decir Elías Ulpiano—; no conozco a ningún comerciante.

Acostumbrado a la administración del miedo, el fiscal asumió una actitud condescendiente. Enderezó el cuerpo y miró uno a uno a sus subalternos. El negocio había sido pequeño, pero las faenas de la barbarie enardecían su vanidad. Elías Ulpiano, como todos, era absolutamente suyo.

Lo vio de reojo, metió la barbilla, levantó las espesas cejas y, con voz íntima, dijo:

—Qué bueno. ¿Piensa usted conocer a alguien de la calle Hidalgo en el futuro?

—No, señor; tenga la seguridad de que no. ¡Nunca jamás!

—¿Alguna queja que quiera presentar hoy, mañana o después?

—No, señor; de ninguna manera, señor.

—Entonces, ¿todo entendido, señor Ulpiano?

—Claramente entendido, señor —dijo Elías Ulpiano.

—¡Podéis levantaros, la misa ha terminado! —dijo el fiscal, soltando una risotada que secundaron sus corifeos, mientras abandonaba la habitación sin despedirse, sin volver la vista hacia Elías Ulpiano, con petulantes pasos de torero, que de una sola estocada acabó con el burel, dejándolo a sus espaldas, agónico y con la sangrante lengua de fuera.

Desmadejado y sumiso, Elías Ulpiano participó en la bufonería con una mueca disfrazada de sonrisa, aunque por dentro renegaba contra el malhadado denunciante andrajoso de la calle Hidalgo y contra su suerte maldita hasta el extremo.

Luego le pegaron un esparadrapo negro sobre los ojos, lo sacaron del lugar, lo subieron en una furgoneta de potente clima artificial y lo dejaron parado en una banqueta solitaria.

Mientras cumplía con la orden final de no hacer nada durante diez minutos, Elías Ulpiano permaneció veinte, disfrutando una fresca brisa con olores marítimos revueltos con la pestilencia del café impregnado en su ropa. Después, con el alma en un hilo, lentamente se despegó el tafetán, arrancándose pelos de las cejas y algunas pestañas. Abrió primero un ojo, verificó que a su alrededor no había nadie y hasta entonces abrió el otro, porque, como decía don Secundino Gracia, “el miedo no anda en burro”.

Estaba en Brownsville y era otra vez de madrugada. Se revisó las bolsas y encontró su cartera con dos billetes de cien dólares, su pasaporte, su agenda de teléfonos, una foto de Marvelia

Jácome, otra de Cuquito, las tarjetas de presentación que rezaban “Elías Ulpiano, gerente general” y su chequera despojada. La pesadilla había durado veinticuatro horas, pero la humillación denigrante habría de acosarlo para el resto de la vida.

Elías Ulpiano permaneció un día más en Matamoros, sin comunicarse con nadie, remendando su amor propio y readaptándose a la normalidad bajo el deliberado propósito de imaginar que todo aquel delirio había sido ocasionado por el inclemente sol. Pero ninguna insolación fronteriza hubiera podido calcinar sus exiguos ahorros como había sucedido. Le dolían los intestinos y tenía moretones en todo el cuerpo. Le dolía la pérdida del dinero tan difícil de ahorrar. Le dolía tener que acudir a la entrevista con Misael Olalde con las manos vacías. Le dolía, después de lo sucedido, no tener a nadie a quien recurrir. Le dolía la impotencia insalvable, pero, más que nada, le dolía la honra.

Cuando al fin pudo verse a los ojos en el espejo, se rasuró la barba crecida y regresó al Distrito Federal. Eligió el autobús que tenía mayor número de escalas, por un lado, para que le saliera más barato y, por el otro, para retardar todo lo posible el sofoco de confiarle a Marvelia Jácome y a Telémaco Sifuentes los pormenores de la vejación.

Cariacontecido, compareció primero ante ella y, para fortalecer su vulnerada estima, intercaló en su relato algunos detalles viriles y heroicos que paliaran algo su desdoro.

—Cuando se convencieron de que no podían doblegarme, usé la inteligencia y los compré a los infelices —dijo.

Y Marvelia Jácome, entre el amor, la ternura y el desencanto, tuvo a bien aceptarle las mentiras piadosas, lo consoló con dulcedumbre y le contó, en tono nervioso, la aparición de la ancianita de mal agüero.

Elías Ulpiano escondió en lo más profundo las imágenes ingratas y su amargo resquemor contra la nefasta impunidad oficial. Por largas temporadas logró olvidar que un día aciago había caído en las garras de un sistema que, por sistema, subyuga al pueblo. Cuando lo atenazaban los recuerdos, procuraba pensar que aquello le había sucedido a otra persona y no a él. “Estoy bendito de Dios”, insistía para sí, y se concentraba, se concentraba y se refugiaba todo entero en el amor incondicional de la mujer que nunca soñó podría ser posible.

Con harta frecuencia, Marvelia Jácome se maravillaba de la condescendencia de Elías Ulpiano. Su hombre sabía evitar las fricciones de pareja mucho antes de que fueran siquiera el boceto de un barrunto. Era una tolerancia que magnificaba todos sus minutos, haciéndola sentirse amada, mimada y protegida. Le parecía el vivo retrato de una paz gozosa, a duras penas alcanzable en los amores ideales, y estaba orgullosa de haber encontrado uno para ella en el laberinto de la vida.

Ambos manifestaban su necesidad de amarse nada más porque sí, con la libertad de los cuatro vientos, sin la firma de los papeles civiles y religiosos que suelen hacer y deshacer los romances legalizados, a menudo convertidos en trampas implacables, como mordazas de hierro incrustadas en los tobillos.

Rendida ante el milagro que había anhelado desde pequeña, Marvelia Jácome colocó al Príncipe Azul de sus sueños en el pedestal más alto. “Eres una chulada de viejo”, le decía muy en serio, en una síntesis de lo que sentía: una pasión de cielo y nubes, muy por encima de los inciertos elementos de la realidad. Disfrutó así su idilio, aderezándolo con empalagosas frases dulzarronas: “Pinche Elías, me fascinas, me gustas físicamente, me matas, te amaré para siempre, no me dejes nunca”, y todos los consabidos arrumacos considerados verdaderos y

únicos por la ingenua y bendita pléyade de los amantes de todos los tiempos.

Instalado en la luna, Elías Ulpiano pasaba los días como si fuera un fantasma atravesando paredes. “Nadie podría nunca rivalizar con ella en las entregas del amor”, pensaba, y se dejó querer, apapachar, llevar por la marea, extraviado en los vaivenes del engolosinamiento. Sentía que, a diferencia de Myriam Fog y de Cristina Godoy, incluso de sus hijas y hasta de su propia madre, Marvelia Jácome tenía la facultad de extraerle todo lo bueno, además de darle una arrasadora felicidad. Acomodó entonces lo mejor que pudo sus remordimientos adúlteros, sus mortificaciones de padre de seis hijas y su encarnizada lucha por la supervivencia, y se convirtió en un ser humano más apacible, atemperado y gentil. Vivió en medio de las carencias, pero vivió. Y los dos bebieron un voluptuoso cóctel de enajenaciones que les hizo quererse más que mucho, mucho más que bastante, bastante más que para siempre, sin un solo esguince en aquella cuerda listonada que se extendía majestuosamente sobre su tiempo permitido: una breve eternidad, una perpetuación precedera.

El tiempo se vino encima. Desbocada, la crisis nacional fustigó sin tregua a la mayoría de los mexicanos. Las finanzas doblemente comprometidas de Elías Ulpiano se agravaron al comprimirse el mercado de los artículos superfluos, y la mordedura angustiosa de los ingresos precarios aumentó su ferocidad día tras día.

Pero la relación siguió transcurriendo sin un solo conflicto entre los dos amantes, que manejaban los obstáculos económicos con sus propios recursos. Marvelia Jácome le entregó a la vida y al tiempo su paciencia, y dejó pendientes

para un futuro impreciso sus anhelos de un hogar, un esposo y una familia propia.

Elías Ulpiano, por su parte, pospuso indefinidamente la desintegración legal de la familia que había abandonado en Querétaro. El triángulo quedó instalado en el más comodino de todos los aplazamientos, aquel que se establece al margen de las decisiones valientes, y Elías Ulpiano se sumergió hasta el fondo en los largos recorridos carreteros, en la persecución de compradores remisos y en el espejismo de la felicidad por evasión.

Por esos tiempos tuvo lugar el eclipse del siglo, que fue para Marvelia Jácome un inconmensurable acontecimiento. Astrólogos eruditos y cosmógrafos empíricos, lumbreras interplanetarias, místicos del enigmático Oriente, estudiosos teólogos europeos, filósofos de disciplinado cacumen e ígnaros improvisados, así como una cantidad astronómica de escudriñadores de estrellas, y por supuesto el infaltable escuadrón mundial de los periodistas, formaron parte de una humanidad profundamente alborotada por el suceso. Pero, de alguna manera, en el inventario universal quedó constancia de que el eclipse fue más importante para ella que para todos los demás.

Meses antes de la fecha señalada por el calendario espacial, Marvelia Jácome tomó por asalto el Observatorio Astronómico de la Ciudad de México. Se hizo amiga de los sabios mexicanos que dedican su vida a observar por los poderosos telescopios, y en la Biblioteca Nacional recabó datos profusos relacionados con el trayecto de los astros, la cronología de los eclipses y el mapa de la república.

Después de varias semanas de minuciosas investigaciones, estableció contacto con una médium especializada en sombras siderales y consultó el horóscopo, hasta concluir que el mejor sitio para la observación del eclipse se encontraba en

Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, concretamente —y con mayor precisión— en el cerro Mactumactzá.

Unos periodistas de la revista *México Desconocido* la entrevistaron por azar y publicaron su descubrimiento. La noticia corrió como reguero de pólvora y todos los medios informativos la reprodujeron, alimentando de novedades a un ávido público mundial que no hablaba de otra cosa que no fuese la peligrosidad de quedarse ciego, el inevitable malogro de los embarazos o la sensación cierta de participar en un evento que, hace dos mil años, debió coincidir con la resurrección bíblica de Jesucristo.

Ella ni se dio cuenta de la escandalera ocasionada por su teoría. Las últimas semanas previas al eclipse estuvo presa de un fragor de preparativos para estar presente en el lugar exacto, y planificó su viaje con rigor militar, diseñando una elaborada estrategia a prueba de errores. Cuatro días antes del fenómeno buscó una combi panel de último modelo para evitar fallas mecánicas y la alquiló. La sobrecargó con toda suerte de bastimentos, anteojos negros y plásticos ahumados, y con su dulce don de mando convocó a sus seres queridos a la gran expedición.

Se inscribieron en el viaje de Marvelia Jácome sus papás, su sobrina Alejandrina, su hermana la doctora, una perrita negra que solía parir camadas y, por último, junto con su marido y críos, una hermana menudita de nariz encarnada, radicada en Tepeji del Río.

Contagiados por el regocijo, llenaron el vehículo hasta los topes y emprendieron la peregrinación con tiempo suficiente para que nadie les disputara la privilegiada ubicación elegida por Marvelia Jácome.

Elías Ulpiano, que no quiso ir, nunca acabaría de arrepentirse de su inapetencia astrológica. Pero nada pudo afectar la exacerbada animación de Marvelia Jácome, que, junto con sus

expedicionarios consanguíneos, llegó al cerro Mactumactzá, en las afueras de la capital chiapaneca, solo para encontrarse con que la propaganda había atraído al lugar a miles de curiosos e incluso a una convención de matachines que querían bailarle al dios de los eclipses para que los viera y bendijera sus huarachazos pulvíferos.

Los embotellamientos contaminantes de la Ciudad de México, los congestionamientos insufribles de Los Ángeles y las desordenadas aglomeraciones de Hong Kong y Calcuta palidieron de envidia ante la muchedumbre mexicana. Fue una memorable concentración de alborotados la que se apoderó del pacífico lugar, y más memorable resultó el desastre ecológico regional que sobrevino, tanto por la carga de los caminadores como por los surcos de llantas que dañaban las raíces de los árboles al paso de vehículos de todo peso y tamaño.

Perjuicios a más largo plazo, sin embargo, fueron ocasionados por las toneladas de desechos alimenticios, envolturas de polietileno, cascos de botellas, paquetes y vasos de plástico, servilletas manchadas de grasa y, desde luego, el increíble aforo de los orines y las defecaciones descomunales del conglomerado.

El cansancio del viaje carretero, la larga desvelada, la complicada búsqueda de un espacio donde acampar y la golosinería incontrolable hicieron su efecto apaciguador, y la cita centenaria entre el Sol, la Luna y el planeta Tierra pasó a segundo término. Los integrantes del pelotón de Marvelia Jácome, exhaustos, se fueron quedando, uno a uno, dormidos como piedras y, a la hora de la hora, no pudieron ver nada.

Fue un descalabro organizativo que no hizo ninguna mella en los inagotables entusiasmos reincidentes de Marvelia Jácome. Tiempo después, encontró otro motivo, lo adoptó como parte fundamental de su corazón y alborotó a su intré-

pidan *troupe* para asistir, por lo menos, a un juego estelar de la Copa Mundial de Fútbol, cuya sede había sido otorgada por segunda ocasión al presidente de México, con tono de orgullo nacionalista, para demostrarle al mundo que el terremoto nos había hecho lo que dicen que el aire le hizo al Benemérito de las Américas.

El televisivo evento se celebró a elevado costo para los contribuyentes, pero fue, por una parte, honroso y promocional para nuestros intereses turísticos y, por la otra, conveniente para la nunca anticuada estrategia de darle al pueblo circo para que se olvide de la falta de pan. Marvelia Jácome programó varios partidos para verlos en casa, por televisión, pero sus iniciativas estridentes no podían pasar por alto la experiencia de fundirse en el estadio más grande del mundo con más de cien mil espectadores contagiados por la fiebre del balompié.

Invicta en su capacidad de seguimiento, Marvelia Jácome rastreó las reventas hasta conseguir los disputadísimos boletos del encuentro de Alemania contra Inglaterra, el más clásico de todos. “No me vuelve a pasar lo del eclipse”, dijo, y a las ocho de la mañana del día fijado ya estaba sentada en las gradas con su disciplinada tribu, anticipándose al partido, que se iniciaba a las cuatro de la tarde.

Cuando la banda tocó los himnos nacionales de los alemanes y de los británicos, el grupo ya había consumido la totalidad de las abundantes viandas acarreadas de casa para economizar dinero, por lo que durante las horas restantes tuvieron que sacrificar el gasto de toda la semana siguiente.

Una vez más, Elías Ulpiano se había escabullido del compromiso, y también sufriría dolor crónico por su abulia deportiva, convencido después de que, de haber asistido a ambos eventos, habría tenido la inapreciable oportunidad de

registrar en su corazón, para siempre, dos testimonios más de la adorable alegría de vivir de Marvelia Jácome, que no pudo ver una sola jugada del sensacional encuentro porque se la pasó poniéndose en pie, levantando los brazos y arengando a su clan para que se sincronizara con las espectaculares olas coca-coleras que le daban vueltas y vueltas al gigantesco Estadio Azteca. Los demás instantes los dedicó a desgañitarse gritando a coro las tres sílabas de su amor a la patria: ¡Mé-xi-co! ¡Mé-xi-co! ¡Mé-xi-co!, y las tres del desahogo general contra el presidente: ¡...lero, ...lero, ...lero!

CAPÍTULO 10

Dieciocho meses después del terremoto, en el décimo piso de un esbelto edificio recién inaugurado por el secretario de Hacienda, Misael Olalde flotaba en el sopor de una hipnosis hipnótica. La lucecilla rectangular palpitaba sobre el fondo azul de la pantalla. Se encendía y apagaba en silencio, de forma intermitente.

Como siempre, el cursor lo invitaba a dialogar con la computadora, y se dispuso a revisar las letras y los guarismos que encerraban las claves de su rapacidad.

A los cuarenta y siete años se conservaba más que bien. Su largo cabello rubio lucía ahora un corte juvenil hecho por estilistas de la Zona Rosa. Su rostro estaba marcado por las huellas de las espinillas de la adolescencia y había aprendido a sonreír poco, para darle mayor seriedad a su rango y mantener a raya su dentadura prominente.

Colocó sobre el suave teclado las dos manos, que lucían idénticos anillos de diamantes, y marcó los comandos. Seguía maravillándose de que la liturgia informativa estuviera siempre disponible ahí, en fascinantes programas y en diminutos microchips, comprimida en un cerebro superior que memorizaba el intrincado secreto de la multiplicación de las monedas.

“COTIZA32”. Pulsó la tecla Enter.

De inmediato aparecieron en la pantalla las fórmulas del instante, los datos precisos, las manipulaciones subrepticias del mercado accionario.

Igual que muchos otros operadores de bolsa, Misael Olalde se complacía en revestir de solemnidades mágicas su religión pagana de pesos y centavos. Así, la gratitud de los clientes —sobre todo aquellos a quienes el secretario de Hacienda calificaría después de bisonños— crecía por encima de los rendimientos financieros. Asumían actitudes sumisas y obsequiosas, se inclinaban reverentes cuando lo saludaban, le insinuaban participaciones, le musitaban lealtades eternas, traían ofrendas y le confiaban cuitas y pormenores de su vida privada, en actos de contrición que evidenciaban el propósito de aproximarse a él más que otros, en vías de ser acogidos en el reino de la productividad financiera. Luego se convertían en misioneros entusiastas del mercado bursátil y atraían cándidos inversionistas contaminados de codicia.

El timbre musical de su teléfono directo importunó su concentración. Sin despegar la mirada de la computadora, levantó el auricular. Una voz pedregosa y puntiaguda le perforó el tímpano, removió sus ideas y transformó la piel en un puercoespín enardecido. Era Telémaco Sifuentes, su vociferador compañero de andanzas escolares.

—¡Quiúbole, chaparrito! ¿Cómo vamos hoy? —le espetó a bocajarro.

Misael Olalde estiró el brazo por completo y alejó el auricular de su maltratada oreja derecha. Lo sacudió en el aire, como para desprenderle los tonos ríspidos de la voz intrusa, y disimuló la molestia trasladándola a las yemas de los dedos, que picotearon sobre las teclas.

“TELEMACO”. Pulsó la tecla Enter.

Mientras la respuesta aparecía en el monitor, soportó otros siete resuellos asmáticos.

—Hoy te tengo arriba con un ocho por ciento —le dijo.

—¡A toda madre! —rugió Telémaco Sifuentes, mientras Misael Olalde lo escuchaba sosteniendo el auricular a medio metro de distancia.

—¿Qué podemos comprar?

“Ofertas3”. Enter.

El menú de las opciones inició su desfile de letras saltarinas. Los renglones elevaron su vuelo horizontal, uno tras otro, disolviéndose en el cielo falso de la pantalla hipnótica y entregaron la esperanza prometida.

—Hay una fábrica de bicicletas en Saltillo —dijo Misael Olalde—. Las acciones están muy abajo, pero tengo datos confidenciales de que pronto estarán rasguñando las estrellas.

—¡Compro! —bramó Telémaco Sifuentes—. Aviéntate fuerte, hasta donde alcance mi fondo.

La transacción fue ponderada por Misael Olalde y capturada en las profundidades informáticas del cerebro artificial, mientras Telémaco Sifuentes buscaba la manera de seguir abogando por Elías Ulpiano. En tres ocasiones distintas había insistido en el asunto sin obtener una respuesta concreta de Misael Olalde. Con el propósito de lograr persuasión íntima, bajó el tono de la voz lo más que pudo y dijo:

—Oye, te encargo mucho a Elías.

—¿Por qué me triangula contigo?

—Ayúdalo, chaparrito —dijo Telémaco Sifuentes—; lo necesita, anda muy amolado.

—¿Por qué no me lo dice él?

—Te lo va a decir personalmente.

La enorme oficina diseñada al capricho de Misael Olalde era rectangular, larga como una pista de aterrizaje. Tenía un gran ventanal panorámico de vidrio que dejaba ver el cielo grisáceo y el sol torrencial. Se extendía desde aquí hasta allá, de pared a pared, y en su centro destacaba el fino escritorio de ébano, verdadera obra de arte, que daba la espalda al Paseo de la Reforma.

—No vayas a humillarlo.

—¿Y por qué no?

—Puedes darte ese lujo —dijo Telémaco Sifuentes—.

Eres un triunfador.

Misael Olalde apretó los labios e hizo un gesto afirmativo. Esbozó una sonrisa deferente y se irguió. El éxito creciente lo había conducido a reinventarse en una reingeniería de su personalidad. Misael Olalde permanecía fiel a un estricto régimen nutricional y a exigentes ejercicios de gimnasio. Sus asesores le habían recomendado un nuevo *look*, imprescindible en los altos ambientes políticos y económicos a los que había llegado gracias al doblegamiento de sus escrúpulos.

Sus fantasmas interiores estaban intactos, y también su inclinación por usar chaquetas sencillas y pantalones de mezclilla, pero para todo acto oficial y encuentros ejecutivos lucía finos ternos italianos cruzados y confeccionados a la medida por los mejores sastres. Todos sus trajes tenían rayas verticales, que buscaban disimular la baja estatura.

Como quiera que fuera, Misael Olalde no había necesitado aparentar mayor estatura para triunfar en la vida. Sabía que así lo confirmaban sus ídolos de baja estatura: Napoleón, el conquistador inmortal; Adolf Hitler, el tirano infame; Charles Chaplin, padre universal de los comediantes; Simón Bolívar, ilustre general de mil laberintos literarios, y también, por

supuesto y más que nada, el circunspecto Primer Mandatario en funciones.

Muy pronto, estaba seguro, lo confirmaría también la baja estatura de su buen amigo el señor Tapado, cuya inminente asunción a la llamada “democracia dictatorial” nacional demostraría una vez más a México y al mundo la exacta dimensión de la grandeza del presidencialismo absolutista.

Por esos días un fatídico 7 cabalgaba sobre la deteriorada década de los años ochenta. Año y medio después del exótico, la “renovación moral de la sociedad” no era más que un relato asiático. Los tiburones medraban a placer. Escándalos vergonzosos hundían aún más nuestra moneda y los capitales sin patria se mantenían a prudente distancia de México, ocultos en el extranjero. Globo por definición, el pueblo se solazaba en los exorcismos del nuevo sol sexenal.

—El de Agricultura va a dar la sorpresa —decían algunos clientes de la Casa de Bolsa, salpicando sus entrevistas de negocios con supuestas luces políticas.

—El mexiquense es el bueno; no hay otro —afirmaban.

—Lo sé de buena fuente: el Tapado despacha frente al Zócalo —murmuraban, misteriosos, mirando a diestra y siniestra, aunque en el privado de Misael Olalde no había nadie más.

—La flecha indica hacia Bucareli —musitaban otros vaticinadores, según ellos, infalibles.

Misael Olalde se apoltronaba, guardándose su pronóstico marcado, sabedor de que la discreción solo funciona cuando es unigénita. “Compartir secretos con una persona equivale a compartirlos con doscientas”, decía a menudo don Secundino Gracia.

El acaudalado queretano se sentía muy bien cuando conversaba con Pablo Serafín Olalde, su hermano mayor, que

también practicaba los turbios mecanismos de la especulación financiera. “Pero se quedó rezagado, por cobarde, por parecerse tanto a mi padre”, pensó Misael Olalde, envanecido porque su Casa de Bolsa ya era la más grande de México.

A todas horas y en todas partes, sus clientes lo acosaban como si fuera un ídolo de cine, en busca de los consejos que él sabía impartir en su pretendido sacerdocio de finanzas divinas. Le ayudaba el hecho de que nadie quería quedarse fuera de los rendimientos del *boom* nacional, pues la oportunidad se antojaba estupenda. Los mexicanos querían protegerse de alguna manera contra la inflación y las devaluaciones, y lo hicieron en tropel, marchando hacia el precipicio tras los embaucadores que tocaban la flauta, bajo la psicosis de que en el festín de las utilidades desbordadas había lugar para todos.

—¿Lo vas a ayudar? —preguntó Telémaco Sifuentes con una voz aberrante, capaz de disolver cualquier cavilación.

—Espera un momento —dijo Misael Olalde, deseoso de evadir la estrepitosa retórica de su amigo y regocijado como un chiquillo por el suspenso, por los titubeos y los pujidos en los que lo tenía entrampado.

Sostuvo el auricular sobre el pecho, se impulsó con las piernas e hizo girar su impresionante sillón ejecutivo de cuero negro, como lo hacía cada vez que necesitaba acariciar sus ideas como un gato, y quedó frente al ventanal panorámico. Observó allá abajo el raudo tráfico de la gran avenida, esmogizadas arboledas laterales, los enanitos de circo cruzando al trote los carriles y, más allá, la efusión constante de la Fuente de los Hongos, la de López Portillo, ordeñándole surtidores de agua al propio cielo, que después sería borrada del mapa para reubicar ahí la escultura voluptuosa de la itinerante Diana Cazadora.

Involuntariamente, como siempre que Elías Ulpiano invadía su memoria, sacó la lengua y se frotó las encías por dentro de la boca. Recordó el ahogo, las rodillas convertidas en resortes trémulos, el pesado globo negro lleno de jugo de carne que tenía sobre el ojo izquierdo y la sensación de membranas rotas. Se le inundó la boca de saliva al recordar el sabor salobre de la sangre que se le había atascado en la garganta. Volvió a sentir, localizado en los pulmones, un infantil sobresalto de impotencia ante la fuerza, la estatura y la destreza de Elías Ulpiano. Se vio bajando los brazos en humilde señal de rendición. Y recordó otra vez aquel puñetazo injusto e inesperado, venido de quién sabe dónde, que lo había lanzado al suelo con los labios reventados.

Recordó la voz ronca de Telémaco Sifuentes diciéndole: “Ven, chaparrito”, levantándolo del suelo con un abrazo de oso y protegiéndolo de más golpes. Ahora, solo a él le permitía llamarlo “chaparrito”. Era chaparrito, sí, pero había trabajado mucho para que nadie pudiera tener el atrevimiento de minimizar su persona.

Al otro lado de la línea telefónica, Telémaco Sifuentes no sabía qué hacer con la reticencia de Misael Olalde. Había controlado sus nervios para soportar el prolongado silencio de su amigo, pero estaba en ascuas, así que dramatizó su voz y, en tono suplicante, le dijo:

—Por favor, ayuda a Elías Ulpiano... ¡Por los viejos tiempos!

Hasta donde le era posible, Telémaco Sifuentes hacía acopio de su más respetuosa prudencia, pues el prolongado mutismo de su amigo lo apabullaba. Calculó que había metido la pata hasta la cintura. Lo sofocó la idea de que, después de

todo, Misael Olalde tenía motivos más que suficientes para no ayudar a Elías Ulpiano, y sopesó la pesada carga del silencio.

Pegó los dientes separados al auricular y, con su mejor voz baja, optó por decir: “Ya olvídate de aquello”, rescatándolo nuevamente de los remolinos de la memoria. Sin responder, Misael Olalde se impulsó otra vez con las puntas de los pies. El sillón alto giró sobre su herraje hasta quedar frente al espacioso escritorio, que lucía resplandeciente, sin que nada obstruyera su cubierta, porque era para deslumbrar, no para trabajar con papeles ni objetos que pudieran rayar el barniz intacto. Los teléfonos, la computadora y otros bártulos ocupaban una amplia credenza lateral. Arriba estaba, únicamente, una sobria carpeta de piel oscura con incrustaciones simétricas de oro.

—Elías Ulpiano está muy fregado; tú puedes ayudarlo.

Con las yemas del pulgar y el índice, Misael Olalde levantó la tapa de la carpeta, la columpió en el aire cuatro veces, la dejó caer disfrutando el sordo sonido de cuero contra cuero, esbozó una sonrisa torcida y dijo:

—¿Dices que trae once millones?

—Ya ni eso —dijo Telémaco Sifuentes, y le contó el secreto que le había confiado Elías Ulpiano.

—Pero échale la mano, pues.

—No te preocupes, hombre; viene dentro de quince minutos.

Al saberlo, Telémaco Sifuentes pegó un grito de júbilo y reanudó, como si nada, el tema de sus rendimientos financieros. Cuando acabó de saturar la red telefónica del Distrito Federal con sus fútiles instrucciones, Misael Olalde recuperó su brazo extendido y colgó el teléfono privado con un suspiro de resignación. Lo levantó de nuevo, lo dejó de lado sobre el escritorio ostentoso y escuchó con alivio el buz buz de la línea ocupada.

Telémaco Sifuentes tenía la particularidad de dejarlo exhausto con unas cuantas frases.

Pensó que sus dos amigos ignoraban, como todos, que solo eran unos pobres diablos. Los millones que traían a depositar eran minucias insignificantes, pero él sabía que eran granos de arena en la colosal playa de los ahorradores ingenuos. Había que tratarlos bien, darles a probar el estupefaciente de los rendimientos. Ya estaba próximo el momento del gran apretón financiero de la Bolsa.

Los ojos de águila de Misael Olalde brillaron ante la perspectiva del golpe mayor. Se sentía bien con su condición de depredador de capitales.

Al ponerse en pie, el magno trono que tenía por sillón produjo un leve rechinado. Se inclinó, picó el interfono y, adelantando su agresivo mentón, dijo:

—Señorita Bermúdez, es la tercera y última vez que se lo digo: mande usted arreglar mi sillón.

La secretaria principal de la Casa de Bolsa encogió las abultadas hombreras de su entallado uniforme color melocotón. Respondió con un “Sí, señor” profesional y no tuvo ningún problema en desviar la atención de su jefe.

—Ya son las diez de la mañana, señor.

Misael Olalde consultó su reloj Cartier, cuyo resplandor de brillantes desafiaba su muñeca, y dijo:

—Proceda con las llamadas políticas.

El destape presidencial era inminente. Todo indicaba que la campaña del candidato oficial requeriría más dinero que nunca en la historia de México.

Una discreta orden de alto nivel había convertido a Misael Olalde en el responsable de recaudar los fondos necesarios para la campaña presidencial, y estaba encantado de ser el elegido

para tan importante encomienda. Estaba seguro de que lo habían designado por sus méritos de financiero estelar y de que también en ese desempeño triunfaría.

Su estrategia de vender acciones de productividad prefabricada a miembros prominentes de la familia oficial le había dado muy buenos resultados. Muchos de ellos cuidaban la figura y no tenían necesidad de arriesgarse tanto con los negocios sucios de sus dependencias. Ahí estaba Misael Olalde, siempre listo para repartir dividendos disfrazados de legalidad.

En cuanto a sus compañeros dueños de casas bursátiles, preferían canalizar sus aportaciones por conducto de un miembro de la cofradía, de manera que los donativos mayores provenían de las Casas de Bolsa. Los ejecutivos respondían con largueza a los requerimientos del Partido y, como siempre, una anuencia sin decreto les permitía jugar a las finanzas nacionales con cartas marcadas.

—Su hermano en la línea cinco —le informó la señorita Bermúdez.

Misael Olalde volvió la vista al auricular huérfano de Telémaco Sifuentes, que había dejado descolgado sobre la credenza, y lo recolocó en su sitio.

—¿Cómo va la cosecha? —le preguntó su hermano.

—Bien, ya voy sobre cien mil millones —dijo Misael Olalde.

Pablo Serafín Olalde, financiero prominente entre los prominentes y distinguido presidente de la Confederación Empresarial Mexicana, estaba preocupado.

—¿Te está ayudando alguien?

—No —dijo Misael Olalde—. El Partido quiere absoluta discreción. Toda la responsabilidad es mía.

—Es una meta excesiva —dijo el mayor de sus hermanos.

—Según la carga son las tarifas —dijo Misael Olalde, esbozando una sonrisa sardónica.

—La recaudación es demasiado ambiciosa; ochocientos mil millones son muchos millones —dijo Pablo Serafín.

Era, en verdad, una encomienda de las grandes, verdaderamente estelar, que exaltaba las egolatrías de Misael Olalde y lo hacía sentirse que su imagen personal rebasaba todas las estaturas.

—No te preocupes, hermano, hay mucho apoyo de mero arriba —dijo—. Todos saben que las aportaciones son reedituales. La reciprocidad es tácita. Nos están compensando por anticipado y, como dice Raúl Velasco, aún hay más.

—Pero ¿qué tal si fracasas?

—El italiano nos respalda —dijo Misael Olalde en tono confidencial.

—Yo no confío en las promesas de Hacienda.

—Sin embargo, desde el sismo para acá esto funciona de maravilla, no puedes negarlo.

—Comoquiera que lo pongas, tu compromiso es demasiado grande. El auge de la Bolsa es inducido, ya lo sabes.

—Desde antes del terremoto ya se estaba cocinando la candidatura más difícil de vender —dijo Misael Olalde—. ¿Qué mejor motivo quieres?

A raíz del temblor, la desconfianza popular era abrumadora. Los capitales abandonaron el país y se refugiaron en el dólar. Todos los controles establecidos se habían derrumbado. La inesperada presión sobre el peso había puesto en grave predicamento las políticas presidenciales, y la devaluación más brusca y brutal de la historia había tomado por sorpresa las expectativas oficiales. El país entero se cimbró con el impacto, lo que puso en riesgo la sucesión predilecta del primer mandatario.

A esas alturas, la acumulación de reservas era una variante económica que el gobierno podía esgrimir como un triunfo. Las demás estaban peor que en el ceñudo sexenio anterior, con aquel frívolo presidente cautivo de los demonios de otoño que, en sus tiempos, dejó embarazada a una bella artista de farándula y cine. Todos se preguntaron cómo un hombre de indudable formación cultural, que a los quince años decía entender al inentendible Hegel, pudo enredarse con una heroína de películas de cabaret. Así eran algunos amores pudientes durante la crisis, y la elusiva respuesta nunca fue encontrada, ni siquiera entre los renglones de una posterior autobiografía publicada en dos tomos ostentosos. Ese periodo terrible para los mexicanos habría de incrustarse en la historia, para siempre, con la consabida imagen del perro que lloriquea sobre una insultante colina versallesca.

Pero los pensamientos de Misael Olalde estaban fijos en las inmensurables perspectivas de su apasionante actualidad, porque los hados políticos eran propicios para todo presupuesto y toda programación. Hasta ese momento, las señales internas revelaban que el único futuro de los vicios oficiales era la permanencia. El siguiente sería un año de elecciones y, como siempre, la necesidad de fortalecer el sistema se había colocado por encima del bienestar del pueblo, mediante una estrategia que afectaría, más para mal que para bien, a más de setenta millones de mexicanos y, aunque nadie lo creyera, al rumbo mismo de la historia nacional.

La Bolsa de Valores fue artificialmente estimulada para crecer mediante la inyección de buena parte de la masa dineraria creada por la monetización de las reservas en dólares, y el daño grave quedó configurado. La población cayó en la psicosis de comprar más dólares. Los comerciantes reetiquetaron de forma desorbitada sus mercancías. Todos los presupuestos

públicos y privados fueron arrastrados por la escalada de precios, y los apocalípticos jinetes de la inflación comenzaron a galopar sobre las vidas y los negocios. “Sobre todo el mundo —pensaba Misael Olalde—, menos sobre mí”.

Cuatro llamadas telefónicas después, Misael Olalde había recaudado dos mil millones de pesos más para el fondo político. Cuando vio de nuevo su muñeca enjoyada, ya era hora de enfrentar el pasado con Elías Ulpiano. Oprimió el botón del intercomunicador y dijo:

—Señorita Bermúdez, por favor, café para dos y tenga listos unos pastelillos.

La ostentosa mesa de sesiones estaba al fondo del enorme privado, acompañada de butacas de cuero negro con asientos y respaldos fijados con estoperoles dorados. Caminó hacia ella y sus zapatos Bally de doble tacón se hundieron en la mullida alfombra verde.

Había trece lugares, porque él había leído que ese era el número ideal para la conducción de las agrupaciones humanas. Trece, igual que Cristo y sus doce apóstoles. Igual que Fidel Velázquez y sus lobitos. Igual que él y sus doce miembros del Consejo Directivo.

Le fascinaba presidir las reuniones ejecutivas, que controlaba con la mayoría accionaria y con el voto de calidad que él mismo ejercía como lucimiento personal, porque, en realidad, la sumisión de los consejeros era total.

En un extremo estaba su silla presidencial, más grande que las demás, y sobre la mesa de ébano —madera más pesada y dura que el propio acero— reposaba el ejemplar del día de *The Wall Street Journal*, doblado en cuatro, tal como se entregan las suscripciones. Regularmente no tenía tiempo de leerlo; cuando lo intentaba, su deficiente inglés solo le

permitía hojearlo de manera superficial. Pero el mejor diario financiero del mundo debía estar ahí como testimonio de sus pretendidos conocimientos sobre la economía internacional. Su colocación simétrica sobre una bandeja rectangular dorada era responsabilidad directa de la señorita Bermúdez. Todos los grandes inversionistas que él admiraba tenían siempre a la mano un ejemplar visible, aunque, por cierto, nunca los había visto leyéndolo. Cuestión de estatus. Y si alguien cuidaba el estatus, ese era él.

Por algo había adquirido ya, por miles de millones de pesos, el mejor rascacielos de espejos negros de todo el Paseo de la Reforma, para ostentar imagen, poderío y solvencia. Por eso mismo disponía de un superyate de alto calado que le había costado un millón de dólares. Misael Olalde lo eligió en Miami y no aceptó la entrega hasta que lo pintaron por completo de color blanco metálico.

La fabulosa embarcación disponía de amplia sala, equipo estereofónico, televisión vía satélite, horno de microondas, baños con agua caliente, aire acondicionado, vidrios polarizados y mullidos lechos circulares. La seguridad era también desmesurada, pues contaba con controles computarizados, radar y sonar, piloto automático y toda suerte de sofisticados instrumentos de navegación, entre ellos algunos mecanismos destinados a convertir la pesca deportiva en un juego infantil que pudiera hacer sentir bien al más torpe de sus invitados.

El yate, de la marca Bertram, tenía impresionantes 46,6 pies de eslora, y Misael Olalde lo bautizó con el nombre de El Capitán, en memoria de su padre. La embarcación tenía como anclaje propio el muelle particular de su residencia, y de ahí hacía viajes especiales a alta mar cada vez que era conveniente agasajar a algún miembro de la clase dominante.

Por esos días, dieciocho meses después del temblor, Misael Olalde ya había destinado diez mil millones de pesos para construir una arrogante mansión erigida sobre una isla artificial de Puerto Vallarta, en una zona de privilegio dentro del privilegio, donde el hermoso mar del dorado Pacífico mexicano era un esplendente escenario adicional. Vista por su fachada principal, la casa daba toda la apariencia de ser una fortaleza. “Es el más lujoso de todos los *chalets* marinos —alardeaba Misael Olalde—, a prueba de ladrones e inmune a la chusma”.

Para su alcázar eligió el fraccionamiento Nuevo Vallarta al sur de Nayarit, donde había nacido su padre, en uno de los parajes más espectaculares del planeta.

—Quiero que mi casa sea la mejor de todas —le dijo a un arquitecto que, a pesar de ser sordo, era dilecto entre los magnates.

—Estaríamos hablando de mucho dinero —le dijo el contratista.

—Cueste lo que cueste —ordenó tajante Misael Olalde, y los constructores, por supuesto, no interpusieron la más mínima objeción, poseedores de suficiente profesionalismo como para saber que “cueste lo que cueste” era un presupuesto inflable hasta el infinito.

El vestíbulo de la casa lo hicieron redondo y lo cubrieron con un domo románico de nueve metros de diámetro. Daba acceso a dos alas principales: una ocupada por salas de estar, comedores, cocina, cuarto refrigerador, salón de juegos, despensa, baños de estilo versallesco, cava de vinos de todas las edades, una enorme biblioteca y un salón especial que le permitiría a Misael Olalde presumir de haber incluido en su construcción más de doscientos kilos de acondicionamiento acústico de calidad operática. En el centro, presidía el derroche

arquitectónico un majestuoso piano de cola. La otra sección estaba destinada a dos pisos de recámaras suntuosas.

Era inexorable: los invitados entraban a otro mundo de fantasía y comodidades del que, de una u otra forma, pasaban a formar parte del séquito de Misael Olalde. Si eran políticos, quedaban identificados con el gran magnate. Si manejaban negocios, se convertían en clientes debidamente captados.

Las influencias políticas facilitaron los caprichos de diseño impuestos por Misael Olalde. El proyecto arquitectónico levantó vuelo con adaptaciones y ampliaciones de toda índole, convirtiéndose en una residencia ostentosa y desmesurada, que violó con desfachatez e impunidad los estilos reglamentarios decretados por el gobierno estatal.

Los financieros y los funcionarios, acompañados de sus amantes y, en algunas ocasiones, de sus esposas, se sentían halagados durante sus estancias en la casa central, que ocupaba un cuadrángulo de sesenta por cuarenta metros. Cinco enormes troncos de un metro de diámetro adornaban la fachada. Eran de guapinol, árbol caracterizado por la dureza de su madera, de tala prohibidísima, excepto para los que viajaban en el carro de la corrupción. Los cinco atlantes de la naturaleza fueron transportados desde Oaxaca en varios tráileres, protegidos de la intemperie con peculiares sustancias químicas.

Pronto, los vallartenses empezaron a identificar la residencia como la casa de los troncos, porque también colocaron alrededor maderos más pequeños para sostener el techo cubierto de tejas rojas.

Los cielos rasos se cubrieron con maderas de tronquillos y tejamanil, traídas de Veracruz. La casa principal incluía una imponente alberca de forma irregular, de doscientos cincuenta metros cuadrados, con diversas profundidades, un rebosadero

y cinco niveles distintos. La piscina, recubierta con azulejos venecianos de dudosa importación, estaba iluminada por treinta y un reflectores.

En verdad, los invitados no querían abandonar el lugar, al comprobar que, en México, a costa de las mayorías, los sueños de la opulencia se vuelven reales, aunque los del pueblo se conviertan siempre en pesadillas.

Menos aún querían irse las parejas convenidas, pues sus retozos lascivos y sus travesuras sexuales en las recámaras de cuarenta metros cuadrados se escenificaban entre lujos principescos, como los *jacuzzis* instalados en los balcones con vista abierta hacia la marina y la bahía.

Durante esos desenfundados años, miles de mexicanos perdieron sus casas y sus ahorros en el turbulento juego de la Bolsa de Valores, mientras los valores de las bolsas privilegiadas se acrecentaban de manera vergonzosa. Por añadidura, los dueños de las casas bursátiles se sentían ufanos de su propio juego con las vidas y los dineros de los demás, pues, por razones obvias, estaban seguros de que sus latrocinios quedarían sin castigo. Y así fue.

Por esas fechas, Misael Olalde diversificó sus mecanismos de relaciones públicas al comprar su bellísima casa blanca, como de azúcar, en Las Hadas, y su *penthouse* panorámico en Cancún. Pero su mayor satisfacción fue la hacienda colonial que al fin pudo adquirir en Jurica, para que todos los queretanos de ayer y de hoy supieran quién era el hijo de su padre, aunque estaba consciente de que, si su progenitor viviera, habría desaprobado con aspavientos los métodos financieros de sus descendientes.

Todavía de pie junto a la mesa imperial, Misael Olalde se vio reflejado en el gigantesco espejo que cubría toda la pared interior de su alargada oficina. El cristal absorbía la imagen

opuesta al ventanal de la avenida Reforma, duplicando hasta el infinito el dilatado espacio.

En la decoración destacaba una especie de altar incrustado en una pared lateral, construido con piedras de cantera queretana provenientes de los meros yacimientos de La Cañada, hoy conocida como Villa del Marqués del Águila. Ocultos tras un dintel superior, tres reflectores bañaban de luz esmeralda la escultura en bronce de un gorila de mirada bondadosa, que sostenía cruzadas sobre el pecho dos vetustas carrilleras originales de la Revolución mexicana. En cada mano, el simio sujetaba botellas de vino. Abundantes plantas de ornato, de intenso verdor, saturaban el santuario en exceso, en una idealización obsesiva de la cantina de primates donde, según él, había comenzado la vida.

Como todos los días, el fermento del amor por su padre le turbó el alma, y una vez más le caló hondo que su inolvidable capitán don Serafín Olalde —padre de más de cuatro, estúpidamente honesto, sembrado en tierra desde hacía tanto tiempo— no pudiera verlo sentado en la cúspide del mundo, firmando documentos de vida o muerte financiera.

Un día, cuando tenía ocho años, cuarenta y seis antes del temblor, Misael Olalde estaba aplicado a la tarea de inventar su firma. Todos sus proyectos le salían parecidos a la letra Palmer de su padre, de modo que, con fiebre asesina, llenaba y llenaba papeles con trazos horizontales, ascendentes, en pirámide, con todas las letras de su nombre, adornando iniciales, entrelazando mayúsculas y complicando las vocales de tal manera que ni Walt Disney hubiera podido imitar sus rasgos. Había deshojado un cuaderno completo y ya iba por el segundo cuando su padre descubrió la batahola. Se acercó y le dijo:

—¿Cuál va a ser tu firma?

—Esta —respondió Misael Olalde—. Ya la tengo dominada.

—Qué bonita está, pónmela aquí.

El niño empuñó la pluma, la mojó en un frasquito de tinta olorosa a mezclas minerales y adoptó su mejor pose en la mesita de estudio. Con la cabeza ladeada y mordiéndose el labio inferior, estampó la mejor de sus rúbricas.

El domingo siguiente, a la hora temprana en que su papá repartía dinero entre la algarabía de vástagos, le entregó un sobre cerrado. Misael Olalde lo abrió emocionado y encontró un entristecedor recado, con su firma, que decía: “Renuncio a mi dinero por dos domingos seguidos”.

—Te sale barata esta lección —le dijo su padre—. Nunca firmes un papel en blanco.

Durante dos semanas, Misael Olalde vivió un melodrama infantil presidido por la privación de los caramelos y los helados de fresa, pero la enseñanza, como muchas otras que le fueron impartidas con sentido de oportunidad, la aprendió en carne viva. Jamás en la vida volvió a firmar un papel en blanco, y menos ahora, cuando aquel rasgo influido por la caligrafía paterna valía miles de millones de pesos y cuando, obsesivamente, mantenía la vista fija en los cien años de su stirpe familiar.

Misael Olalde estaba seguro de que viviría lo suficiente para pisar el dintel del año 2000, así como su padre había pisado la remota frontera del año de gracia de 1900.

CAPÍTULO 11

Misael Olalde tomó tres pañuelitos desechables de la cajita de plata de Taxco que había en la credenza y se limpió la piel del rostro. Se anudó bien la corbata de seda italiana, recorrió con la punta de la lengua su apiñada dentadura y se sentó a esperar a Elías Ulpiano, que, si aún era puntual, debería llegar en veinticinco minutos.

Tenía muchos años de no verlo, pero le había seguido los pasos. Las infidencias de Telémaco Sifuentes le habían relatado al dedillo las peripecias y los altibajos de Elías Ulpiano. Sabía de los pormenores del fracaso zapatero, del distanciamiento conflictivo con Cristina Godoy, de la estrechez económica y hasta de la profesión y medidas anatómicas de Marvelia Jácome.

Muchas veces, Misael Olalde había imaginado toda suerte de diabólicas venganzas para cobrar lo que él consideraba una miserable traición de Elías Ulpiano, pero el enriquecimiento desmesurado había disuelto todos los corajes. Lo que ahora estaba en juego empuñecía las ofensas antiguas. Además, en verdad le fascinaba la idea de que Elías Ulpiano viera por sí mismo quién de los dos había conquistado al mundo.

Abajo, en la amplia acera del Paseo de la Reforma, frente a la Casa de Bolsa de Misael Olalde, ajeno a los bocinazos y los acelerones del intenso tráfico, estaba Elías Ulpiano. Todos los poros de su cuerpo y todas las neuronas de su cerebro le decían que no debía, que no podía enfrentar al hombre que tanto había ofendido, pero sabía que, desde hacía meses, carecía de opciones para la sobrevivencia.

—Nada más escúchalo —le había dicho un día antes Marvelia Jácome, que le había sugerido la idea de pedirle a Misael Olalde el financiamiento de una agenda diseñada por ella.

El lujoso *lobby* de amplios espacios lo hizo sentirse mal y, al oprimir el botón del ascensor que lo llevaría al último piso, sintió que, en realidad, había presionado algo ominoso en el centro de sus emociones. Respiró hondo para serenarse y fue recibido con una sonrisa profesional de la señorita Bermúdez, quien de inmediato le abrió la elegante puerta del principesco despacho. Ahí vio a Misael Olalde en pie, esperándolo con los brazos abiertos y el denterío desplegado. Al abrazarlo, Elías Ulpiano se sorprendió de sentirlo tan bajito: el crecimiento financiero no había modificado la estatura.

—¡Bienvenido, Elías! —dijo Misael Olalde.

—Desde hace treinta años te debo una disculpa —dijo Elías Ulpiano—. Si las ofensas tienen intereses moratorios, creo que no hay manera de completar el pago.

—No es necesario —dijo Misael Olalde.

—Para mí sí —dijo Elías Ulpiano.

—Cosas de juventud. Olvídalo.

—Fue una mala traición y un pleito inconsecuente. Perdóname.

—No te hagas eso. Olvídalo.

—No he podido olvidarlo un solo día.

—Pues que este sea el último —dijo Misael Olalde, y con la mano extendida hacia arriba lo invitó a sentarse en un sofá de piel negra que también lucía estoperoles dorados.

Diligente, la señorita Bermúdez sirvió café en bandeja de plata y galleticas humeantes, olorosas a vainilla danesa. Ante las respuestas monosilábicas de Elías Ulpiano, el peso de la conversación fue llevado por Misael Olalde hacia temas ligeros, mientras Elías apenas soportaba su aturdimiento y Misael se mantenía ecuánime, sin presumir su posición de triunfador, porque, de alguna manera, el visible empequeñecimiento de Elías no le había producido los regocijos internos imaginados durante tantos años.

Misael Olalde sopesó el repentino regreso de sentimientos nobles y, finalmente, dijo con una calidez que, en realidad, siempre había estado ahí:

—¿En qué puedo servirte?

Elías Ulpiano se sintió aún más avergonzado. Ahora, a la acumulación de sus derrotas, tenía que sumar la inesperada nobleza afectuosa de Misael Olalde. Estaba conturbado, con el habla entorpecida y la articulación de sus pensamientos trabada, de manera que no pudo concretar la petición de auxilio.

—¿Podrías recibir a mi socia? —dijo—. Se trata de un proyecto comercial.

Misael Olalde aceptó de buen modo y facilitó el repliegue de Elías Ulpiano, diluyendo la charla en algunas remembranzas gratas de la época queretana, hasta que el encuentro culminó en una despedida tersa y cordial.

Marvelia Jácome esperaba el resultado de la entrevista en el restaurante Vips más cercano, lista para escuchar hasta el último detalle de lo acontecido.

—¡Muy bien, mi cielo, te salió muy bien!

—Fue lo más que pude hacer.

—No te preocupes. Es muy buen principio —dijo Marvelia Jácome.

Y unos días después era introducida a la oficina imperial de Misael Olalde.

—Marvelia Jácome. Para servirle.

Lucía radiante a los treinta y tres años de edad. Sus ojos dorados, como todos los estoperoles de los muebles negros, iluminaban la estancia más que las vidrieras panorámicas que daban a La Reforma.

Misael Olalde se dirigió a una elegante cortina lateral, descorrió los pliegues acordeonados e introdujo a Marvelia Jácome en una sala de juntas ejecutivas. Luego, con caballerosidad inafectada, le sirvió una taza de café y escuchó con interés la explicación de una agenda de piel, compacta y elegante, unisex, con toda suerte de valores agregados para controlar los compromisos del trabajo y de la vida.

—Buena idea —dijo Misael Olalde, flechado por Cupido.

No obstante su perspicacia, ella no advirtió nada anormal. Era una mujer que tenía dueño. No transitaba por el mundo con señales de disponibilidad; era ajena al mercado de los flirteos. De común acuerdo con Elías Ulpiano, buscaba nuevos caminos para transitarlos juntos y hacer frente a la crisis. Contenta con la entrevista, se congratuló consigo misma por haber llevado su traje sastre de falda y saco, de color bugambilia, con blusa blanca y un moño grande del mismo tono. El conjunto le sentaba bien, sin menoscabo de la seriedad ejecutiva, y se sintió satisfecha de haber conseguido prestado un fino portafolio de piel, que se veía más bello de lo que era al colgar de su hombro.

Como siempre, ella había contenido sus sonrisas para ocultar las manchitas de sus encías. Misael Olalde, por su par-

te, había limitado la extensión de las suyas para no revelar las cordilleras disparejas de su doble dentadura. Su primer muestreo de antifaces había sido un empate.

Cuando Misael Olalde salió de su madriguera y, con gran afabilidad, acompañó a Marvelia Jácome hasta el ascensor, las secretarias más bonitas vieron con disimulado disgusto el ceremonial. La señorita Bermúdez también lo observó todo, con esa inevitable capacidad instintiva que las mujeres tienen para presagiar desplazamientos. “Pronto le dirá que le gustaría tener un hijo con ella, como nos ha dicho a todas”, pensó, mirando a Marvelia Jácome de reojo, de arriba abajo, como a una intrusa indeseable.

Antes de una semana se produjo la segunda audiencia, con la agenda graficada en distintos ángulos y utilizaciones.

—Estoy ansioso por ver el diseño —dijo Misael Olalde, solícito.

El corazón de Marvelia Jácome daba respingos irregulares. Abrió el portafolio que tenía sobre las rodillas y extrajo los proyectos de la Agenda MJ, ideada en tiernas desveladas compartidas con Elías Ulpiano. Con frases cortas le explicó las facilidades y conveniencias para el usuario. No mencionó, desde luego, que ella y su amante disponían de la creatividad, pero que recientes adversidades les habían vedado los recursos necesarios para comercializar el producto. Le entregó un oficio en el que se ofrecía a Misael Olalde una participación del veinte por ciento, eximiéndolo de toda aportación en efectivo. Se trataba, dijo Marvelia Jácome, de aprovechar las estructuras y el financiamiento que él tenía en su poder. Firmaba la proposición Elías Ulpiano.

Misael Olalde reprimió los músculos que tensaban la mordacidad de su sonrisa, así que la revistió de tolerancia. Si se

lo proponía, fácilmente se quedaría con el sesenta por ciento de las acciones. O más. O con todo. Pero sus planes eran muy otros, y condescendió a entrevistarse con Elías Ulpiano como pretexto para programar más encuentros de acechante intención. Solo él lo sabría por algún tiempo: iba tras Marvelia Jácome.

Misael Olalde solía levantarse a las seis de la mañana y se iba al gimnasio. Durante una hora justa martirizaba sus músculos con pesas y aeróbicos para mantenerse en forma.

Desayunaba siempre en el mismo restaurante de aspecto parisino, enclavado en la Zona Rosa, donde los meseros se disputaban la oportunidad de atenderlo, concedores de la casi inverosímil propina mágica que él materializaba con generosidad. Divertido, se turnaba en las mesas para alimentar en todos ellos el afán pavloviano de complacerlo. Dominaba ese sistema sin que casi nadie se diera cuenta de las manipulaciones con las que se beneficiaba de la servidumbre humana. Se portaba bien con todos para que todos se portaran bien con él.

Allá por las nueve de la mañana, iniciaba una jornada por la que se deslizaban horas de ocio que él disfrazaba de trabajo ejecutivo. Permanecía al pendiente de los asuntos, pero todo lo hacían, y lo hacían bien, sus adiestrados colaboradores. Caminaba entre los escritorios, palmeaba a los empleados, tomaba algún expediente, lo observaba como si lo estuviese leyendo y les decía: “Muy bien, muy bien”, para alejarse luego con las manos anudadas en la espalda a repetir la suerte en otros departamentos.

Al paso de los años, los complejos sexuales que Misael Olalde había acumulado estaban bajo recaudo. Cauterizadas con los ungüentos del tiempo, sus laceradas emociones ya no eran estorbos tan grandes como para impedirle vivir la vida que quería vivir. Atrás habían quedado las tribulaciones con sus

tres mujeres estelares, a las cuales había entregado deplorables rendimientos de pretendido amor. Por eso, algunas noches, al libre albedrío de sus apetitos carnales, salía de cacería a los lugares de postín identificados por la atracción de buenas presas y, sin afanarse más allá de lo necesario, mantenía un buen porcentaje de asedios culminados en la recámara de mullida alfombra circundada por cuatro espejos del tamaño de otras tantas paredes, que conferían progresiones placenteras a sus encuentros eróticos.

La tercera audiencia fue en el Hotel Galería Plaza, en la Zona Rosa, cerca de un apartamento de emergencia improvisado que tenía Misael Olalde.

Marvelia Jácome había elegido un lugar neutral para la cita, sabedora del peso moral que ejercían sobre Elías Ulpiano las soberbias oficinas de la Casa de Bolsa.

El planteamiento de Elías Ulpiano fue rápido. Una vez más, Marvelia Jácome se sintió orgullosa de la manera en que su hombre manejaba las situaciones. Discreta, se mantuvo casi en silencio durante el intercambio de opiniones.

—Tendrá que comercializarse como agenda de lujo —observó Misael Olalde.

—Esa es la intención —dijo Elías Ulpiano—. Y tenemos varios meses para aprovechar las ventas de Navidad.

Hablaron de costos y presupuestos y, como no queriendo, Misael Olalde deslizó la pregunta que más le interesaba:

—¿Quién manejará el dinero?

Elías Ulpiano ya traía lista su respuesta.

—Tú, por supuesto —dijo Elías Ulpiano.

No hubo objeciones. Era una buena proposición, con todos sus ángulos controlables. Misael Olalde aprobó el plan. Aceptó su veinte por ciento de acciones y dijo:

—No se hable más. Manos a la obra. Tráiganme los originales. Saldremos a tiempo.

Una charla de acercamientos se prolongó lo suficiente para que la trilogía de socios nuevos consolidara su identificación de negocios en términos formales.

Instantes después del encuentro con el magnate, Marvelia Jácome y Elías Ulpiano, inmersos en el acelerado tráfico de viernes de la Ciudad de México, comentaban las incidencias. Las perspectivas económicas de la nueva asociación trajeron consigo gratas emociones.

Las primeras aportaciones serían inmediatas y pacificarían su enconada lucha. Los ánimos de Marvelia Jácome estaban encendidos, efervescentes y pletóricos como nunca. Habló de que la agenda se vendería en tiendas Sanborns, en El Palacio de Hierro, en Puerto de Liverpool y en los mejores lugares.

—Y en Navidad tendremos dinero de sobra —dijo, conduciendo con presteza el Volkswagen, mientras la mano izquierda de Elías Ulpiano acariciaba su entrepierna, como siempre.

—Misael Olalde no se abrió del todo. Algo debe traer debajo de la manga —dijo Elías Ulpiano.

Marvelia Jácome coincidió en la apreciación y luego ambos mencionaron algo extraño que le habían observado: un tic nervioso inusual para un hombre de tan altos vuelos. Durante el transcurso de la plática, sin interrupción alguna, Misael Olalde se había estado humedeciendo el dedo cordial con movimientos de lengua camaleónica y extendía después la saliva, en círculos, sobre el borde de su vaso. Marvelia Jácome comentó que era muy desagradable.

—¡Repugna! —dijo.

—Lo voy a contratar en Navidad —dijo él, sonriente—, para que humedezca mis estampillas.

Marvelia Jácome sonrió sin excederse. Elías Ulpiano se pasó la mano por la cabeza y, con la agilidad mental de sus mejores tiempos, dijo:

—Ha de ser algún sumergido complejo onanístico.

Los dos hicieron malabarismo con las risas que compartían en complicidad y no le dieron mayor importancia al incidente, mientras su automóvil se sumergía en la procesión de vehículos que se perseguían enloquecidamente, todos detrás de todos, en los ejes viales de la Gran Capital.

CAPÍTULO 12

Un viernes, a las nueve de la noche, veintidós meses después del temblor, los entusiasmos y la curiosidad de Marvelia Jácome fueron alborotados por un telefonazo de Misael Olalde:

—Estoy cerca de tu casa; acaban de entregarme el prototipo de la Agenda MJ. ¿Te gustaría examinarla?

La pregunta traía consigo una respuesta inducida:

—¡Claro que sí, me muero por verla! —detonó ella.

Veinte minutos después, Misael Olalde tocaba el timbre. Había llegado en taxi para asegurarse de que sería invitado a pasar, y así sucedió. Marvelia Jácome lo presentó a sus padres, viva imagen de un matrimonio respetable y feliz; a su hermana mayor, la doctora Clemencia; y a Alejandrina, la niña consentida de todos. Por unos instantes la familia se dedicó a manipular el flamante breviarío. Lo revisaban con benevolencia porque lo consideraban un logro mayor de Marvelia Jácome. Se lo acercaban al rostro para extasiarse con el sugerente aroma a piel tratada y a olores de tinta offset y papel nuevo. Le pasaban la palma de la mano, acariciando su textura, mientras, en un vistazo circunferencial, Misael Olalde tomaba nota de la limpieza, del orden, del alcance de los muebles, de los objetos y de los sentimientos. “Clase media baja”, calificó mentalmente.

Después del embobamiento con la agenda, los Jácome enmendaron la momentánea desatención al huésped. Con la gentileza habitual en sus maneras, los elogios cayeron sobre Misael Olalde como una lluvia de confeti.

—Muchas gracias por lo que ha hecho por nuestra hija —dijo la señora de la casa.

—Ella tiene mucho que aprender de usted —manifestó el caballeroso jefe de la familia.

—Me dan ganas de diseñar un maletín para doctoras —dijo Clemencia Jácome, como señal tentativa para los patrocinios de Misael Olalde.

El buen humor y la cordialidad se tradujeron en los panecillos de yogur, creación de la institutriz de las hijas, y en un ardiente chocolate espumoso que escocía el paladar. Misael Olalde percibió el aura de las buenas familias. “Aprobados”, pensó. Observó un piano de pared, lo suficientemente antiguo como para enorgullecer a sus dueños, y lo aprovechó como tema de motivación:

—¡Es una verdadera joya! —exclamó.

En efecto, los Jácome amaban el vetusto instrumento y lo conservaban en magníficas condiciones.

—Es un Wurlitzer del siglo pasado —dijo el señor Jácome.

—Fue construido en Viena en 1878 —recitó la señora Jácome.

—Tiene cinco generaciones con la familia —alardeó la doctora.

Marvelia Jácome tenía abrazado sobre su pecho aquel diseño convertido en realidad por el poder de Misael Olalde. Un retozo de alegrías agitaba su respiración porque pensaba que Elías Ulpiano debería estar ahí.

—¿Quién lo toca? —preguntó en tono impersonal Misael Olalde.

—Las niñas —dijo la señora Jácome, refiriéndose con inculdicable promocionalidad de madre amantísima a sus dos guapas hijas solteras.

—A ver cuándo tengo el placer de escucharlas —dijo Misael Olalde, y dio un paso firme hacia el destino perseguido, dirigiendo su mirada a Marvelia Jácome. Ella no se dio cuenta. En ese momento estaba convertida en agenda.

Los papás bonachones intercambiaron miradas. Siempre les resultaba tentadora cualquier posibilidad de conseguir un nuevo auditorio para las tonadas sabidas por sus hijas; pero Misael Olalde sería breve.

—...aunque eso será otro día; ahora debo retirarme.

La despedida se prolongó con fórmulas como: "Ya sabe que esta es su casa", "Fue un honor conocerle", "A ver cuándo nos acompaña a cenar para que escuche a las muchachas", y otras diplomacias recomendadas por las ordenanzas de la hospitalidad.

Marvelia Jácome fue la encargada lógica de acompañar a Misael Olalde hasta la puerta. Él aprovechó los últimos segundos:

—Debemos celebrar el nacimiento de la agenda; te invito a bailar salsa mañana.

A Marvelia Jácome se le reveló otro Misael Olalde que ella no conocía. Con los dientes de abajo se mordió el labio superior, en uno de sus característicos gestos pensativos. Le sorprendió que él cambiara el trato de negocios por el de pretendiente cauteloso. No lo quería creer, pero era cierto. La invitación era un claro avance hacia el terreno de la relación personal.

—Mejor cenamos —le dijo ella con amabilidad evasiva—. Tengo algunos asuntos del negocio que quisiera consultarte.

—¡Perfecto! —dijo Misael Olalde, sin poder contener una de sus sonrisas premolares para pasar por alto la sutil negativa.

Avanzó con ensayados pasos volátiles hacia el radiotaxi que los Jácome habían llamado para él. Vio a través del parabrisas la figura menudita de Marvelia Jácome, silueteada en el quicio de la puerta. Ella lo despedía agitando la mano en alto. Era una bella estampa femenina enmarcada en un rectángulo de luz. “Todo salió bien”, pensó, como si fuera un comprador satisfecho de la familia Jácome. “Esta es”, concluyó.

Robustecido con los buenos oficios de su estrategia, esbozó una mueca de triunfo en la penumbra, marcando el arranque de su ofensiva de amor. Se arrellanó en el asiento, paladeando con fruición una gloriosa necesidad de sexo, y le dijo al taxista:

—A la Zona Rosa, por favor.

Esa misma noche Marvelia Jácome informó a Elías Ulpiano sobre el inesperado galanteo de Misael Olalde.

—¡Se me quedó viendo como idiota! —dijo.

Elías Ulpiano estaba habituado a las confidencias. Ese era uno de los pilares que sostenían el subyugado amor de los dos. Con frecuencia, algún lobo quería comerse a Marvelia Jácome. Pocas personas sabían que era la amante de Elías Ulpiano, y eso abría la temporada de caza, pero ella no tenía ojos para nadie más.

—¿Te gusta? —le preguntó, pensando en que Misael Olalde quería cobrarse la vieja afrenta con la misma moneda.

—No. ¡Me da asco! —dijo Marvelia Jácome—. Da la impresión de que anda sucio.

En ese momento, los dos se sentían a salvo de toda contingencia emocional, de modo que se divirtieron con aquella novedad y acordaron que ella acudiría a la cena para desengañar

a Misael Olalde, con el fin de no poner en predicamento la recién iniciada relación de negocios.

—Es muy buen partido —dijo Marvelia Jácome—. Se lo voy a endosar a Patricia Martínez.

El sábado, a las siete de la noche, Misael Olalde llegó conduciendo su propio automóvil a la casa de Marvelia Jácome. Era su siguiente avance. Lo reforzó con una docena de crisantemos que hicieron la función de picaporte, tal como él lo había programado. Así, se encontró de nuevo flotando en la acogedora sala del piano. Esta vez no lo mencionó para nada. La señora Jácome y su hija, licenciada en diseño gráfico, taconearon a cuatro pies para hacer naufragar el ramo en un estanque vertical de agua. La solícita madre dejó caer dos pastillas blancas en el jarrón de cristal cortado.

—Son aspirinas, para preservarlas —dijo sentenciosa, como si nadie en el mundo entero conociera la improbable importancia de aquel medicamento que le evitaba migrañas a las flores hermosas.

De la manga, Misael Olalde extrajo un as de atrevimientos:

—Conseguí dos localidades estupendas para el teatro —dijo.

Eran para la obra musical de moda "Yo y mi chica", con un ágil y simpático primer galán cincuentón, una deliciosa primera dama, varios actores de altas polendas y, bajo el prosenio del Teatro Insurgentes, toda una orquesta sepultada en vida que conducía un director tonsurado.

Marvelia Jácome no se sintió bien con el taimado ardid, pero aceptó la invitación: "Durante la cena pondré las cosas en su lugar", pensó.

Después de dos horas de franco divertimento, las regocijantes situaciones de la comedia inglesa habían disipado las

inquinas de Marvelia Jácome, de acuerdo con los planes de Misael Olalde. Ya en el automóvil, comentaron la suntuosa puesta en escena, el vestuario lujoso, la decoración y la espectacularidad de la obra.

Al llegar al restaurante, el vehículo fue recibido por un ujier alto, de uniforme militaresco. Al entrar, un capitán vestido de luto, con corbata de moño y voz engolada, los condujo a la mesa que ostentaba el atril con la leyenda: Reservada para Marvelia Jácome y Misael Olalde. A un lado, injertada en hielo acribillado, les esperaba una botella de Dom Pérignon. Ella recapacitó que Elías Ulpiano nunca había tenido tal refinamiento.

Misael Olalde dio principio a su mejor histrionismo. Concentró todos sus recursos para un ataque importante. Sondeó los flancos del atractivo enemigo. Transitó por un camino indirecto, sin prisas y con cuidado de evitar los baches; avanzó de la periferia al centro. Marvelia Jácome se mantenía a la expectativa, observando la tersura con la que el nuevo pretendiente manejaba sus aproximaciones.

Marvelia Jácome intentó cerrar el camino y dijo:

—Tengo una amiga muy bella que se llama Patricia Martínez. ¿Te interesaría conocerla?

—Para nada. Solo quiero conocerte a ti —dijo Misael Olalde, mientras manipulaba la botella de champaña.

Un pequeño colibrí salió disparado de entre los dedos de Misael Olalde. El tapón hendió los aires y la explosión hizo que Marvelia Jácome colocara sus manos graciosas sobre la sonrisa adorable de dientes ordenados. Con actitud obsequiosa, Misael Olalde llenó dos copas, le entregó una y, con la suya en alto, se abalanzó sobre la oportunidad.

—¡Brindo por mí, por estar enamorado de la mujer ideal!
—dijo.

Pausadamente, Marvelia Jácome levantó su mano llena de burbujas. Sabía que los rodeos habían llegado a su fin.

—¡...Por Marvelia Jácome! —continuó Misael Olalde, que alargó su mano hasta la mano estática de ella, para tintinear las copas por iniciativa propia.

—¡...mi futura esposa! —remató.

Y volvió a chocar el cristal con actitud dominante, sabedor de que las mujeres se impactan con los hombres seguros de sí mismos. Misael Olalde fijó la mirada en los ojos color de miel de Marvelia Jácome y retiró unos milímetros la mano, esperando que ahora fuera ella quien chocara su copa en un brindis tácito.

No fue así. Marvelia Jácome bajó la mirada y, sin llevar su copa a los labios, la abandonó sobre el mantel blanco y almidonado. Misael Olalde estaba lejos de convencerla de nada.

Para la emergencia, traía lista su primera retirada estratégica y le dijo:

—Perdóname. No quiero ser imprudente.

Una negativa cortés sacudió el fleco luminoso. Marvelia Jácome prefirió permanecer callada. Misael Olalde había logrado desconcertarla. Así lo advirtió él y reanudó el asedio disparando un cartucho tímido:

—Es la verdad —dijo.

Marvelia Jácome se sentía aturdida. No podía afrontar las circunstancias que la hacían turbarse más allá del control personal. Perceptivo al momento, Misael Olalde colocó sobre la mesa un pequeño estuche negro. Lo abrió con delicadeza, deslizándolo apenas hacia Marvelia Jácome, y los diamantes de la sortija de compromiso destellaron en la luz amortiguada del elegante lugar.

Ella no pudo resistir la tentación. De reojo percibió la belleza de la joya, obsesión suprema atribuida socialmente a las mujeres. Luego la tomó en la mano, admirando su prístina belleza, mientras sopesaba el alcance de la declaración. Levantó la vista. Misael Olalde la recibió sin parpadear, moduló su voz una octava más abajo y musitó:

—Como ves, te quiero bien. ¿Quieres casarte conmigo?

Dos lágrimas rodaron mejilla abajo en el rostro ovalado de Marvelia Jácome, resbalando por sus suaves contornos. Un nudo inquieto empezó a dar pasos molestos en sus entrañas, removiéndole inquietudes, instalándole titubeos y sembrándole tentaciones. De golpe, entendió la gravedad de la proposición. En mitad del pecho, un tambor solitario le resonó con marcialidades irregulares, hasta irrumpir en el fragoroso desfile de opciones inesperadas.

La espalda de Misael Olalde estaba tensa. Se recostó en el respaldo de la silla. Bajo la melena rizada, la nuca era una cascada por donde descendían gotas de sudor nervioso. Había ejecutado su plan hasta llegar al desgaste de sus bríos, pero el efecto estaba logrado. Consideró llegado el momento de arriar banderas y replegarse: “Ahora ella tendrá que decir algo”, pensó. Hizo un brindis huérfano en el aire, inclinó ligeramente la cabeza hacia Marvelia Jácome y se refugió en el cosquilleo de su ambarina copa. “A esperar sin presionar”, se recordó a sí mismo, saboreando el triunfo.

El silencio se prolongó: ella con la vista baja; él con la mirada inquieta.

—No necesitas decidir nada ahora —musitó—. Si es necesario, esperaré meses enteros tu respuesta.

Un desamparo infinito gravitó sobre Marvelia Jácome. No estaba preparada para la súbita proposición. Por el contrario,

había pensado en un cortejador de aventuras clandestinas, como todos los hombres. “Como Elías Ulpiano”, pensó de pronto, tratando de confinar el alfiler que se le había clavado en el corazón. Agradeció interiormente que Misael Olalde se replegara, que le diera tiempo para reflexionar.

Lo vio llenar tres veces más su líquido de chispas. Observó la parsimonia de los movimientos masculinos. Sintió que todo el tiempo del mundo estaba a su disposición para distender, como transparentes túnicas de seda, los procedimientos del análisis que tanto había ejercitado con el amor que tenía.

La situación continuaba en suspenso cuando el capitán, de espalda envarada, se apersonó en la mesa, seguido por un mesero de chaquetilla roja y un ayudante de atuendo azul disminuido, que cargaba la vajilla de los entremeses. Ella observó el platillo: traía varias rodajas simétricas de salmón, de intenso color naranja, escoltadas por una guarnición de corazones de palmito en un aderezo al ajillo.

El ceremonial del servicio favoreció las abstracciones de Marvelia Jácome. “Esperé cinco años una propuesta de casamiento y ahora no sé qué hacer con ella”, pensó.

Y, cuando el barullo de meseros se fue con su ruido de platos a otra parte, dijo:

—Estoy muy halagada; te agradezco mucho tu atención.

Sin pronunciar palabras, Misael Olalde inclinó la cabeza en un gesto respetuoso. Una mueca leve en el rostro le ofreció la medida de una sonrisa dulce que mantenía a raya el exceso de dientes.

Marvelia Jácome sintió que las burbujas de champán eran buenas y que Misael Olalde no era atractivo, pero sí interesante, que tenía una posición envidiable y que sus modos

eran agradables, además de ser un hombre con mucho más de lo necesario para ser un buen partido.

Antes de seguir especulando hacia tan provocativo rumbo, intentó recuperarse, respiró profundamente y, de un solo brindis volandero, vulneró las aspiraciones de Misael Olalde.

—A salud de lo imposible —dijo, mientras elevaba su copa.

—Perdóname, no puedo brindar por eso —tartamudeó Misael Olalde, asumiendo su versado rol de víctima propiciatoria.

—Pertenezco a Elías Ulpiano —dijo Marvelia Jácome.

El efecto fue brutal para Misael Olalde. En realidad, su deslumbramiento por Marvelia Jácome y la seguridad del dinero grande le habían hecho pensar que la conquista era automática. Volaba en cielos altos de águilas y, de pronto, se precipitó en una barrena vertical que lo hizo aletear con torpeza, como si fuera un pollo descabezado. Así eran los altibajos de su temperamento. Las alimañas de la autocompasión lo mordisquearon por todas partes, y más tratándose de otro posible triunfo de Elías Ulpiano.

—No te conviene —dijo con la compostura extraviada en los andurriales de la desazón.

Ella permanecía silenciosa.

—¿Por qué un hombre casado? —preguntó Misael Olalde.

—Porque lo amo —dijo Marvelia Jácome.

Misael Olalde alejó de sí el adornado consomé, cuyas volutas de humo desprendían fragancias de pimienta. Se derrumbó dentro de sí mismo. Su mutismo se volvió prolongado, y Marvelia Jácome lo respetó hasta que él logró reagrupar sus ímpetus.

—Es una verdadera lástima —dijo, mientras recomponía su balance—, que rechaces a un hombre que te ofrece todo, a cambio de uno que no te ha dado nada.

—Con Elías Ulpiano soy feliz —dijo Marvelia Jácome.

—No creo que ninguna mujer pueda ser auténticamente feliz en el papel de amante —dijo Misael Olalde—, y sin tener protección, hogar, hijos y un hombre legal que esté a su lado para toda la vida.

Un hálito de agonías estremeció a Marvelia Jácome, al tiempo que sentía por dentro que la desnudaban de repente y en público. Un tropel de confusiones la invadió. Misael Olalde advirtió el desfallecimiento: la vio dejar caer los hombros. Estaba lívida; a adarme del desmayo. Entonces decidió ser despiadado:

—No es justo para ti. Te suplico que me permitas conversar contigo muy en serio durante dos semanas —dijo.

Marvelia Jácome promulgó negativas rotundas que sacudían su pelo bruno. Una marejada de lastimaduras la acosaba.

—Solo dos semanas, sin ningún compromiso, por tu propio bien —dijo Misael Olalde—, y después no volveré a molestarte nunca. Te lo juro.

Por inercia, Marvelia Jácome continuaba su concierto de negativas corporales, pero sentía que se ahogaba. Las palabras de Misael Olalde eran puños que la golpeaban sin pausa ni misericordia. No quería escucharlas, pero llegaban con claridad y fuerza, arrasando. En su interior empezó a cimbrarse el pedestal donde tenía colocado a Elías Ulpiano.

—Dos semanas... —persistía Misael Olalde—. ¡Por todos los años que te quedan, por tus padres, por ti misma! ¡Escúchame, por favor!

Las confusiones se transformaron en congojas. Desde el fondo del alma, viejas humillaciones femeninas provocaron la explosión emocional de Marvelia Jácome.

—¡Sí, sí, sí quiero escucharte! —dijo, sollozante, cubriéndose el rostro con las dos manos.

Y la primera noche se les llenó de silencios desamparados. Por dolimientos nuevos, los de Marvelia Jácome. Por experiencias tozudas, los de Misael Olalde.

La insurrección hábilmente provocada le produjo a Marvelia Jácome una refusilata estrepitosa dentro de sí misma. Una estampida de días se le vino encima, atropellándolo todo. Las banderillas de ácido muriático que le fueron clavadas le quitaron caretas que ni siquiera sabía que eran de su propiedad. Sentía que su rol estelar de amante había sido una hermosa secuencia de autenticidades. Pero, en su condición de mujer segunda, siempre habían centelleado los fosforescentes ojos de un animal enemigo del amor, listo para atacarla con los zarpazos de la decepción.

Llena de dudas, se puso a revisar su vida y su afebrada dependencia hacia Elías Ulpiano, pues las nuevas opciones que ensanchaban sus horizontes no eran nada despreciables.

CAPÍTULO 13

Desde seis años atrás, el cerebro de Elías Ulpiano funcionaba en razón de todo lo que significara Marvelia Jácome. Ahora, de manera inopinada, lo doblegaba una cirugía mayor a pecho abierto, sin anestesia, de modo que le resultó fácil comparar la enormidad de su amputación de amor con las destrucciones del terremoto, por haberlo vivido en carne propia, pero sobre todo porque Marvelia Jácome le había comunicado su rechazo precisamente en el segundo aniversario del cataclismo.

Ese día, Elías Ulpiano fue recibido a su regreso de uno de sus viajes con una opípara cena. Luego, después de servirle una humeante taza de café, Marvelia Jácome se había sentado en el otro extremo estrecho de la cama, con las piernas entrelazadas y los ojos brillando húmedos, y le había dicho, exhalando un suspiro:

—Tengo que decirte algo.

Sin rodeos, con la claridad cultivada por ambos, le había confesado que el día 14 del próximo mes de diciembre se casaría con Misael Olalde.

Elías Ulpiano sufrió una parálisis emocional que lo llevó a abordar el conmocionante tema con serenidad, madurez y

cordura, razonando que era una gran solución para ella y su familia.

Después, estalló en un llanto convulsivo e incontrolable. Marvelia Jácome sintió la mordedura de las angustias y, arrepentida, dijo:

—Perdóname. Olvida lo que dije; fue una aberración. Me quedo contigo. Te amo. No pasa nada.

Pero el martillazo estaba dado. Todas las estructuras internas de Elías Ulpiano, cerebrales y físicas, se derrumbaron en un solo segundo.

Unas horas después, a la medianoche, Marvelia Jácome se fue a su casa profundamente compungida.

Elías Ulpiano apagó la luz y se quedó con la vista fija en la oscuridad, en un estado catatónico que lo atraparía por mucho tiempo.

En su desvarío, imaginó que el edificio más alto había sido el de ellos y que, desde su pequeño cuarto, enormizado por su amor de amores, podía divisarse toda la Ciudad de México. Y que por la minúscula ventanilla solían asomarse hacia allá abajo para ver, como parte de una maqueta, el Hotel de México, el Polyforum Siqueiros, la Torre Latinoamericana, el Ángel de la Independencia, el Palacio de Bellas Artes, el Castillo de Chapultepec y el Zócalo. Desde su región de cielo y nubes, podían observar los *jets* de juguete que, desde todo el mundo, venían a hendir el esmog para aterrizar en el aeropuerto.

Miles de turistas llegaban atraídos por la noticia de que en el Distrito Federal ellos dos habían encontrado el amor más grande de la historia. Observaban los ejes viales pletóricos de diminutos automóviles y azoteas pequeñas grises con sus tendedores de ropa. La ciudad entera les pertenecía y, sin acompañantes —porque nunca los necesitaron—, los dos reinaban con

benevolencia sobre dieciocho millones de súbditos anónimos, sin rostro ni voz.

“Mira, Marvelia, qué rápido se derrumba nuestro reino”.

El corazón crujía. Todo se venía abajo para quedar en ruinas, y los sentimientos quedaban hechos trizas.

“Mira, Marvelia, empieza la demolición”.

El cuarto de sirvientas parecía ser el epicentro del terremoto, presidiendo el desastre.

“Mira, Marvelia, la bola destructora de esa enorme grúa”.

El rascacielos del amor perfecto se desplomaba y todo se revolvía: las varillas de hierro, los besos, las sábanas, las caricias, el cemento, la convivencia sin ecuaciones, las ventanas, los escarceos de excepción, los muebles conocidos, la pasión y la calma, el trabajo y la paz, la comprensión y el agua, la penumbra, el vino tinto, la luz, las mañanas y las tardes y las noches, el abrelatas, el sueño profundo, los bocadillos, las ternuras avasallantes, las tazas de café, la dedicación, la música, el bienestar pleno, el paraguas, los cultos y los ritos, las delicadezas y los derretimientos, la secadora de pelo, las perfumaciones conocidas: todos los componentes de los actos de amor celebrados en el rito de sus idolatrías.

“¡Mira, Marvelia, la bola gigantesca es nuestro planeta dorado!”.

Todo se conmocionaba en el estrépito de un rompimiento de relaciones buenas, mientras empezaban a llegar las brigadas del olvido.

“Mira, Marvelia, ya llegan los camiones, ya empiezan a cargar nuestras cosas para ir a tirarlas quién sabe dónde”.

Entre los escombros iban entremezcladas las dulcedumbres y las ingeniosidades, la confianza, los descaros y los atrevimientos, los excesos, la identidad y la identificación, los ladrillos,

los juramentos, los valores mutuos, intimidades, secretos, vivencias y travesuras, todas las palabras de Marvelia Jácome y todos los sentimientos de Elías Ulpiano. La querida historia se iba en el desplome del derrumbe.

“¡Mira, Marvelia, Marvelianeda, mira, ya se llevaron todos tus siempre y se van a llevar también los míos!”.

CAPÍTULO 14

La revelación de Marvelia Jácome convirtió a Elías Ulpiano en un zombi. No podía ni tragar una cucharada de agua. Se pasó toda la noche sin dormir, echado de espaldas, con los ojos lagrimeantes y la vista vidriosa clavada en el techo, como si estuviera en un ataúd sepultado en vida.

Al salir el sol, ya tenía escrita a mano una carta personal a Misael Olalde, diciéndole que aceptaba ser un hombre derrotado en todo, que no podía ofrecerle nada a Marvelia Jácome, que se hacía a un lado y que le dejaba el camino libre para convencerla, conquistarla y casarse con ella. La misiva terminaba deseándoles a ambos una gran felicidad.

Dos días después, el espejo enorme le devolvió la imagen de un rostro con pronunciadas ojeras beduinas, unos ojos verde gris enrojecidos y una barba absurda.

"Perder a Marvelia Jácome es como perder la vida", pensó, y recordó la receta para un suicidio infalible que un amigo le había dado alguna vez. Al mismo tiempo, en su mente apareció don Secundino Gracia diciéndole: "El suicidio es la decisión de un cobarde ejecutada por un valiente". Entonces midió el largo camino de agonías que tendría que recorrer antes de una muerte natural y consideró preferible irse por la vía rápida.

Así que se duchó y se afeitó, limpió bien sus zapatos, se puso camisa y pantalón limpios. Luego eligió la corbata violeta con motivos áureos que hacían juego con los ojos dorados de Marvelia Jácome y se enfundó su traje azul marino de batalla, pues quería causarle una imborrable impresión póstuma. No tenía ninguna duda de que ella se abrazaría llorando a su cadáver.

Salió al teléfono público de la esquina, llamó al hospital y pidió hablar con la doctora Clemencia Jácome, y le dijo:

—Despídeme de tu hermana; dile que todo ha terminado.

Colgó sin más explicaciones, compró algunas cosas que le faltaban para el coctel de la muerte y se regresó a la guarida que ahora le parecía apenas del tamaño de una fosa recién abierta.

Con movimientos lentos, vertió en el vaso de la licuadora una lata de La Lechera, un plátano para lubricar la ingestión y media taza de chocolate en polvo para disfrazar el sabor amargo. Le dio batimiento prolongado y le agregó veintiocho cápsulas de Tafil que tenía para las taquicardias nocturnas. Luego echó todos los Tylenol y antigripales que le quedaban y medio frasco del tónico de rábano yodado que se había autoprescrito para la purificación de las vías respiratorias.

Mentalmente se despidió de tantas cosas buenas como tenía la vida, escribió un tierno recado expiatorio para Cristina Godoy y sus seis hijas, y apretó con fuerza la última bebida de su arruinada existencia. Emblanqueció los nudillos al sostener el cáliz del adiós y luego, con un movimiento brusco, dio varios tragos apresurados al granuloso brebaje.

La reacción fue inmediata. Un timbre contra robo se le reventó en el gaxnate, una boa constrictora se le enrolló en la nuez de la garganta y le sofocó la campanilla. Más fuerte que el intento de seguir tragando fue la náusea rastrera. La aduana

de sus cuerdas vocales prohibió el paso de contrabandos repugnantes y regresó la mercancía por el mismo camino, con explosiones de escopeta recortada. El maloliente menjurje salpicó el saco, la cama y las paredes. Entre la bruma de su aturdimiento, Elías Ulpiano vio con gran desmayo que su corbata favorita escurría repulsivas gotas gelatinosas.

Aturdido y rabioso, trataba de comprender qué estaba pasando, que todo le salía mal, que todo le salía mal.

Fuertes toquidos retumbaron en el minicuarto para enfurecerlo más, porque no lo dejaban morir a gusto estos hijos de la chingada.

Los golpes en la puerta se unieron a la voz erizada de la doctora Clemencia, gritándole:

—¡Elías, ábreme, por favor, déjame ayudarte!

No quería abrir en tan deplorables condiciones. Fue por la toalla y se dio enérgicos tallones sobre la ropa. Abrió de un jalón la puerta y advirtió que ella respiraba agitada, con los ojos desorbitados, lívida, al ver el aspecto macilento del hombre abatido y enflaquecido que le había abierto.

Quiso abrazarlo, pero la contuvo la hediondez que emanaba de su cuñado postizo. Un sapo saltó en su estómago, pero su profesión médica le permitió reponerse y dijo:

—No perdamos tiempo, vamos al hospital.

Elías Ulpiano le mostró las palmas de sus manos haciendo signos negativos, pues la ardorosa acidez no le permitía respirar ni articular sonidos.

Fue al baño. Agachado sobre el lavabo, se enjuagó la boca, desgarró ruidosamente las flemas y se desnudó para darse un duchazo, mientras la doctora Clemencia Jácome olisqueaba el resto del licuado, revisaba los envases vacíos y, con la toalla,

limpiaba el desastre, con la puerta al corredor abierta para que se fueran los malos olores.

Un regaderazo de agua fría le cayó de perlas a Elías Ulpiano, que se puso ropa interior limpia, se enfundó su vieja bata de felpa a cuadros y salió a la pequeña estancia con chancletas de pata de gallo.

Abrumada por la idea de que la intoxicación pudiera complicarse, la doctora Clemencia observaba a Elías Ulpiano con ojos clínicos.

—Vamos al hospital, yo te llevo —dijo.

Con un hilo de voz lastimada, Elías Ulpiano gruñó que no, gracias.

—Necesitas un lavado de estómago —insistió.

Elías Ulpiano movió la cabeza. Estaba atollado en una situación vergonzante. No era proclive a poses de vanagloria y con la voz enronquecida dijo lo que en realidad sentía:

—¡Es que salí joto para esto del suicidio!

El siguiente silencio venía condenado a una vida efímera. La presión acumulada se rompió y brotaron sonrisas que se convirtieron en risas nerviosas.

Elías Ulpiano se reía de sí mismo. La doctora Clemencia se reía de alivio, y los dos se reían porque así abrían una válvula de escape a las ofuscaciones. Pero el buen humor no tenía buenos cimientos y pronto cedió terreno. Los lagrimales de Elías Ulpiano adquirieron fluidez amazónica y acabó gimoteando a moco tendido, abrazado a la mujer más parecida en el mundo a la que lo había herido de muerte súbita.

Clemencia Jácome hubiera podido pasar como gemela de su hermana, pero nunca quiso acentuar el parecido mediante los arreglos personales. Su cabellera no era abundosa, como la de Marvelia Jácome, pero no tenía una sola cana. Al lado derecho

de su cabeza un círculo de calvicie del tamaño de un centenario era la huella del mayor percance de su vida. El novio que la había seducido la había dejado embarazada y ella, creyente devota, hija buena, enemiga jurada de las mañas y encargada de recoger las limosnas todos los domingos, había sufrido una estrepitosa convulsión emocional.

La abrumaban el temor de Dios, el haber avergonzado a sus padres, el peso grave de enfrentar el confesionario, el cínico abandono del seductor hipócrita y la decisión final de ser madre soltera. El embarazo la había hecho trizas, injertándole un panal de avispas en los nervios, que le había ocasionado aquel pedazo de desierto en la cabeza, lo cual la obligaba a usar champú infantil revuelto con babas de sábila, y a peinarse siempre con un mechón cubriéndole el rodete.

Ahora, Elías Ulpiano lloraba como un niño sobre su hombro. Ella estaba ahí para consolarlo. "Cuídamelo mucho, no lo dejes solo, puede hacer una barbaridad", le había dicho su hermana, y eso había sido suficiente para que ella estuviera ahí, a deshoras de la noche, cumpliendo con la delicada misión de vigilar que la fatalidad no hiciera de las suyas.

Elías Ulpiano sollozaba con suspiros entrecortados. Empezaba a calmarse. Con cariño, la doctora Clemencia frotaba la fuerte espalda.

La respiración de Elías Ulpiano era acompañada. Los dos seguían abrazados, en medio del cuartito.

A ciencia y conveniencia, la vida da lecciones. Clemencia Jácome también sobrellevaba el peso de un pecado. Sobre una cama de hospital, en una noche de poca vigilancia, había entregado su virginidad a un compañero que la había cautivado. La distracción había ocasionado la muerte de un paciente, sin

consecuencias para nadie gracias a la hermandad médica, que oculta los errores y todo lo justifica ante los deudos.

Después había conocido a Elías Ulpiano y había acabado por incorporarlo a sus afectos, porque estaba segura de que la felicidad de su hermana provenía del más verdadero de todos los amores, excluyendo cualquier forma de putería.

"Pero ahora sí se casa por interés, ahora sí lo es", pensó. Y escondió muy adentro el pensamiento, y lo revolvió con otros pensamientos, para que nadie lo encontrara.

El desliz de la doctora Clemencia se llamaba Alejandrina, hija sin padre que era la adoración de todos los Jácome. Sí misma ella se había refugiado en su niña, en el trabajo, en sus padres, en la iglesia y en sí misma y su cuerpo había sido protegido de toda tentación. ¿Por qué estaba recordando aquello? El abrazo continuaba. Pensó que Elías Ulpiano traía el estuche de los lentes en la bata, porque algo insistente le punzaba la pelvis. Para cuando recordó que Elías Ulpiano no usaba anteojos, el abrazo ya era otra cosa. El piso adquirió ondulaciones de mar; la sangre se convirtió en un oleaje persistente que sacudía las sienes; el corazón asumió el ritmo de las copulaciones y un ardor de urgencias estremeció todas las glándulas de la vida. El abrazo seguía, detenido en el tiempo. Ya nada era nada: ni los Diez Mandamientos ni la lealtad ni los convencionalismos ni el respeto ni las virtudes ni la fraternidad. Y el misterioso llamado de los siglos impuso su ley de leyes.

Ajeneizados, voluptuosos, mareados por las paredes vertiginosas que daban vueltas y vueltas sin misericordia, la doctora Clemencia y Elías Ulpiano cayeron sobre la cama, enredados en un amor concupiscente y frenético, agigantado por el temblor de lo terriblemente prohibido.

La marejada los arrojó a la playa semidesnudos, jadeantes, desprendiendo acentuados aromas de esperma y de sudor. Ella no tenía valor para levantar la cabeza. Se cubría los senos con la blusa arrugada y las piernas con una falda que no lograba cubrirla como ella quería. Los ojos de Elías Ulpiano carecían de destino; no encontraban ángulo visual en ninguna parte, y menos en los ojos de su cuñada.

Se puso de pie, se enfundó la bata, tomó una frazada cómplice y, con delicadeza, cubrió con ella a Clemencia Jácome. Se sentó en un extremo de la cama y encendió un cigarrillo. Lo consumió hasta la mitad, y el olor a tabaco mediatizó los olores del amor, animándolo a hablar.

—Perdóname —dijo—, no sé lo que me pasó.

Sí, lo sabía. Inopinadamente, se había excitado con el cuerpo pequeño y cálido de Clemencia Jácome. Pero, claro que no iba a decirlo.

Clemencia Jácome levantó la frente. Con las dos manos se alisó el pelo hacia atrás.

Rechazó un cigarrillo, recuperó su control y dijo:

—Me confundiste con mi hermana.

Quería que él dijera que no, que no se había confundido, que ella había sido poseída por sí misma y por nadie más. Porque era bella, y porque era la más deseable de todas las mujeres. Al mismo tiempo, no quería que Elías Ulpiano lo dijera.

—Por favor, perdóname —dijo Elías Ulpiano, deseando que ella le dijera que no, que no era tal cosa.

—Esta noche no existe —dijo Clemencia Jácome—, nadie debe saber nada.

—Nadie sabrá nada —dijo Elías Ulpiano, levantándose.

—Nunca —dijo ella tajante.

—Nunca —dijo él, agachándose para buscar bajo la cama una botella de brandy. Sirvió el licor en dos vasos de plástico.

Ella aceptó el suyo y se sentó muy juntito a Elías Ulpiano. Bebieron sin hablar. Se entibieron los cuerpos. Un hálito de intimidad los envolvía ahora y bebieron cada quien su brandy y su silencio. Elías Ulpiano acarició sentimientos de pena, de placer y de desquite. Ella pensó en la paradoja: no había un solo vestido de su hermana que ella no hubiera usado alguna vez. Ahora había usado a su hombre. Se sentía satisfecha, sin preocuparse por las posibilidades de un nuevo embarazo, pues estaba en el último día de su ciclo. La resaca del deleite fortaleció la decisión que recién había tomado. En ella, desde ese día en adelante, la abstinencia no tendría futuro. Apretujados sobre la cama, con todos los instintos aquietados, se quedaron placenteramente dormidos. "Es que una vez que despierta, el sexo no conoce respetos", hubiera dicho don Secundino Gracia.

Poco después, otro desagradable incidente le sucedió con Telémaco Sifuentes en una borrachera entabacada, extenuante y desastrosa, que convirtió una visita de solidaridad en experiencia infame y que, además, dejó el pequeño cuartito de Elías Ulpiano oloroso a cantina durante varios días.

Telémaco Sifuentes había llegado con media resaca de alcohol. Su desmoralización era patética. El crac de la bolsa lo había hundido en una profunda depresión emocional. La vergüenza del fracaso supremo le corroía los intestinos, pero más dañinas le resultaban sus propias recriminaciones internas. Le resultaba insufrible haber disfrutado muy poco tiempo los beneficios de la estabilidad económica, y en la melodramática reseña de su derrumbe encontraba un desahogo.

—Estoy despanzurrado, viejo; mi opulencia fue pasajera —dijo.

Se sentía paupérrimo. Conservaba la casa. Había malvendido sus acciones. No sabía qué hacer. Para ir la pasando mientras buscaba empleo le quedaban cinco millones de pesos, que en realidad eran cinco mil.

—Ya nos llevó el demonio, y a nuestra edad, ni quien nos dé trabajo —dijo.

—Lo que te hizo a ti no se puede comparar con lo mío —dijo Elías Ulpiano, en referencia obvia a Misael Olalde—. ¡Qué cara me resultó mi traición!

—Perdóname, hermano; te juro que yo quise ayudarte —dijo Telémaco Sifuentes, agobiado, contrito, avergonzado y ebrio.

Elías Ulpiano había ensayado varias reclamaciones encendidas para él, pero pensó que eran inútiles.

—Después de todo fue mi riesgo y mi maldita suerte —dijo.

Fumaron y bebieron como desesperados, en medio de un coro de lamentaciones por todo lo perdido. Sin poder evitarlo, los ojos de Elías Ulpiano se llenaron de lágrimas y el pecho, de sollozos profundos.

—Olvídate de esa vieja. Las mujeres son desechables, como los Kleenex. Úsalas, gózalas y tíralas a la basura, no seas buey —dijo Telémaco Sifuentes.

—Los hombres también somos desechables; ya me ves —dijo Elías Ulpiano.

—Pero nosotros no nos embarazamos. Además, así está hecho el reino animal —dijo Telémaco Sifuentes—, en casi todas las especies los machos nos servimos con la cuchara grande.

—Las mujeres merecen respeto.

—Todas son iguales —dijo Telémaco Sifuentes—; sobran mujeres que están listas para entregarse a quien les hable bonito o les compre cosas.

Elías Ulpiano pensó que no le había hablado bonito a la doctora Clemencia ni le había comprado nada. El adulterio fraterno había nacido espontáneo, silencioso, como una conjunción de instintos desbordados. Pero recordó que no debía recordar algo que no había sucedido y comenzó a dismantelar la realidad. Con el tiempo, estaría convencido de que su encuentro con ella no había sido más que una travesura de la imaginación.

—Anímate —dijo Telémaco Sifuentes—, vamos a buscar unas viejas.

Elías Ulpiano le soltó la rienda a sus miradas, que trotaron hacia ninguna parte. Exhaló por la nariz volutas duplicadas y confesó en voz baja:

—No puedo. Desde el primer día le fui fiel a Marvelia Jácome.

—No hay hombre fiel —dijo Telémaco Sifuentes.

—Yo fui fiel —insistió Elías Ulpiano.

—¡Mientes!

—No miento.

Más del cincuenta por ciento de la humanidad de Telémaco Sifuentes era peso excesivo. Bien reforzados, los botones de sus camisas le formaban un ciempiés de rombos sobre el vientre, sostenidos por ojales a punto de estallar. Adelantó su sobrepeso, y de dos martillazos, clavó sus ojos en los de Elías Ulpiano.

—La engañaste con tu esposa.

Elías Ulpiano sostuvo la mirada sin ningún apoyo interno. Vencido, se escondió tras el cigarrillo. Llenó el aire de humo

para escudarse detrás de él. Bajó la vista y asintió. Otro ícono de barro se rompía, con la misma rotundez del crucifijo familiar.

Telémaco Sifuentes le dijo entonces que ya Marvelia Jácome era cosa juzgada y lo invitó a participar con él en una orgía que había concertado para el fin de semana con las más alegres, hermosas y apetecibles modelos de Televisa.

—No quiero. Te digo que solo quiero a Marvelia Jácome.

—Pues qué tarugo —dijo Telémaco Sifuentes—, logra más el que agarra malo y bueno que el que agarra puro bueno.

Elías Ulpiano no tenía otro tema de conversación que no fuera Marvelia Jácome, y Telémaco Sifuentes acabó por decir barbaridades tabernarias. Dijo que Marvelia Jácome era una gata relamida que solo se quería a sí misma, una hipócrita desvergonzada, una traicionera falaz, una manipuladora venial, una cazadora codiciosa, y siguió encarrerado en una desagradable retahíla de vociferaciones.

—¡Marvelia Jácome es una adúltera anticipada! —dijo con una voz petulante que se le revolvió con un eructo alcohólico.

Elías Ulpiano protestó con lengua estropajosa, haciendo acopio de toda su vehemencia y de sus capacidades argumentativas, tratando de convencerlo de los valimientos de la mujer que amaba. Lo único que consiguió fue que Telémaco Sifuentes, con la cretina necesidad de los tomadores perdidos, se estancara en una reticencia machacona:

—Esa mujer es una pécora, no es nada más que una pécora, nunca ha sido ni será otra cosa que una pécora, debiera llamarse Marvelia Pécora.

Ofendido, Elías Ulpiano lo corrió para siempre de su casa y de su vida, pero Telémaco Sifuentes estaba fascinado con su cátedra y, antes de irse, se las ingenió para lanzar una

adicional sarta de interjecciones calificativas, producidas según él por amistad.

—Lo que pasa es que eres un masoquista, un blandengue, un títere sin dignidad, un gusano sin carácter, una marioneta de mierda, un hombre deshuevado.

Cuando le cerró la puerta dejándolo fuera, Elías Ulpiano todavía escuchó el mascullante despliegue de otras insultaciones de Telémaco Sifuentes, que ya no quiso oír: nunca volvería a verlo.

CAPÍTULO 15

Catorce días después del Segundo Aniversario del Temblor, Elías Ulpiano volvió a viajar, buscando oxigenación para su sufrimiento. Como le había enseñado don Secundino Gracia, reanudó su relación con los libros.

Por esos días acababa de salir conmovido por la puerta trasera de una novela titulada *Soneto*, escrita por Mauricio. El contenido, que describía un purgatorio de amor, le había llenado el alma de nostalgias antiguas y nuevas. Aquel relato le pareció un tesoro digno de ser conservado en el corazón y en la memoria.

Sin embargo, al quedarse sin lecturas, Elías Ulpiano decidió resurtir su escuálida biblioteca ambulante. Una tarde, al revisar los estantes de una librería de provincia, le llamó la atención una ristra de libros de la Historia del Imperio. No los compró por su grosor excesivo, y su incesante peregrinar lo había hecho diestro en el arte espartano de viajar con el mínimo de peso y espacio.

El principal contenido de su equipaje seguía siendo billeteras de piel y artesanías que eran su sustento. Recordó que, basándose en el espesor, una vez había comprado *La tregua*, un libro delgado y ligerito de Mario Benedetti que había concitado

tanto en él como en Marvelia Jácome un delicioso masoquismo de lágrimas vertidas a dúo.

Encontraron en esa historia de Laura Avellaneda y Martín Santomé tiernas similitudes con su odisea personal de amantes idealizados. La novelita se salvó del sistema trashumante con el que Elías Ulpiano solía aligerar su equipaje, pues tenía la costumbre de arrancar las páginas ya leídas y dejarlas en cualquier sitio. Pero este relato corrió con mejor suerte, porque había decidido compartirlo con Marvelia Jácome en los buenos tiempos de su concubinato.

Emocionado, reconstruyó mentalmente aquel día en que supieron que, en un cine improbable, se exhibía una película filmada en Argentina con el mismo nombre —*La tregua*—, y de inmediato fueron a verla. Era una gastada versión en blanco y negro, una vieja copia de celuloide que había rebotado sin mayor éxito en las pantallas de Latinoamérica. El filme estaba muy apegado al texto del autor, con actuaciones aceptables.

Marvelia Jácome y Elías Ulpiano se mantuvieron extáticos, más tomados de la mano que nunca, estremecidos hasta la exaltación desde la primera escena hasta la temblorosa palabra "FIN".

Al salir del cine, Elías Ulpiano parecía recién apaleado. Caminaba como si sus pies fueran dos zuecos de plomo. Se sentó en el barandal de un macetero de ornato y extendió las piernas. Marvelia Jácome, en uno de los sincronizados movimientos de *ballet* que ambos efectuaban automáticamente, ensambló su cuerpo pequeño y hundió su rostro en el cuello de su hombre, bebiéndole el olor conocido y, con el infinito mimo de sus modos, se acurrucó emocionada. Sin decir una sola palabra, se estrecharon ambos en un tierno abrazo de pulpos de peluche.

Elías Ulpiano recordó que, en ese instante, había visto en el espejo del *lobby* la imagen de la viejecita portentosa que se le había aparecido en el Metro a Marvelia Jácome y que había sentido en su pecho la explosión de un extraño petardo sordomudo. Aquella fugaz premonición tuvo la duración de una astilla de segundos que no dejó huella aparente. Hasta ahora, en sus circunloquios de hombre descartado, venía a identificar esa escena como el simulacro de una despedida, mientras el percutor de sus pensamientos continuaba estallándole como una granada de mano en cada latido del corazón.

Por esos días, Elías Ulpiano recibió otra vapuleada: por casualidad encontró en el suplemento cultural *El Búho* del *Excélsior* un escrito serializado cuya existencia ignoraba. Estaba firmado por Mario Benedetti y le pareció una obvia comprobación de que las treguas son algo más que circunstancias imaginativas. Se trataba de un prelude de agonías finales, un portazo suave sobre la habitación donde se guardan los trastes inservibles, como el amor abortado de Elías Ulpiano. Sus heridas sangraron de inmediato al leer y releer aquel sentimiento convertido por el escritor uruguayo en magistral pieza poética.

Con irremediable candidez, Elías Ulpiano pensaba en Marvelia Jácome como si todavía fuera su otra parte, pues no podía asimilar el hecho de que ella, en verdad, se había ido. Su amor estaba calcificado, así que le pareció lo más natural del mundo pensar que ese hallazgo literario no le pertenecía solo a él, porque en su diccionario del amor la palabra juntos todavía era de cemento armado.

Por otra parte, sintió que el contenido era demasiado opresivo para uno solo de los dos. Abrumado, decidió remitirle una copia a la destinataria de todas sus quimeras. Su alienación le decía que, aunque todo estuviera destinado al olvido, ella le

ayudaría con la mitad. "Yo cargaré la mía —se dijo—; ella y yo aún podemos ayudarnos".

Recordó los candorosos tiempos de la intimidad con Benedetti, cuando Marvelia Jácome y él habían reapropiado y adaptado los nombres de la novela, y ella se volvía toda sonrisas insinuativas al nombrarlo con el nombre de Elías Santomé, y él se derretía cuando la llamaba con el nombre de Marvelianeda. Los dos jugaban a ver quién decía primero, entre las sorpresas inagotables de cada día, la frase mágica con la que Laura Avellaneda lo había definido todo: "Usted me gusta". Aquellas variantes nominativas se incorporaron a sus hábitos y habrían de aparecer intermitentemente hasta los últimos residuos de su historia.

Fastidiado con su ingenua fijación, Elías Ulpiano tomó por asalto la máquina de escribir para copiar el poema y enviarle a Marvelia Jácome una reproducción de la sorprendente prosa benedettina.

Última noción de Laura Avellaneda: Usted, Martín Santomé, no sabe cómo querría tener yo ahora todo el tiempo del mundo para quererlo, pero no voy a convocarlo junto a mí ya que aun en el caso de que no estuviera todavía muriéndome, entonces moriría solo de aproximarme a su tristeza. Usted, Martín Santomé, no sabe cuánto he luchado por seguir viviendo, cómo he querido vivir para vivirlo, pero debo ser floja incitadora de vida, porque me estoy muriendo, Santomé. Usted, claro, no sabe, ya que nunca lo he dicho, ni siquiera esas noches en que usted me descubre con sus manos incrédulas y libres. Usted no sabe que yo valoro su sencillo coraje de quererme. Usted, Martín Santomé, no sabe, y sé que no lo sabe, porque he visto sus ojos despejando la incógnita del miedo: no sabe que no es viejo, que no podría serlo. En todo caso, allá usted con sus años, yo estoy

segura de quererlo así. Usted, Martín Santomé, no sabe qué bien, qué lindo dice Avellaneda. De algún modo ha inventado mi nombre con su amor. Usted es la respuesta que yo esperaba a una pregunta que nunca he formulado. Usted es mi hombre y yo la que abandono. Usted es mi hombre y yo la que flaqueo. Usted, Martín Santomé, no sabe, al menos no lo sabe en esta espera, qué triste es ver cerrarse la alegría, sin previo aviso, de un brutal portazo. Es raro, pero siento que me voy alejando de usted y de mí, que estamos tan cerca de mí y de usted. Quizá porque vivir es eso: es estar cerca y yo me estoy muriendo, Santomé, no sabe usted qué oscura, qué lejos, qué callada. Usted, Martín, Martín, ¿cómo era? Los nombres se me caen, yo misma estoy cayendo. Usted de todos modos no sabe ni imagina qué sola va a quedar mi muerte sin su vida.

Elías Ulpiano transcribió repetidamente, hasta alcanzar la pulcritud mecanográfica, el romancerista escrito de Mario Benedetti. Lo leyó setecientos cuarenta y ocho veces más. Luego, con la misma presión con la que sus dedos habían acariciado la piel interminable de Marvelia Jácome, dobló el pliego y lo encerró en un sobre sin remitente. Lo humedeció en la punta de la lengua con la misma devoción que en uno de sus tantos besos rezagados. Y nunca lo envió.

CAPÍTULO 16

Veintiséis meses después del terremoto, Marvelia Jácome estaba concentrada en la fundamentación de su compromiso con Misael Olalde. Acudía a diario a las espléndidas oficinas de la avenida Reforma y lo acompañaba casi todas las noches a los mejores restaurantes, teatros y centros sociales de la Ciudad de México.

Pero sentía el apremio de comentarlo todo con Elías Ulpiano, a quien sometió a un alud de visitas subrepticias al *minipenthouse* y de encuentros de café o té en lugares recónditos.

Junto con su enamoramiento, Misael Olalde estaba, por su parte, invadido por una perniciosa infección de celos rápicos que no podía controlar.

Un jueves por la tarde, en una librería con sala de café en el segundo piso, en la calle de Insurgentes, arribó, volviendo la vista hacia todos lados, Marvelia Jácome, temerosa de que algún subalterno de Misael Olalde estuviera siguiéndola. Lucía ropajes de gimnasio empapados en sudor y tenis deportivos.

—¿Y esto? —preguntó Elías Ulpiano, que nunca la había visto así.

—Estoy haciendo ejercicios con él —dijo ella, ajustándose una banda amarilla sobre la humedecida cabellera.

Dos días después se vieron en el Holiday Inn del aeropuerto, donde un dueto de adultos mayores, con guitarra y salterio, les jaloneó las emociones con canciones de amor y desamor.

—¿Qué quisieras saber? —dijo Marvelia Jácome.

Elías Ulpiano traía clavada una duda artera y, con la cabeza baja, doblegado por hacer la pregunta, dijo:

—¿Ya hiciste el amor?

—Todavía no. Ya no aguanto la presión. Dentro de una semana me llevará a Nueva York. Ya le acepté que ahí nuestra relación pasará por esa prueba. ¿Tú, qué me dices?

El suspiro entrecortado sacudió la tráquea de Elías Ulpiano. Unos segundos después dijo:

—No vayas a mostrarle todo lo que aprendiste conmigo; los hombres solemos perderles el respeto a las mujeres avanzadas.

—No me importa. Tiene que aceptarme como soy. No fingiré ninguna inocencia.

Esa noche le dijo que Misael Olalde quería hablar con él respecto a la sociedad de la Agenda MJ. Elías Ulpiano aceptó una cita en el Sanborns del Ángel, a pesar de estar sumergido en un anonadante sentimiento de inferioridad.

Enfundado en su traje azul marino, llegó temprano a la cita y asumió el dominio territorial, controlando sus piernas temblorosas, de modo que vio venir a Misael Olalde, que venía vestido con descuido, de dentadura prominente, nervioso y tan chaparrito como siempre.

—Ahora te toca perdonarme a mí —dijo con voz musitada y sin dar los ojos.

—Creo que estamos a mano —dijo Elías Ulpiano, que, media hora después, cruzaba la Rotonda del Ángel, pues en el Vips del otro lado lo esperaba Marvelia Jácome, a escondidas

de Misael Olalde, ansiosa por conocer los pormenores del encuentro en la cumbre.

—¿Cómo iba vestido? —fue lo primero que preguntó.

—De chaquetilla roja y pantalón caqui —dijo Elías Ulpiano.

—¡Pendejo! —dijo Marvelia Jácome—. ¡Con lo que le recomendé que fuera bien arreglado!

—Esperaba ver un gigante, pero me cambiaste por un grillo —dijo Elías Ulpiano, y le contó que el cien por ciento de las acciones de la Agenda MJ pasaban a ser propiedad de ella y de su familia, con independencia absoluta del consorcio de Misael Olalde.

—Hasta ahí el finiquito; lo demás ya es cosa tuya.

Al día siguiente se vieron en La Tablita y Marvelia Jácome comentó que Misael Olalde le había ofrecido el dinero necesario para el ajuar de novia.

Elías Ulpiano tenía un remanente de tres millones de pesos con exceso de ceros.

—Acéptalos —dijo—, no te permitas esa humillación.

En la última quincena de noviembre ella le comentó compungida que le habían robado el Volkswagen y que al día siguiente había amanecido sobre la banqueta uno nuevo, del mismo color azul, con un inmenso moño sobre el curvado techo.

Esa vez Marvelia Jácome, con los ojos fijos en el desastre de expresión que ensombrecía el rostro de Elías Ulpiano, le preguntó:

—¿Qué es lo que más extrañas de mí?

Con la vista baja, Elías Ulpiano sonrió. No había nada de ella que no entrañara con punzaduras indispuestas y, por decir algo, dijo:

—El olor de tus axilas.

Por esos días, Cristina Godoy, afectada por el distanciamiento y la falta de información, hizo un llamado telefónico a Anacarla Pallares, exponiéndole su problema matrimonial y pidiéndole una opinión zodiacal. Su consulta coincidió con una investigación similar que llevó a Marvelia Jácome al Café Tarot, próximo al Hotel Aristos, sin saber que la lectora de borra de café era amiga del hombre que estaba abandonando.

La respuesta de la cartomancia fue idéntica para ambas mujeres:

—Ese hombre no vale la pena —le dijo a cada una de ellas.

Lo que tampoco pudo adivinar Anacarla Pallares fue que, tanto la una como la otra, le revelarían su dictamen a Elías Ulpiano.

Con su bravura de fábrica, Cristina Godoy se lo echó en cara con airados reproches. Marvelia Jácome se lo confió llorosa y triste, pero Elías Ulpiano ya no estaba para hacerle caso a ninguna de ellas.

CAPÍTULO 17

Días después, en un penumbroso anochecer, la luciérnaga roja del cigarrillo de Elías Ulpiano se encendía y apagaba con el acompasado ritmo de los fumadores veteranos.

A oscuras, recostado sobre el respaldo del camastro, Elías Ulpiano trataba de desconectarse de los asuntos de Marvelia Jácome. Pensó una vez más en la coincidencia de que su cataclismo personal hubiera acaecido precisamente el 19 de septiembre, cuando el segundo aniversario del Temblor Mayor en Ciudad de México se anticelebraba.

Peinaba recuerdos, rumiaba nostalgias y ordenaba pensamientos cuando, de pronto, una descarga de sangre le sacudió la aorta. Retuvo la exhalación del humo en sus pulmones y, antes de que se escucharan los toquidos, ya sabía que Marvelia Jácome estaba a su puerta.

Ella sabía que él estaba adentro y, al no recibir respuesta, dijo:

—Estoy muy confundida. Necesito hablar contigo.

Elías Ulpiano no contestó.

—Por favor, abre la puerta. Me muero por verte.

Elías Ulpiano pensó que, si en el siglo veinte alguien había sido educado para saber cuándo era querido, era él bajo los

maravillosos modos marvelianos. Durante mucho tiempo, ella lo había convertido en un hombre isla que flotaba con placidez sobre un océano de ternuras, y ahora en un señor ensombrecido.

—Por favor, ábreme —insistió Marvelia Jácome.

Elías Ulpiano quería y no quería abrir la puerta, pero quería más de lo que no quería, de manera que ella entró a su guarida de amor, clavó sus ojos de oro en los de él y le dijo:

—Creo que me quiero quedar contigo.

Elías Ulpiano guardó silencio. La presencia de Marvelia era magnética. En todas las horas y los días de los mejores años de su vida, ella había sido el símbolo de la adoración. Pensó sin remordimientos en Misael Olalde y, ya sin los azotamientos atribulados de días atrás, preguntó:

—¿Por qué renunciar a tanto como te ofrecen?

Los bellos ojos color de miel de Marvelia Jácome miraron hacia abajo, y luego se alzaron en cuatro tiempos hasta enfrentar el ceño fruncido de Elías Ulpiano, que de ningún modo la intimidaba. Su delicada barbilla se movió un centímetro hacia su derecha y hacia arriba, en uno de sus muchos gráciles mohines.

—Será porque me gusta la vida mala —dijo, esbozando una media sonrisa.

Elías Ulpiano estaba exhausto. Venía de cruzar los inhóspitos pantanales del adiós indeseado. En el trayecto se le habían prendido al pecho y a la garganta las cien sanguijuelas de la desesperación y, a gritos silenciosos, se las había arrancado él solo, una a una, tasajeándole el alma.

Mustio, demacrado y sombrío, lucía como lo que era: un sobreviviente del desamor. Pero no dejaría pasar la oportunidad de demostrar que, a pesar de todo, reconstruido de sus propios escombros, aún estaba de pie.

Su antes inacabable pertrecho de sonrisas estaba agotado en ese instante, y pensó que no podría corresponder a la que, para beneficio del mundo, según él, acababa de utilizar Marvelia Jácome en su dulce frase.

—¿Será porque mi mala vida —le preguntó sin parpadear— es mejor que la buena vida que ahora tienes?

Marvelia Jácome, sin alterar el suave tono de voz, segura de sí misma y del cómodo lugar que ocupaba, extendió ambas manos y las colocó sobre los brazos cruzados de Elías Ulpiano.

—Te extraño mucho —le dijo—. Es muy difícil no extrañarte.

Elías Ulpiano recibió las palabras como se recibe un regalo inesperado. Las desenvolvió, las volteó al revés y al derecho, las frotó entre sus dedos, probó su sabor y las contuvo en el umbral de la conciencia. No estaba listo para los bocados de ternura que antes engullía con fruición. Entonces confesó, como si fuera algo malo, lo que en verdad sentía:

—Ya no soy el mismo hombre que tú extrañas.

Marvelia Jácome lo sabía, como sabía que la vida puede cambiarlo todo en un instante, como sabía que ella era también una persona diferente, porque la tentación de Misael Olalde era demasiado grande.

Elías Ulpiano se sustentaba ahora en murallas defensivas que solo podían abrirse desde adentro. Se resistía a descorrer los cerrojos: todos los puentes estaban levantados. No se sentía con ánimos para bajarlos porque temía que por cualquiera de ellos se recrudecería el dolor: el dolor ácido, el dolor corrosivo de perderla.

Por su parte, Marvelia Jácome se mecía en el trapecio de las indecisiones. Una de sus crisis de pertenencia y nostalgias la había llevado esa noche.

—Es que tú eres mi hombre, mi pareja —dijo.

Elías Ulpiano bajó la cabeza. No pudo evitar dos lágrimas que cayeron derecho hacia abajo. Al observarlo, Marvelia Jácome pensó:

—Yo tengo la fuente de poder en esta situación.

Esa mañana, también Misael Olalde se había alterado frente a ella ofreciéndole todo, exigiéndole una decisión definitiva y después desmoronándose en ruegos y lágrimas.

Pero Misael Olalde no le preocupaba. En las lecciones del amor había cobrado conciencia del poder de sus encantos. Se sentía bien: no tenía prisa ni desasosiego. Podía explorar a su gusto tanto las emociones como las expectativas. Algo parecido a los arrebatos de Misael Olalde le había pasado con Elías Ulpiano al principio, y él había terminado por comer de su mano como un cervatillo domesticado.

—El amor puede ser de turnos —pensó, por saber que Misael Olalde estaba listo para convertirse en un hombre tapete, dispuesto a ser pisado. El cazador había sido cazado. Fascinado como nunca, Misael Olalde no había cubierto las ganancias con su acostumbrada frialdad de hombre de negocios. “La mente de una persona enamorada funciona en el plano más bajo de la inteligencia”, decía en esos casos don Secundino Gracia.

Marvelia Jácome acarició la cabeza inclinada de Elías Ulpiano.

—No puedo acomodarme —le dijo, y le platicó que Misael Olalde le había pedido un examen ginecológico para su obsesión de tener un hijo.

—El doctor me dijo que no puedo dárselo, que soy un caso muy difícil. Pensé engañarlo diciéndole que todo estaba bien, pero no pude mentirle.

—¿Qué dijo él?

—Lo pensó unos instantes y dijo que no importaba, que podíamos adoptar uno.

Marvelia Jácome tentaleó debajo de la cama.

—¿Quieres vino? —dijo.

Elías Ulpiano asintió. Marvelia Jácome encontró una botella de Santos Tomás casi agotada, medio llenó dos vasos de plástico, uno para cada quien. Levantó la mano y él también.

Sonrió sin cuidarse de sus encías pintas y, al chocar los vasos insonoros, dijo:

—¡Ting! Pregúntame lo que quieras.

—¿Lograste enamorarte?

—Por momentos. No tengo un solo motivo de queja contra Misael Olalde.

—Entonces... ¿cuál es el problema?

—Mi problema es que él no sea tú.

Una omnipresente tranquilidad los protegía de todas las complicaciones amontonadas en el otro universo que se cernía allá afuera. Los escasos metros cuadrados del pequeño *penthouse* configuraban, una vez más, la alfombra mágica de su juntismo.

Ella estaba en un extremo de la cama. Él, en el otro. Elías Ulpiano se quitó los zapatos de tacón y colocó los pies encalce- tinados en el regazo de Marvelia Jácome. En un acto reflejo, ella comenzó a rendirle el masaje cálido de sus rutinas tiernas. Con voz queda y la vista fija en ninguna parte, Marvelia Jácome dijo:

—No he podido adaptarme a él

—¿Ya agotaste tus recursos?

—Creo que sí. La verdad es que, después de algunas horas en su compañía, ya me estoy colgando de la lámpara.

—Lo mismo te pasa ahora conmigo —dijo Elías Ulpiano.

—No —contestó ella—. Tú sigues siendo la única persona en mi vida con la que podría ser feliz para siempre, aunque eres demasiado intenso.

Elías Ulpiano pisaba con delicadeza los mosaicos del escepticismo. No pretendía ofender a Marvelia Jácome, pero necesitaba penetrar en la penumbra de la mujer que acariciaba sus tobillos. Arqueó los pies y aprisionó entre ellos las manos de ella, diciéndole:

—No estás adaptada a mí como antes.

—Puedo adaptarme.

—Solo que ahora tenemos un nuevo problema: yo no puedo adaptarme.

—Quiero que todo sea como antes —dijo ella.

—Yo necesitaría arreglos —dijo Elías Ulpiano.

—Siempre lo hemos arreglado todo —dijo con dulzura Marvelia Jácome.

Los pies arqueados de Elías Ulpiano soltaron las manos de Marvelia Jácome, quien, de inmediato, reanudó con ellas su tierno quehacer.

—Nunca pensé que ser independiente de ti pudiera doler tanto —dijo ella.

Con suavidad, Elías Ulpiano retiró los pies de la cercanía. Buscó otra botella y forcejeó torpemente con el corcho pensando:

—¡Maldita sea! Eso siempre lo hacía ella, y tan fácil.

Marvelia Jácome no pudo evitar una de sus sonrisas enmeladas, pero contuvo el impulso de resolver torpezas como antes. Había regresado con jerarquías renovadas y no quería ceder terreno.

—Tú no te puedes acomodar a él. Yo no me puedo acomodar a ti. Y si él estuviera enterado de lo que estamos haciendo, no podría adaptarse a ti. ¡Qué triángulo!

Marvelia Jácome colocó el vaso vacío en el suelo, se puso de rodillas y se abrazó a las piernas de Elías Ulpiano.

—¡Perdóname! —dijo—. ¡Perdóname todo este enredo!

—No tengo nada que perdonarte —dijo tersamente Elías Ulpiano—. Es al revés.

—Quiero hacer el amor —dijo Marvelia Jácome.

En un santiamén se despojó de toda su ropa. Quedó de pie frente a Elías Ulpiano, retándolo con sus pezones erectos. Todos los poros de su piel arrebatada quedaron al alcance de las manos posesivas. Él besó su vientre y la abrazó. Ella lo jaló hacia arriba para desabotonarle la camisa y desprenderle el cinturón. La ropa de Elías Ulpiano cayó sobre la de Marvelia Jácome en un desorden de movimientos y tragazones que simbolizaron una cópula propia, pues eran ropas que se habían amado tanto.

Elías Ulpiano convirtió a Marvelia Jácome en un ovillo al acunarla en sus brazos. Ella amarraba su equilibrio en el cuello del hombre y ahí, en la tibieza suave, se guarecía de todas las indecisiones de la vida. La depositó encima de la sobrecama como si fuera un ramillete de rosas plenas. El momento tenía ahora un sesgo de prohibiciones y el ritual de las destrezas desplegó las ondulaciones memorizadas por los dos.

Marvelia Jácome se tendió boca abajo, con los brazos extendidos pegados a su cuerpo, para que él alunizara donde quisiera y comenzara el viaje de muchas horas sobre todas y cada una de sus curvas suaves y sus fisuras tibias. Con avidez, los dos eternizaron los tocamientos y las vueltas, presiones y deslizamientos, elaborando la posesión compartida sin acceder a límites ni coartar fronteras.

Acezante, Elías Ulpiano buscó por todas partes el momento de ella, mientras Marvelia Jácome se derretía al corresponderle, explorándose los dos todos los rincones y besándose las manos, los pies, las entrepiernas y los sexos. Juntos avanzaron por minutos inexistentes, desaparecidos de todos los cronómetros inventados por la civilización.

Impetuosa, ella fue emergiendo palpitante de su trance hipnótico. Asumió su papel de vestal prodigiosa. Se hizo cargo de los ritmos y de las variaciones, dispuesta a conquistar antes que nadie la presea suprema, porque así lo había programado Elías Ulpiano y porque así le gustaba.

Luego cabalgó en el vértigo de la ardencia mientras, con la cabeza hacia atrás, jadeante y sudorosa, vocalizando quejidos dolientes, con el fleco rebotando sobre su frente, sintió que viajaba en una montaña rusa de alturas contrastadas y vivió, sin morir, su múltiple agonía amorosa.

Cuando regresó de su viaje al cielo, sus ojos dorados sonreían a escasos centímetros de Elías Ulpiano.

—¡Hola! —dijo, como decía siempre que regresaba de su embeleso, sonriente, complacida, lista para repetir una y otra vez la divina taumaturgia.

Cuando Elías Ulpiano llegó a su destino, lo hizo como si lo convocaran los duendes malhadados. Junto con los estertores de la vida perdida en la más dulce de las guerras humanas, se le reventó en la garganta un cúmulo progresivo de sollozos y, clavado sobre Marvelia Jácome, bramó su ronco llanto de becerro anulado.

Ella se abrazó fuertemente a él, colgada de su cuello con más fuerza que nunca. Un llanto inoportuno la incorporó también a la dolencia. Contuvo su emoción y le dijo desde el fondo mismo de sus entrañas:

—¡Sálvame de Misael Olalde, no dejes que me vaya!

Elías Ulpiano se congeló. Suspendió todos los asuntos del mundo para escuchar mejor lo que, con voz entrecortada, le decía Marvelia Jácome:

—¡Te amo, te amo! ¡Por favor, te lo suplico, cástate conmigo! ¡Yo sé que puedo hacerte feliz! ¡No me dejes ir!

—Necesito pensarlo —dijo él.

—Ya te esperé cinco años; esperaré todo lo que tú quieras.

Elías Ulpiano se levantó a causa de sus esclavizantes cigarrillos. Temblorosas por la gimnasia del amor, las piernas se le trabaron y se dio un golpe contra la pared. En su frente, de inmediato, un enorme chichón levantó su promontorio de tejidos y nervios.

—¡Ya me salió el primer cuerno! —dijo, frotándose la protuberancia.

Ella sonrió con cortesía y bajó la cabeza, ocultando un gesto de frustración, mientras él, a pesar del placer infinito, sentía la necesidad de evadir el tema de casamiento y ganar tiempo. Tenía la sensación de que lo que Marvelia Jácome intentaba rescatar se había extinguido. La nueva identificación parecía residir en la fuerza de la costumbre. Los trances de los últimos días habían dejado aquel camino secreto que los conducía al infinito como un sendero enmarañado y agreste.

Habían dependido mucho tiempo el uno del otro, pero ahora, en el espejo negro del desamarre, Elías Ulpiano no veía claras las imágenes del retorno. Estaba sorprendido de sentir con tanta fuerza el concepto de que este amor era ya un libro cerrado, que era pretensión insensata volver a abrirlo para, sin previo borramiento de los textos, reescribir cosas nuevas por encima de las palabras impresas, porque el resultado consecuente, sin duda, sería un galimatías confuso. Pero le dolía perderla.

—Tal vez lo inteligente sería recomenzarlo todo en ceros —dijo— y ver si estas dos nuevas personas que ahora somos tienen, en realidad, algo en común.

—Quiero quedarme contigo —le respondió Marvelia Jácome—, pero con la condición de formar una familia, como siempre lo he soñado, como siempre te lo he pedido. Para tener un hijo tuyo y adorarlo juntos. Para que me acompañe cuando tú te hayas ido.

—Ahora soy yo el que necesita tiempo —contestó, esquivo, Elías Ulpiano.

Enervada, desesperada, agresiva, levantándole por primera vez la voz a Elías Ulpiano, ella dijo:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué siempre me rechazas como esposa? Si tanto sufres por mí, si tanto me amas, ¿por qué no quieres casarte conmigo?

Elías Ulpiano aspiraba el aire ansioso de orientarse hasta el lugar donde estaban escondidos los apoyos del alma, los conglutinantes que pudieran volver a unirlos bajo las nuevas reglas aún no conocidas por ninguno de los dos. ¿Qué podría depararles la vida en común? ¿De qué manera se comunican las parejas arrojadas del antiguo paraíso?

Las preguntas hervían en sus propios aceites, mientras Elías Ulpiano sentía el chacualeo del azogue que traía en el corazón, porque había concluido que ellos dos ya no eran transparentes el uno para el otro.

Marvelia Jácome se sintió incómoda, pero su manera de ser se impuso de inmediato.

—Debemos estar tranquilos. Yo estoy tranquila. Tú también debes estarlo —dijo—. No te presiones. Vamos a arreglar nuestras cosas, como siempre. Todo volverá a la normalidad.

—¿A qué le llamas normalidad?

La interrogante se quedó en el aire. Sin más, los dos recogieron sus ropas ahítas de amor y se vistieron con lentitud.

—Estoy agotada —dijo Marvelia Jácome—. No tengo fuerzas para convencerte.

Las deliberaciones quedaron pospuestas para los días subsecuentes, dejándolos atrapados en el pretoriano régimen de la desconfianza. Sofocada por la situación, Marvelia Jácome pensó que él jamás aceptaría casarse con ella. Él, por su parte, después del machetazo cercenador, no acababa de digerir la posibilidad de que el retorno de ella fuera completo.

Marvelia Jácome y Elías Ulpiano practicaban, cada quien, con cartas marcadas, el desafío de ver quién de los dos daba primero su personal salto hacia el vacío de la definición:

—Me divorcio si me demuestras que me quieres.

—Te quiero si me compruebas que te divorcias.

Cojeaba la relación porque, a estas alturas, los dos querían un juego garantizado. Traían cartas marcadas y trataban de ocultar la vergüenza de tener que utilizarlas. Ninguno quería llegar a la quinta carta. ¿Quién mostraría primero su juego?

CAPÍTULO 18

Con las manos amarradas a la espalda, de rodillas y agachado ante el cadalso francés de su infortunio, Elías Ulpiano decidió, tan juiciosamente como le fue posible, que su ejecución ya no podía aplazarse más. Los frecuentes encuentros con Marvelia Jácome le resultaban insoportablemente dolorosos. Lo mejor era accionar la filosa guillotina, dejar que la cabeza rodara por el suelo y permitir que se estrellara en sucesivos golpes por la escalera de la desventura.

A cada instante algo le enhebraba el nombre de Marvelia Jácome en la madeja de sus pensamientos. Cada vez la veía más hermosa y más alejada, en una torturante secuela de me quiere, no me quiere, es mía, no lo es, me deja, no me deja. El deshojamiento de la margarita terminaba siempre en pesimismo porque, en los ojos que ella le mostraba, los gnomos de las ausencias y de las distancias danzaban la danza de la desandanza.

La separación era inevitable. Solo que ella no quería, no podía o no sabía cómo cruzar ese umbral. Amaba todo lo que representaba Elías Ulpiano y quería quedarse con él, pero al mismo tiempo el implante de la nueva ilusión era deslumbrante. Continuaba viendo y explorando su nueva relación con Misael Olalde, pero persistía en ver a Elías Ulpiano por el mero hecho

de verlo, por convivir, por contarle todo y por buscar su comprensión benevolente, porque su indecisión seguía atosigándola.

A su regreso, sin pensar en los estragos que causaban sus confidencialidades, más se tardó en entrevistar a Elías Ulpiano que en decirle que la calidad del sexo había sido de buena envergadura en la prueba neoyorquina.

En su universo deteriorado ambos se sentían tan extraños como dos viajeros perdidos en Afganistán. Ella mantenía los brazos cruzados sobre su pecho y las miradas evasivas. Por su parte, él no podía tocarle ni siquiera un cabello. Era una distorsión antiprotocolo para aquel par de amantes que no habían hecho otra cosa que acariciarse durante años. No osaban establecer contacto ni con la yema de los dedos. Habían sido fuerzas magnéticas que se atraían y ahora, por leyes inmanentes de la física emocional, eran polos que se repelían.

—Respeto lo que no es mío —le dijo Elías Ulpiano a Marvelia Jácome al recibirla en el *lobby* del Hotel Presidente, disculpándose por no poder siquiera tomarla del brazo rumbo a la cafetería, donde intentarían despedirse civilizadamente.

Momentos después, mordisqueando diminutos pastelillos, ella lagrimeaba sin aspavientos en la penumbra, donde los comensales los veían de reojo, sobre todo a Elías Ulpiano, cual si fuera un ogro, un canalla o un pímbo. Como casi siempre, ellos no veían a nadie a su alrededor, por lo que no se dieron por enterados de los insidiosos comentarios adyacentes:

—Es un cabrón. Quién sabe qué le habrá hecho. Las embarazan a las pobres y luego las largan.

Marvelia Jácome protegía la integridad de los recuerdos. No quedarían ni vestigios de aquel buen amor. Quería, a toda costa, que su homicidio involuntario quedara justificado.

Defendía lo suyo, concentrada en poner a salvo la castidad de sus vivencias. Una liquidación intacta del amor era su dilema.

—Todo lo que sentí por ti, todo lo que te di, fue auténtico —enfaticó Marvelia Jácome—. Sí te amé.

Elías Ulpiano no podía considerarlo así. Desde el hospital donde lo habían colocado los verdugos del desamor, no concebía que un cambio tan radical proviniera de los dominios del alma, por lo cual le respondió:

—Digamos que fue auténtico mientras fue auténtico.

Marvelia Jácome no podía ocultar su desazón. Levantó de nuevo su bandera:

—Todo fue verdad —dijo.

—Digamos que fue verdad mientras fue verdad —dijo Elías Ulpiano.

—Créeme, por favor —suplicó Marvelia Jácome—. Lo que pasa es que yo me sentía clandestina, utilizada, llena de humillaciones. Esas sensaciones siempre estuvieron ahí, pero yo no me había dado cuenta.

Elías Ulpiano tomó la confesión por el cuello y la apretó con fuerza. Le dolió decir palabras de amargura, pero las dijo:

—La apreciación es retroactiva. Está claro que tu actitud ni era auténtica ni fue verdad.

Ella bajó la cabeza en señal de impotencia. La retirada misma se le hizo corporal. Fracasaba frente a Elías Ulpiano, que se arrepintió de mostrar su despecho. Por primera vez en su historia había pronunciado palabras acres para ella.

Se ensimismaron en sus tazas y luego hablaron de intrascendencias que no recordarían después, de emociones tan dolientes que ninguno de los dos quiso darles cabida en los archivos de la memoria. Continuaron así sin rumbo alguno

hasta que Elías Ulpiano eligió una pausa de té de manzanilla para decirle:

—Y si yo estuviera listo para divorciarme, ¿te casarías conmigo?

Marvelia Jácome se desconcertó momentáneamente. Falaban escasos veinte días para el 14 de diciembre, la fecha fijada para su matrimonio con Misael Olalde.

—Es demasiado tarde —dijo—. Pero dentro de unos dos meses, ya que lo tenga domesticado, quiero que seas mi amante.

Elías Ulpiano sintió un martillazo en la precisa cicatriz de su nuca.

—No, no, no, no podría —dijo.

—¿Cómo yo sí pude ser tu amante?

—Es muy diferente.

—Es igual. Tú engañaste a tu esposa; yo puedo engañar a mi marido.

Elías Ulpiano movía la cabeza de un lado a otro y, con voz urgida, dijo:

—Por favor, te suplico: no me lo tomes a mal. Ábreme mis grilletes, quítame tus cadenas, desamárrame de ti. Libérame, suéltame; ya déjame ir.

—Es que yo no puedo estar sin verte; dame más tiempo —suplicó Marvelia Jácome.

Elías Ulpiano sabía lo que tenía que hacer y lo dijo:

—No tiene caso. Necesitas dejar de verme para que puedas continuar tu proyecto, y yo no puedo reconstruirme mientras continúe viéndote.

—Tienes razón, como siempre —dijo ella.

Callaron largo rato, cada quien consumiendo servilletas de papel para deshumedecer sus ojos o exprimir sus narices con sonidos que llamaban la atención de la gente. Desde el ventanal,

sobre avenida Reforma, vieron desfilan cientos de luces de automóviles, hasta que Marvelia Jácome sacó a colación el negocio de la Agenda MJ:

—Será un éxito en todo el país —dijo.

Elías Ulpiano no apetecía tocar ese tema. Tomó una servilleta de papel, se desbrilló la frente y los ojos.

—Esta Navidad se venderán millones de pesos —dijo Marvelia Jácome—. ¡Es más fabuloso de lo que tú y yo habíamos imaginado!

Un pálpito de impotente envidia tocó un nervio sensible, pero él lo disimuló tras el ritual de encender un cigarrillo más.

—Quédate con la Agenda —dijo Marvelia Jácome.

Elías Ulpiano la miró con fijeza. Sin pronunciar palabra, expelió volutas de humo por boca y nariz.

—Así resolverás todos tus problemas económicos —insistió Marvelia Jácome, agregando que ella le entregaría todas las estructuras de distribución y ventas, los proveedores, las listas de clientes, copias de los moldes y mecanismos de producción y, en fin, los secretos administrativos de Misael Olalde.

Tan pronto como lo dijo, sintió que un ascensor se detenía de golpe en su estómago. Lo que proponía no era correcto. Pensó que era un mal principio con su nuevo hombre, pero tal vez fuera un buen final para el que estaba abandonando. Y siguió adelante con la idea de disuadir a Elías Ulpiano, cuya cabeza se inclinaba en repetidos gestos de negociación.

—Es un acto de amor, acéptalo, por favor —persistió infructuosamente, porque la negativa de él seguía siendo contundente.

—Entonces... ¿por qué le quitaste su veinte por ciento?

—Con él fue algo de hombre a hombre —dijo Elías Ulpiano—. Contigo no tengo nada que negociar, la Agenda es tuya.

Marvelia Jácome llevó su alegato hasta la frontera de la necedad y, cuando vio que Elías Ulpiano no cedía un palmo, le dijo:

—Entonces, a partir de enero te haré llegar un cheque mensual de participaciones.

Ella quería ser justa con aquel amor de siempre que se le convertía en nunca. Pero Elías Ulpiano sentía otra cosa: que ella quería entregarle una especie de indemnización por despido injustificado o poner en liquidación algún complejo de culpa.

—Si lo haces, los cheques serán depositados a nombre de Alejandrina —dijo, terminante.

Marvelia Jácome no lograba asimilar el rechazo, pues quería realizar su propio cambio dando algo a cambio de los cambios que cambiaban tan gravemente la vida de Elías Ulpiano. Tenía presente que, antes, sin remilgo alguno, ambos manejaban dinero en un ir y venir de gastos nunca contabilizados por ninguno de los dos. Ahora ella precisaba apaciguar su incomodidad. Por eso insistía en pagar la factura de una deserción que jamás dejaría de sentir deshonrosa. Pero no pudo lograr su intento de dejarle una dote a Elías Ulpiano, que no quería aceptar de ella ni la mínima fracción de un centavo, además de que no admitía más deliberaciones al respecto.

—¿Te acompaño al auto?

—No —dijo Marvelia Jácome con voz retenida—. Él me trajo. Está esperándome afuera.

Elías Ulpiano no movió ni un solo nervio de su cuerpo, pero sintió que ese era el golpe final, en tanto ella, una vez más, no se percató del reiterado agravio.

Charlaron luego de charlas insulsas de matar el tiempo. Ninguno quería ser el primero en irse, pues entre los dos sostenían a pulso el opresivo peso del adiós definitivo, el adiós de

adioses, el adiós de siempre. Finalmente, ella se apropió del silencio y lo meció sobre su pecho como si fuera un bebé enfermo.

Se pusieron en pie. Ella apoyó la mano sobre su hombro, con un solo brazo extendido, previendo que Misael Olalde pudiera observarla desde algún lugar oculto. Elías Ulpiano alcanzó a despulpar su garganta para murmurarle al oído:

—Que te vaya bien, amor. Bendita seas.

Caminaron hacia la salida interior de la cafetería. Ella se regresó a recoger el bolso de mano que había olvidado y él aprovechó el momento para acelerar el paso, sin volver la vista para refugiarse en el excusado de los hombres.

Su pecho sollozó sin producir sonido, con las dos comisuras de los labios tensadas hacia atrás y los ojos llorosos. Llenó el lavabo y metió el rostro en el agua, con los ojos abiertos. Sostuvo la respiración lo más que pudo, se secó luego con la falda de la camisa, pues sólo había secador de aire caliente, recordó que no había pagado y volvió a la cafetería, imaginando la posibilidad de que, por alguna de sus razones, Marvelia Jácome estuviera esperándolo.

Alcanzó a verla alejándose por el corredor del jardín. Iba con el rostro entre las manos. Elías Ulpiano la vio avanzar en actitud de mujer que acaba de recibir la hostia.

—Qué extraño —pensaba ella, dándose cuenta de que sus pasos no eran los de una mujer rumbo a la olla de oro del arcoíris.

—Qué extraño —pensó él, porque Marvelia Jácome parecía una reclusa sumisa caminando hacia su celda, pues lucía fatigada, vencida, encorvada, muy distinta a su acostumbrado desafío de la ley de la gravedad, muy diferente a los caminares que solían deslizarla sobre una plétora de estrellas que, al ser

surcadas, se volvían fulgurantes palomas revoloteando a ras del piso tras de ella.

Pidió la cuenta y el mesero le entregó un sobre enmoñado.

—Lo dejó la damita para usted —dijo.

Rompió con lentitud la envoltura. Dentro de una caja de cartón se encontraba un ejemplar de la primera edición de la Agenda MJ, con una portada de piel teñida de un intenso morado sobre la que brillaba el camafeo del Planeta Dorado, suspendido de un collar triangular.

—¡Vaya homenaje! —musitó en voz baja Elías Ulpiano.

CAPÍTULO 19

Treinta y dos meses después del temblor, Elías Ulpiano concluyó que ya no tenía nada que hacer en Marvelia, Distrito Federal ni en ninguna otra ciudad del mundo. De su secuela de derrumbes aún le quedaba, como albergue y querencia, su escenario bautismal, su isla propia, su patria pequeña.

Sin tener en claro cómo sobreviviría, regresó a Querétaro y optó por presentarse en la casona interminada de Domingo Montaña. Fue recibido con lágrimas y júbilo por la pareja de viejos. Hacía muchos meses que no habían logrado comunicarse con Elías Ulpiano y habían estado malbaratando al mayoreo la miscelánea de mercancías de “El 20 Negro” para comer, pagar la luz, el agua y otros menesteres.

En cuanto a los automóviles, con regularidad ponían en marcha los motores para que no se pegaran los pistones y evitar que las baterías se descargaran. Les revisaban las llantas y los mantenían limpios por dentro y por fuera.

Pero los ancianos tenían apuntes, recibos y comprobantes de todo. Sin dinero, impreparado para abordar a su familia y sabiéndose albacea de los bienes que nadie había reclamado aún, Elías Ulpiano se hospedó en la mansión inconclusa.

—Qué cosas —pensó—. Aquí estoy ahora durmiendo en la cama de Domingo Montaña.

Después de unos días meditativos, sosegado el ánimo por las sencillas rutinas de El 20 Negro, Elías Ulpiano, en lugar de usar alguno de los ostentosos vehículos blanquiverdes, emprendió una larga caminata para ir al cine, donde exhibían la primera versión hollywoodense del hundimiento del Titanic.

Llegó cuando la función ya había comenzado. Con el teatro a reventar avanzó por un angosto pasillo lateral, todavía encandilado, hasta que distinguió en la penumbra una tercera butaca desocupada. Dos personas encogieron las piernas para dejarlo pasar y se sentó con la vista fija en las imágenes del barco insumergible que se lanzó al fondo del mar en su primer viaje.

Cuando concluyó la historia y mientras discurrían los títulos finales, observó enseguida una mano de mujer con un vendaje que le llegaba hasta el antebrazo, al tiempo que estallaba una algarabía de voces femeninas.

Al encenderse las luces, vio que la mujer vendada era su esposa y que, en los lugares siguientes, se habían puesto en pie las seis hijas de su corazón. Un espasmo nervioso sacudió el vientre de Elías Ulpiano. Ella sintió que el corazón se le quería salir del pecho.

Sin odio se entrelazaron sus miradas con fijación de conciencia, en tanto la media docena de mujercitas se ponían las manos sobre los labios y se veían unas a otras, distanciadas en un instante de las incidencias del Titanic.

Elías Ulpiano recordó las seis palabras que con Marvelia Jácome habían definido para él la sencilla fórmula del amor perfecto: entregar todo, sin condiciones, los dos.

—Pero la vida es tan frágil —pensó—. Si cualquiera de esas palabras falla, la perfección se esfuma.

Los cinéfilos abandonaban la sala murmurando animados comentarios.

—¿Qué te pasó? —dijo Elías Ulpiano.

Dos lágrimas brotaron de los ojos azules.

—Me quemé, cabrón —dijo Cristina Godoy—. Estoy haciendo tamales para poder vivir y mis seis hijas me ayudan a venderlos.

—No son tus hijas ni son mis hijas —dijo con tersura Elías Ulpiano—. Son nuestras hijas.

Cristina Godoy encrespó la mano sana, y con el antebrazo golpeó el pecho de Elías Ulpiano hasta que se le acabaron las fuerzas. Luego le estrujó la camisa, recargó la frente en el pecho de su marido y empezó a sollozar.

Elías Ulpiano levantó los brazos y la abrazó con ternura.

—Ya nunca tendrás que perdonarme nada —dijo con una humildad remordente del tamaño de una catedral.

Y en ese momento el barco familiar comenzó a flotar de nuevo.

EPÍLOGO

Para movilizarse, Elías Ulpiano decidió usar uno solo de los automóviles de Domingo Montaña y se inclinó por el Studebaker fálico. El ruido de su motor y lo silencioso de la carrocería eran como un sedante. Los amortiguadores permitían un muelleo imperceptible y los cambios de mano en el volante siempre entraban con suavidad.

Al revisar la llanta extra, encontró en la cajuela el velicito escolar decorado con margaritones amarillos que una vez le había encargado Domingo Montaña en un paseo por el Parque Obregón.

—Sepa Dios dónde dejaría la llavecita —pensó Elías Ulpiano, y con un desarmador forzó la frágil cerradura.

Envuelto en papel celofán encontró un sobre rotulado para él y, más emocionado que curioso, por su gran admiración al viejo luchador enamorado, lo abrió para descubrir, sin mensaje adjunto alguno, un testamento con el sello oficial de una famosa notaría de la ciudad.

Ahí consignaba Domingo Montaña que declaraba su heredero universal a Elías Ulpiano, donándole la casona imitativa del frontispicio de la Casa Blanca, la esquinita de "El 20

Negro”, sus automóviles y todo el mobiliario, mercancía y enseres en general.

A la pareja de ancianos les dejaba doscientos cuatro Centenarios depositados en una caja del Banco Comercial de Querétaro, así como el derecho de vivir gratis en la casa hasta el último de sus días.

Y en la cláusula última señalaba que, para la validez legal del documento, debía firmarse, ante el mismo notario, el compromiso de mantener limpia y siempre con flores la tumba del panteón donde yacían juntos sus padres y su esposa Olivia Bullo.

Elías Ulpiano amó más que nunca a sus dos ancianos preferidos. Don Secundino Gracia le había prodigado lecciones de vida y cariño incondicional. Domingo Montaña le regalaba el producto de sus peculiares sueños mercantiles.

Cuarenta y dos meses después del terremoto, Misael Olalde fue acusado de fraudes multimillonarios en la Bolsa de Valores de México. Estuvo un tiempcito en la cárcel y luego salió sonriente, pagando una multa de veintisiete mil pesos, para volver a su cosecha de especulaciones depredadoras.

Por esos días, casualmente, Elías Ulpiano supo que habían visto a Marvelia Jácome en la Universidad Nacional Autónoma de México, cargando un portabebés en el que llevaba a una preciosa niñita de ojos azules. La información no precisó si iba a inscribirse en alguna de sus inagotables iniciativas o simplemente estaba de visita.

Y veintitrés años después del temblor, el matrimonio de Elías Ulpiano y Cristina Godoy vive un armisticio perdurable y feliz en un Querétaro a la vez señorial y moderno, industrializado y próspero, bien gobernado y mejor urbanizado.

Los problemas económicos quedaron atrás, pues Elías Ulpiano se concentró en su creatividad, vendió los automóviles

color marfil combinado con celeste y obtuvo fondos para acondicionar la mansión solariega e instalar ahí el acreditado Jardín de Niños y Guardería Infantil Siempre Domingo, que dirige actualmente la profesora Cristina Godoy, auxiliada por las seis hijas indómitas.

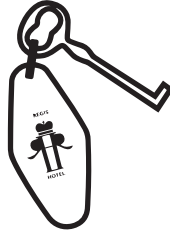
“El 20 Negro” dejó de ser una miscelánea a la antigua. Es ahora un negocio especializado en la venta de tóner envasado en casa para impresoras, fotocopadoras y faxes, incluyendo mercadeo de computadoras de medio uso, juegos de Nintendo y televisiones de segunda mano.

Nunca le faltan clientes satisfechos y, cuando escasean las ventas, simplemente hace una de sus giras de vendedor ambulante por las empresas de Querétaro y pone al corriente los ingresos.

Más parecido que nunca a Omar Sharif, Elías Ulpiano es ahora el viejuco amable y platicador que se da tiempo para cafe-tear de mesa en mesa en las principales cafeterías de Querétaro.

Está convertido ya en un abuelo de la tercera edad, lleno de nietos, que ve pasar la vida con serenidad bajo los signos de Domingo Montaña y don Secundino Gracia. Con frecuencia, durante las animadas tertulias y los comentarios intrascendentes, en una monomanía que los demás consideran primeros barruntos de un posible Alzheimer, se le escapa una pregunta reincidente:

—¿Cuánto tiempo es mucho tiempo?



ÍNDICE

CAPÍTULO 1		11
CAPÍTULO 2		31
CAPÍTULO 3		49
CAPÍTULO 4		57
CAPÍTULO 5		81
CAPÍTULO 6		87
CAPÍTULO 7		91
CAPÍTULO 8		115
CAPÍTULO 9		127
CAPÍTULO 10		147
CAPÍTULO 11		167
CAPÍTULO 12		177
CAPÍTULO 13		189
CAPÍTULO 14		193
CAPÍTULO 15		205
CAPÍTULO 16		211
CAPÍTULO 17		215
CAPÍTULO 18		227
CAPÍTULO 19		235
EPÍLOGO		239



El planeta dorado
Edmundo Lozano Calzado

El planeta dorado se terminó de imprimir
en diciembre del 2025 en los talleres de
Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,
Centeno 162-1, Granjas Esmeralda, CDMX.
En este libro se utilizó tipografía de
la familia Minion Pro.
Se imprimió en papel cultural.



